Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LA MEMORIA DORMIDA

KNOSSOS

CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS

LA MEMORIA DORMIDA

MADRID

KNOSSOS, Colección Literaria

KNOSSOS. Madrid. 2006.
© Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocar@wanadoo.es
ISBN 84-922246-8-1

INTRODUCCIÓN

La visita a una casa abandonada, una larga espera en el aeropuerto al filo de una muerte inminente, hacen acudir a la memoria un aluvión de hechos que ya estaban olvidados. Así dos mundos distintos, casi contrapuestos y que han coexistido en la niñez, se enlazan y afloran desde la MEMORIA DORMIDA...

Se trata de un libro de difícil clasificación, un singular descubrimiento. Con vibrante, moderno y variado estilo y, en ocasiones, incisivo lenguaje, la autora ha escrito una cálida e íntima autobiografía.

Ella vivió junto a su ilustre abuelo esos años decisivos que constituyen la infancia y la adolescencia de todo ser humano, y de esa vivencia arrancan sus recuerdos y la sensibilidad extraordinaria de sus apreciaciones.

La habilidad de la escritora ha sabido dotar a su relato del contrapunto preciso -Andalucía puede, perfectamente, ser un contrapunto para Castilla la Vieja-, a un auténtico poema en cuyo fondo se adivina la figura del abuelo.

Es éste un testimonio de una época ya desaparecida, aunque no tan lejana.

El editor.

"... su ambiente hace que me suba a flor de alma mi niñez, y ese pasado, cada vez más remoto, es el que sirve de núcleo y alma a mis ensueños del porvenir remoto. Y es tan completa la correspondencia que mis ensueños se pierden, esfuman y anegan mis recuerdos en el pasado.

Y de aquí que, jugando tal vez con las palabras, suela decirme a mí mismo que el morir es un desnacer, y el nacer un desmorir. Mas dicen que no es bueno entristecerse; no sé bien por qué".

MIGUEL DE UNAMUNO.

Van a derribar la casa y ha querido verla por última vez, en un impulso mezcla de curiosidad malsana y masoquismo. El gran portón estaba cerrado con la llave grande y además con candado (esfuerzo inútil: los vagabundos han abierto un boquete por la parte posterior del edificio, y a través de él entran y salen a placer). Hace girar la llave venciendo la fuerte resistencia de la cerradura, que gime. Recordando una antigua costumbre imprime al giro una ligera presión hacia arriba, empujando al mismo tiempo con fuerza, y entonces la pesada hoja cede con un chirrido. Entra en el portal, en la viscosa desolación del portal sombrío. La puertecilla que daba paso al sótano está abierta, y en el suelo hay fragmentos de loza y papeles. Dos de sus hijos que la acompañan examinan con atenta curiosidad infantil aquellos despojos polvorientos, de donde extraen el taco oscuro de un viejo clisé de imprenta que llama su atención por desconocido. La suciedad inunda también los escalones que muestran aún las huellas de una alfombra. Han arrancado los gruesos pasamanos de madera brillante, y lo mismo la puerta del entresuelo que era oscura y de macizos cuarterones. Y arriba, la que daba acceso a la vivienda principal está descerrajada y abierta, notándose a través de los pasillos umbríos una helada fetidez. Las paredes desnudas reflejan el eco sordo de los pasos sobre la tarima, enmedio del recinto desmantelado. Entra en la pieza que fuera dormitorio del abuelo y advierte que siguen adheridos a los batientes del balcón unos jirones sin color, resto de los visillos blancos moteados. En el gran despacho, los estantes de maderas combadas que a nadie han debido interesar muestran los anaqueles vacíos, y entre ellos recuadros oscuros en la pintura delatan el antiguo emplazamiento de los cuadros sobre el tabique. Pasa a lo que fue salón amarillo y repara en el hedor de la pieza, y en la inmundicia que mancha los suelos: al parecer los vagabundos la han utilizado como letrina, y detrás de sus puertas entreabiertas se acumulan deposiciones y algunas hojas escritas manchadas de excrementos. Vence el primer movimiento de repugnancia, y su curiosidad morbosa puede más que su asco: recoge de entre la suciedad un recorte amarillento de periódico salpicado de manchas pardas. Busca en él una fecha concreta, y lee: "La guerra. Italia. Parte oficial. Roma, 24. Durante la tarde de ayer el enemigo dio muestras de mayor actividad en el frente de Trentino". "Inglaterra. Parte oficial. Londres, 24. Hoy nuestras tropas ejecutaron con éxito golpes de mano en cuatro puntos

diferentes de las trincheras enemigas al este de Ypres...” Al reverso del papel, trabajosamente pueden leerse anuncios: “Perlas de oro (perles d’or du Dr. Wony) Curan con gran rapidez la impotencia en todas sus causas y edades. Espermatorreas, pérdidas sem (una mancha, ilegible). Envía gratis folleto explicativo”. “En la sangrienta guerra que aniquila a Europa no habrá al final vencedores ni vencidos; en la guerra contra los microbios de la boca el vencedor será siempre Licor del Polo. ¡Ojo! No se vende suelto”. “Relojitos de señora, 7 ptas.; de caballero, 5. Entre calle de Postas y Plaza Mayor.” Al borde del recorte: “Los chocol Matía son los me. Pedidlos en todos los”. Recoge luego una hoja manuscrita con cuidadosa letra desconocida. Muestra huellas oscuras de una gran suela, y dice así: "Gramática comparada. El objeto de la ciencia que se ha convenido en llamar gramática comparada es hacer la historia de los desarrollos lingüísticos por medio de aproximaciones entre las diversas lenguas...” Hay también una cuartilla pisoteada y amarillenta, una página de estrofas escritas a máquina con tinta violeta, y paginada a mano (la mano del abuelo) con el número 10.

***

Tras los umbríos salones, el sol reverbera en la galería a través del polvo que se acumula sobre los cristales, de los surcos dibujados en ellos por la lluvia, y entre los que apenas pueden distinguirse las formas en la calle y en el jardín. No obstante, las ventanas de guillotina se desplazan con facilidad todavía y el gancho de metal que las sujetaba sigue girando. Ha mantenido en alto la empañada compuerta, y observa abajo la maraña de finas ramas que se entrelazan; parecen secas, pero ello no es más que apariencia: cuando llegue la primavera, ya cercana, la eclosión vegetal las cubrirá de pequeños y tiernos brotes, luego de hojas brillantes, y entonces todo el jardín será una masa de verdes y un florido caos; si antes las excavadoras no han emprendido su labor de exterminio, degollando la vida en el vientre de la tierra. La calle ya no es la misma desde aquí: nuevos edificios, algunos todavía en esqueleto, sustituyen a las antiguas viviendas. “Vamos, hijos”, indica. Lóbregos pasillos y al fondo la puerta del desván, alta y estrecha: dos vueltas a la llave que rechina al girar y aparecen las escaleras estrechas y empinadas. Las sube, seguida de sus hijos, y siente el crujir de los peldaños bajo los pies. Arriba los huecos permanecen cerrados, pero el sol se cuela por las rendijas y agujeros trazando finas líneas de luz, donde bailan corpúsculos brillantes. Por rara ironía el desván es la única parte de la casa donde el tiempo se ha detenido: nada herido ni arrancado, todo está igual, sin hollar, sin dañar. Por un momento había sentido

el temor de que las viejas orlas universitarias, las amarillentas fotografías, los floreros antiguos, las lámparas y los frascos polvorientos y su Belén con los pastores descabezados permanecieran todavía allí. Pero al fondo el hueco de una puerta recorta la luz espectral del almacén, que está abierto y vacío. Alguien, sin duda, ha dado caritativo fin a los arcaicos despojos. Van abriendo ventanas y claraboyas, postigos sujetos con aldabillas de hierro tosco. Y ante la creciente claridad que invade la techumbre, que desvela sombras iluminando rutilantes hilos de araña bajo el entramado, sus hijos sorprendidos contemplan el prodigio, pobres niños de ahora que desconocen lo que es un desván: la luz irrumpe ya hasta el fondo de la planta abuhardillada, hiere los gruesos pilares de madera vieja que sostienen vigas y travesaños, enciende el borde de las tejas, quiebra los ojos, inunda de un halo blanquecino el suelo de baldosas de arcilla cubiertas de siglos de polvo. Todos los huecos abiertos ofrecen parecido espectáculo: solares yermos rodean la casa esperando el momento de engullirla. Desde aquí la maraña del jardín aparece más fina y más lejana. Entorna los pequeños cuarterones como quien cierra los ojos de un muerto, con amor. De nuevo los hilos de luz alumbran tenues su descenso a través de las escaleras crujientes.

***

Una mañana como todas, zumbó temprano el despertador: levantarse, vestirse, llamar a los niños, ayudarles a arreglarse, ponerles el desayuno, besarlos antes de salir hacia el colegio, qué buena mañana tibia y clara, ya van un poco tarde. Preparar el desayuno al marido, terminar de vestirse, sacar las botellas de la leche. Iba a tomar el autobús hasta la Biblioteca, pero no, es pronto, mejor andando por el parque, da gusto recién regado: cinco minutos para salir del camino entre el césped, cinco minutos hasta cruzar el paseo, cinco para salir de nuevo a las calles. Junto a las verjas de la Biblioteca es justo la media hora, se apresure o no, es igual. Menos mal que ha respirado hondo, aquí en el centro no hay quien respire: lo más contaminado, ya lo dicen las estadísticas. Y dentro lo de siempre, libros y más libros.

Estaba catalogando libros, era su trabajo. De pronto, una llamada telefónica.

-Quiero decirte que el abuelo...

-¿Qué le pasa al abuelo?

-Está muy mal. Se está muriendo. Ya no hay nada que hacer.

-Dios, Dios. ¿Lo sabe ya mi padre?

-Sí, le avisamos esta mañana. Ha dicho que tomará el primer avión hasta ahí. Luego, podéis venir en coche.

-¿A qué hora llegará aquí, no sabes?

-No sé a qué hora. No hay billete, tiene que aguardar en las listas de espera.

-Iré al aeropuerto enseguida.

-Llamad cuando llegue.

-Así lo haré, descuida.

****

Infeliz, ¿qué habías supuesto? ¿Qué pensabas? Quizá, que con tu vida ya hecha, tus problemas concretos, tu voluntad tan recia, el largo tiempo transcurrido, todo superado, todo, ¿todo? ¿Es que te crees tan dura, tan firme? ¡Un anciano de cerca de cien años! ¿Qué? Y tú llena de esperanzas, de horizontes, ¿qué?, ¿qué te habías tú creído, qué? ¿Que acaso este final no era más que cuestión de trámite? ¿Eso te hablas creído? ¡Infeliz, insensata infeliz! ¿Qué? Sí, titulares en los periódicos, funerales lucidos y pésames, desgraciada infeliz. Y un anciano de cerca de cien años. Oh sí, titulares, y nada más. ¿Nada más en tu vida, infeliz? Prepárate, porque tu vida ha cambiado. No sabes tú bien hasta qué punto tu vida ha cambiado. Anda, tiembla, solloza, tonta infeliz.

****

Un café con leche, por favor. En vaso grande. ¿Tiene aspirina? Su vuelta, señora. Oh, perdón, no sé cómo tengo la cabeza. Es pronto todavía, el primer avión tiene la llegada a las cinco, hay tiempo. Todo tan inesperado y el reloj ante mí, con sus puntos y rayas negras sobre el mármol tostado, con las agujas de hierro negro. ¿Qué estará pasando ahora? O será una falsa alarma, tantas veces ha sido una falsa alarma. Ya tiene muchos años, pensábamos que llegaría a los cien.¿A los cien años? Nadie en la familia ha llegado a los cien. Ni en la Academia, tampoco nadie ha llegado a los cien, que yo sepa. La aguja más corta no se mueve, la más larga avanza a pequeños saltos, tan despacio. Los minutos se me hacen horas, habrá que sentarse. Es bonito el friso de azulejos, este ángulo me lo sé ya de memoria. Es bonito el castillo de almenas recortadas: ocres, tierras, siena tostada. Carmín, añil y ultramar. En el castillo predominan los ocres, en el fondo los azulejos semejan un "puzzle": añil, verdeazul, verde-ocre, tonos fríos, calientes, entremezclados. La aguja larga tiembla, marca su sombra sobre el

mármol, sobre la sombra fina de las persianas, "Pasajeros de Iberia en vuelo..." la voz se ahoga en el run-rún, no hay quien entienda nada, me duele la cabeza. ¿Qué estará pasando ahora? Claro que alguna vez tenía que suceder. Pero es terrible, estará sufriendo. O no, quién lo sabe. La aguja grande sobrepasa a la pequeña, con un nuevo tirón estremecido. El sol a través del cristal me calienta la piel, pero los huesos los tengo fríos. Y la cabeza, me duele la cabeza. ¿No llega el avión? Y no es seguro que venga en éste, quizá no tenga billete en éste. ¡Ah, qué día! Se van las niñas de amarillo con su mamá y con sus cintas rosa. El sol se cubre ahora, y aparece de nuevo: cierro los ojos y veo en la oscuridad rojiza redondelitos verdes como fichas de parchís, qué curioso. Luego se vuelven pálidos, desaparecen. "Tres-seis-cuatro-ocho", entre el ronroneo de las conversaciones no alcanzo a distinguir las palabras monocordes, "tres-seis -cuatro -ocho", dice la voz femenina en castellano, añade algo en inglés, nadie hace caso, no se entiende nada, sigue el run-rún. Las hojas temblorosas del chopo plateado se dibujan en negro sobre la nube que ha vuelto a cubrir el sol. El ambiente es cálido, lo noto en la piel, pero el hilillo frío me recorre la médula de los huesos. Enfrente, el letrero sobre el cristal iluminado: ASEOS en negro, TOILETS en rojo. Bajo la esbelta copa negra, BAR. Los gritos de ese niño, los gritos agudos, sofocan la voz femenina del altavoz. Y el murmullo. La aguja avanza a saltos, sin descanso. Su sombra es ahora más débil. Es más tenue. Llegan pasajeros con aspecto mareado: parejas, hombres solos, más parejas, qué jóvenes, rodean la cinta de acero portamaletas. Un tubo de neón tiembla nerviosamente, los niños patinan sobre el mármol. Todos los niños patinan siempre sobre el mármol. Fines de semana floreados, maletines negros cuadrados, bolsas de plástico con una marca de cigarrillos.

***

Oh vieja casa, gruesos muros con su carga de panzudo adobe revocado, inclinados perceptiblemente sobre la calle silenciosa, alumbrada apenas por el desfallecido resplandor de alguna bombilla mortecina. Robusto portón, bronceados llamadores, un golpe sordo que retumba en la noche, y otro, hasta que tras un chasquido y el recrujir de los goznes un haz de luz se dibujó sobre la calzada lustrosa de lluvia. Yo junto a mi padre, encogida tras la maleta de cuero con los uniformes de colegiala ya dispuestos, dando el gran salto hacia mi incógnito nuevo mundo. Mareada del largo viaje, confusa, intranquila, medio dormida entre los besos de las tías que siempre consideré lejanas e irreales y

tu sonrisa acogedora, oh abuelo catedrático que escribías libros y a quien apenas había visto antes alguna vez. Yo que dejaba atrás un universo claro y poblado de voces infantiles, un cosmos rutilante y abigarrado de formas y de luces y ademanes solícitos. Aquel ambiente risueño que había revestido mis primeros años en gran parte desarraigados de la casa paterna, de aquella casa en la costa, inmersa en la atmósfera húmeda de polen que me oprimía el pecho y estiraba mis noches con la lenta agonía de la asfixia. Y ahora se me lanzaba de una vez para siempre fuera de las caletas festoneadas y de los atardeceres opalinos que nunca fueron míos, y fuera también de aquella serranía que me devolvió la salud y restableció mis fuerzas infantiles con su aire finísimo y sus horizontes sin límite. Y allí estaba por fin aquella noche, ante tu casa en la calle sombría, sin saber qué vientos me gobernarían en adelante. Temiendo sin conocerlas ciertas formalidades rígidas y costumbres adustas, recelando de ti y de aquel caserón viejo en la entraña de Castilla que engullía la soledad de mi infancia desarraigada. Pues había dejado atrás todos mis afectos incipientes, tan pequeña, infeliz y desvalida, lanzada de pronto en un escenario incógnito, trasplantada a un mundo tan distinto al mío. Tú y la ciudad, la casa y las tías, por más que desde un principio me apliqué a reconocer cada rincón y a husmear cada recoveco, y a observarte a ti y a tus actos, y todo lo que formaba parte de tu vida. Fui conociendo aquella casa y se me iban poco a poco haciendo familiares sus muros espesos y su color dorado, sus ventanos profundos, el gran portón y la puerta de la antigua cochera convertida ahora en refugio de gatos callejeros, de pequeños gatos blancos o negros, manchados o de pelaje leonado que ronroneaban en la penumbra estirando su silueta elástica. Y aquel tufo pertinaz trascendiendo de las carboneras a través de los restos encrespados de la tela metálica, que pendían en los vanos del sótano. El amplio portal con el zócalo de cerámica color caramelo, la puertecilla baja dando paso al laberinto de pasadizos angostos que nunca osaría recorrer hasta el fondo, sus tinieblas apenas desveladas por la aureola difusa de una pobrísima bombilla cuyo resplandor no alcanzaba más allá de la primera estancia donde empecé a guardar la bicicleta. Oscuros tapiales que, según alguien dijo, ostentaban inscripciones con fechas muy antiguas, y comunicando el portal con los entresuelos y la vivienda principal la escalera alfombrada que flanqueaban dos lustrosos pasamanos de madera recia. Los balcones y el gran mirador sobre la calle, el mirador central donde aquella sirvienta antigua que me acogió desde siempre con la misma áspera ternura con que cobijara durante muchos años a tus hijos, prematuramente huérfanos de madre.

Aquella buena Isabel, Isa para todos nosotros cuidaba las macetas de geranios rojos o de plantas verdes que nunca florecían. Conocí también la galería asentada sobre pilastras de madera, donde se enroscaban las hiedras formando un porche umbrío sobre el jardín, y la cuarteada tapia antes de ser saneada y recubierta de ladrillos nuevos. Poseí entonces mis dos higueras gemelas que entrelazaban sus follajes espesos y radiantes bajo la llovizna pertinaz de aquel primer otoño en que tardíamente te conocí, cuando tu vida ya declinaba. Aunque yo sé que fui afortunada y que viví tus tiempos más entrañables, ya que según las nebulosas noticias que de ti tenía, tus años de plenitud estuvieron de tal forma entregados al trabajo que poco tiempo pudiste dedicar a tu propia familia. Recluido siempre en tu despacho o consagrado a tus clases o a tu perenne búsqueda a través de los archivos, por lo que tus hijos recordaban tu presencia en su juventud con una mezcla de veneración y temeroso respeto. Mundo extraño aquel en que me vi inmersa, mundo de personas mayores, de gestos medidos y de graduadas penumbras, pasos sigilosos, horarios fijos y circunstancias repetidas. Mundo de cortinajes pesados y muelles alfombras, entre cuadros oscuros y libros amarillentos, y como una mágica frontera entre la casa y el jardín el muro revocado con su manto de hiedra siempre reverdeando sobre el huerto, bisbiseo del aire entre las hojas. Fueron transcurriendo así las horas y los días primeros que no alcanzo a resucitar en mi memoria, confundidos todos en las brumas del primer invierno. Llegó después la primavera luminosa y un deslumbrar de luces a través de las copas de los árboles. Los brotes jóvenes reventando por doquier, el ambiente saturado de perfume y humedad y la vida germinando en el seno de la tierra oscura. Reflejos cegadores, zumbido de insectos bullendo entre los tallos finos de los podados rosales, yemas tiernas que estallan en la punta de las ramas. La vida se desperezaba ante los infantiles ajos atónitos, y yo sorprendía las anémonas rompiendo su sueño invernal y admiraba las tempranas prímulas salpicando los macizos de blancos azulados, anaranjados vivos y púrpuras ardientes. Y las delicadas azaleas de seda con sus colores suaves, dejadez decadente del iris entre los bordes recortadas del boj y del evónimo. Contemplaba nacer y desplegarse día a día las diminutas hojas verde-claro, y observaba los racimos apretados de pulgones verdes fundidos con el verde vegetal. Advertía cómo las guindas rosadas se tornaban rojas poco a poco, y en los macizos de terciopelo los pensamientos, bajo el cobijo maternal de la acacia gigante, desnudaban sus pétalos morados y amarillos. Después, con el calor del verano, las frutas en sazón; pesadez del sol cegando

sobre el recinto verde, y con las lluvias carmín en las hojas y el áster de otoño inundando de añil los espacios vacíos. Las ramas del membrillo con su carga dorada, y en las higueras de tronco suave entre los senderos umbrosos, los dulces higos agrietados.

***

LA SERRANÍA

-TÚ FUISTE AMIGO SUYO, ¿VERDAD, SIMÓN?

El viejo Simón entorna la vista, sus ojillos claros semejan dos hendeduras brillantes en la cara atezada.

-Sí, niña. Fui su amigo.

Muchos lo fueron. Su vida surgió de la serranía, como tantas otras, como un producto natural de la pobreza. Era muy joven Manuel cuando a través de la sierra, hosca y suave, acarreaba fardos de tocino salado a lomos de su caballería. Tan joven era entonces Manuel que más que joven era un niño. Cruzó torrenteras, surcó barrancales, atravesó vertientes abruptas, coronó aristas desnudas, avizorando siempre más allá de los despeñaderos y de la profundidad del precipicio, oteando siempre con sus claros ojos agudos sombreados de largas pestañas.

-Sí que lo fui -añade en un susurro.

Con los últimos jirones de la tarde, junto a los zaguanes surgen las historias; brotan mágicas, insinuantes, se enredan, se entremezclan, y se confunde lo fantástico con lo verdadero, los cuentos de viejas con relatos antiguos, olvidados.

-Cuéntame cómo era. Anda, Simón.

-Era menudo, y aún cuando se hizo hombre seguía siendo pequeño de talla. Trabajó muy duro, de sol a sol -dice Simón-. Entonces era un chaval y ya no tenía ni padre ni madre.

Simón se ha retrepado en su silla de anea, apoya los hombros cargados en el zócalo rojizo, junto al quicio de la puerta. La cabeza redonda, morena, se destaca sobre el blanco azulado de la fachada, sobre las gruesas costras de cal. El cabello casi rapado, como de plata: la frente broncínea surcada de pequeñas arrugas rectas, sobre las cejas hirsutas. Tiene las orejas grandes y despegadas; la nariz gruesa, de grandes ventanas oscuras, pilosas. Su pensamiento no vive el presente, sino un pasado lejano. Su espíritu salta sobre el tiempo y sobre el espacio, y su mirada se fija a lo lejos en un punto incierto.

-Yo por entonces lo conocí -los ojillos se dilatan por un momento, las facciones se animan-, más de una vez dormimos los dos al sereno, en mitá de la sierra -dice Simón.

En mitad de la sierra se acostó al aire libre bajo las estrellas, más de una vez; entre matas de retama florecida, aspirando el perfume espeso de la jara y de la corregüela. Y en invierno salvaba los ventisqueros, las gargantas donde zurriaban los aires, los pies hundidos en la nieve, conociendo cada boquete, cada quebrada o cortadura. Su camino se cruzaba, se unía a veces con el de aquellos contrabandistas intrépidos que, a finales del siglo diecinueve, merodeaban por la serranía; que recogían tabaco en Gibraltar, distribuyéndolo por toda Andalucía y jugándose la vida a cada paso por un miserable alijo. A través de la costa y de la tierra adentro, de pueblos y dehesas blancas como palomas posadas, de cortijos colgados en las laderas de tierras rojas o calizas, miserables casas, miserables gentes aisladas, gentes hoscas, primitivas como el paisaje mismo, semen de bandidos famosos o de asesinos solitarios. Y él andaba sus mismos caminos, acaso se acogía a su protección, portando el hato de chacinas caseras, de tiras de tocino, hacia La Línea de la Concepción.

El sol ha caído. Ya no es más que un rastro rojizo y desvaído detrás de las montañas, por encima de los tejados del pueblo que se desdibujan ya. Un velo transparente comienza a rodear todas las cosas, el anochecer acarrea un aire suave que alborota el cabello. Sobre las piedras redondas se arremolina un tenue polvillo blanco que se cuela en las casas.

-Anda, sigue. Sigue, Simón.

-A fuerza de recorrer leguas a través de las breñas pudo ahorrar, niña -añade. Entre los dedos nerviosos sujeta unos cabos de pita; con habilidad los retuerce entre ellos, los traba y distraídamente comienza a trenzar-. Y pasados los años montó el negocio de los embutidos. Luego quiso casarse con Victoria, y con ella se casó. Y empezaron a tener hijos.

Un gato cruza de un salto elástico. Ha surgido de una ventana baja y desaparece al instante, cruzando la calleja empedrada. Un burro peludo, atado a una reja, parece dormido de pie, soportando bajo las alforjas un cansancio de siglos. Una vieja sentada en el poyete encalado de un zaguán, masculla oraciones o recuerdos entre dos dientes medio desgajados de unas descarnadas encías.

-Cuando vino la guerra, Manuel era el amo del pueblo -Simón alisa la tomiza de cuatro que crece despacio entre los dedos largos. La sujeta entre las yemas endurecidas, teñidas de amarillo; luego la estira, enrollándola, y

prosigue-: del pueblo y de los alrededores. Se había comprado la mejor casa, la que tenía el escudo en piedra de don Miguel de Mañara.

-Eso ya lo sé. Y que tenía fincas, y un caballo alazán.

-Sí -evoca con nostalgia-, un caballo careto alazán.

-Eso ya lo sé.

-Además, había sido alcalde en la monarquía. Pero al medrar se ganó envidias negras -la voz se ha vuelto grave- , y su salud estaba picada.

Allí soplaban vientos torcidos, como en todas partes. Al socaire de la política, viejos rencores escondidos soltaban antiguas ligaduras. Las mujeres levantaban los puños crispados contra los muros de la casa grande.

-Él había medrado -termina Simón. Todo en él irradia una armonía que hacen los años, las penas contenidas y los aires abiertos. Es la imagen cercana de un legendario monje tibetano.

-Pero, ¿cómo era? -los dedos pequeños oprimen los suyos, se destacan sobre su piel oscura. Tiene las uñas largas y endurecidas y rasca distraídamente la pana del pantalón.

-Era un hombre cabal -añade después-, no mereció aquel fin -sus largas piernas se han recogido, se han cruzado una sobre otra. La bota alta, cerrada con cordones, bascula rítmicamente al extremo de un tobillo seco.

Suben y bajan algunas mocitas a través de las callejas, con paso elástico. Llevan sobre la cabeza erguida el gran peso del cántaro, o de la lata llena de agua hasta los bordes. En los ojos y en los ademanes dejan traslucir los rasgos de una raza antigua. Al pasar saludan:

-Buenas tardes.

-Buenas tardes -contesta Simón.

***

Del vacío densoscuro que rodea la noche de mi llegada surges tú fino, cenceño, anciano ya, envuelto en tu capa castellana con vueltas de terciopelo. Pañuelo blanco de seda al cuello, tu afable sonrisa y tu sereno contemplar. Tenías el pelo muy corto y cano y un pequeño bigote recortado; hablabas poco y suavemente. Nane, me llamaste desde un principio, Nanina. Recuerdo que tenía que besarte todas las mañanas al levantarme y todas las noches antes de irme a la cama, y no me costaba hacerlo. Tú lo hacías con un besar menudo y repetido que siempre me hizo gracia, y cuando atolondrada olvidaba el saludo sorprendía en tu mirada un jirón de tristeza, y me remordía entonces mi pequeña conciencia. Todo era silencio a tu alrededor, mesura; todo era penumbra en la vieja casa, a lo largo de los salones sobre el mullido de las

alfombras que sofocaba el ruido de pasos sobre la tarima crujiente. Yo te visitaba cada mañana en tu gran despacho, ya que abandonabas muy temprano tu dormitorio de alta cama de nogal rematada de piñas talladas, entre las dos mesillas de noche muy altas también, y en el balcón los visillos blancos moteados. Te encontraba allí con tu traje gris y el cuello tan blanco de la camisa, que la planchadora había almidonado en un piso muy alto de la calle de la Pasión. Tu tez cetrina, tus manos secas como ramas de árbol añoso o cepas doradas, todos tus gestos sobrios, medidos. Tu voz siempre en un tono moderado, aunque intento ahora recordar su timbre y no lo logro, pese a empeñarme en ello con un esfuerzo doloroso. Tendrías ante ti sobre la mesa camilla cuadrangular los periódicos del día, y la bandeja con el vaso mediado de leche y las cuatro galletas. Tu desayuno parco como todo lo tuyo, sólo el trabajo abundante. Isabel habría enchufado ya el brasero y yo te hallaba siempre desde mi llegada, desde el día aquel que se pierde, que se zambulle en una extraordinaria oscuridad iluminada de arañas antiguas. Y hoy saltas de la vida a la muerte como quien encuentra a una añorada amiga, y no puedo apretar tus manos ni escuchar el remanso de tu voz, ni ver tus ojos serenos en la antesala de la eternidad pacífica, tal vez sumergidos ya en la pacífica eternidad. Pero entonces la vida fluía sin quiebra. Tú quizá no recuerdes, o sí recordarás más allá de la luz que brilla en tus pupilas sin color al otro lado de la luz, las desazones que te di y también las alegrías, día a día durante años, durante tantos años, desde que llegué cuando niña azuzada por el asma y recorrí los largos pasillos de tu casa, pisando de puntillas las alfombras de los salones, del salón amarillo con el mirador a la calle, los cortinones y la tapicería color de oro, barrocas cornucopias y enorme espejo de marco dorado. Y el angelote de bronce sobre su pedestal, sosteniendo en alto un reloj que nunca conocí funcionando. El quinqué antiguo de esbelto pie, la consola con cubierta de mármol, la estatuilla en bronce del viejo leñador, y en la pared sobre el sofá tu retrato pintado por un famoso artista y tus placas de plata, y amarillentos títulos enmarcados de oscuro. Luego el salón azul con el piano de madera clara, y sobre él la efigie dulce de tu mujer, mi abuela a quien no conocí, su delicado rostro un poca irreal que tanto amaste, apagado casi en plena juventud, la cercana ausencia que te acompañó siempre. Sobre la superficie pulida del piano los candelabros de plata. Y la copa de oro de no sé qué juegos florales, la copa con escudos de esmaltes que vibraba suavemente al pulsar ciertas notas agudas provocando un gracioso tintineo. La lámpara de porcelana pendiendo del techo con sus florecillas de colores pálidos, el espejo veneciano

y las persianas entornadas sumiendo la estancia en una suave penumbra que yo atravesaba sigilosamente hasta alcanzar la centelleante galería. Todo el sol se concentraba allí por los cuatro costados, a través del cuadriculado de las cristaleras. Hasta en pleno invierno me acariciaba, me calentaba durante toda la tarde, hasta que en la anochecida el aire frío comenzaba a filtrarse por las rendijas y yo volvía tiritando junto a tu brasero con olor a faldillas de lana chamuscada. Otras veces con los ojos inundados de luz, ciega de tanto sol, inmersa en una oscuridad aterciopelada rojo-vivo-rojo-oscuro-rojo-blanco volvía sobre los salones en penumbra, sin ver, andando a tientas, trastabillando entre la sillería azul pálido del salón azul o la sillería amarillo-oro del salón amarillo, o la floreada del saloncito interior, donde un día de tu santo me di un atracón de pasteles mano a mano con Tina la doncella. El día aquel en que cumpliste los setenta años y la casa se llenó de gente, de bandejas de dulce y esbeltas copas de vino dorado. El saloncito con el ventano medio cegado por la hiedra que trepaba desde el jardín, y por donde en primavera se colaba el perfume de las flores sacudiéndome con una descarga de ternura. Aire cálido, aroma de fiesta, aquel día en que diste tu última lección y un alumno te leyó sus versos que aún recuerdo, uno de tus alumnos más queridos con quien apenas crucé das palabras. Luego, tú consumías tus horas en el gran despacho atestado de libros que se alineaban en doble fila sobre los estantes de madera lisa, combados bajo el peso de la sabiduría. Me mostrabas a veces el pequeño fichero en que anotabas desde siempre interesantes datos marginales hallados en tu sondeo par los archivos, lamentando que nunca serían utilizados, o te servías del escabel para alcanzar de los anaqueles más altos un libro dedicado por su autor, o un pequeño volumen ajado que habías sorprendido en las listas de raros y curiosos. O acaso te arrodillabas para manejar algún mamotreto en las tablas inferiores, mientras desde los brazos de los sillones te acechaban los ojos de marfil de extrañas bestias talladas, junto a la gran mesa de nogal, enmedio de una diáfana opalescencia velazqueña.

***

-BUENAS TARDES.

Hay un perro que va y viene, y olisquea, con el rabo largo entre las piernas, flaco como si lo hubieran chupado las curianas.

-¡Ay, bendito Dios! -suspira la vieja. Se encoge entre sus ropas pardas, casi desaparece-. ¡Ay, bendito Dios!

Los objetos y las personas pierden poco a poco relieve y color. Las sombras son inquietas, huidizas, una ráfaga de esquilas se acerca o aleja por

momentos, los ruidos del campo se tornan agudos o inquietantes. Se oyen gritos lejanos, extraños susurros que estremecen.

-Anda, Simón -insisto-. Sigue.

-¿Qué quieres que te cuente? -la larga cuerda roza el suelo, con su hábil retorcido, como una rígida serpiente inmóvil. Sobre el anular luce blanquecino el brillo de una tumbaga-. Fue entonces cuando se lo llevaron, cuando aquel hombre de su propia familia se lo llevó.

Cuando fueron a buscarlo, cuando fue Caín a buscarlo, estaba encamado en el hospital del pueblo grande. Lo sacaron de la cama y se lo llevaron.

-Lo habrán llevado a Madrid, estará en Madrid con otros compañeros de hospital -decía su esposa, Victoria.

-Padre -había dicho aquel día-, quiero confesar. Ha venido él a buscarme y me barrunto que no volveré.

-Y así fue -afirma Simón-. No lo vieron más.

Y agacha la cabeza, hunde la barbilla en el pecho, agobiado bajo un gran peso que acentúa la curva de su espalda.

Sigue el perro olisqueando las piedras redondas, las patas torneadas de las sillas, como un fantasma con sus ojos encendidos de animal enfermo.

-Pero, ¿por qué? -los ojos se me estiran, ansiosos-. ¿Qué fue lo que pasó?

-La vida, niña -murmura Simón. Los dedos diestros anudan, rematan cuidadosamente el trenzado. Simón ha sacado de un bolsillo interior una navaja pequeña, la abre y con gesto pausado recorta cuidadosamente los hilos sobrantes-. No se supo de él en mucho tiempo. Luego, uno del pueblo declaró lo que antes no había dicho por miedo:

-Yo vi cómo lo quemaban en la sierra -confesó-. Y lo quemaron vivo.

Simón guarda la soguilla ovillada, y explora a tientas el chaleco de donde extrae el librillo de papel, después la petaca de cuero renegrido, le tiembla la mano mientras murmura: -Y lo quemaron vivo.- Vuelca una porción de tabaco en el cuenco encallecido, tantea nuevamente el bolsillo donde nerviosamente introduce la petaca y el papel.

Entre el rebujo de ropas negras surge un gemido sordo:

-¡Ay, bendito Dios!

-Cazábamos en la sierra las alimañas y los gatos monteses -rememora Simón. Ha sacado el chisquero, con un movimiento enérgico lo atiza, surgen chispas. Arde la mecha amarilla, una llama larga le ilumina la cara bajo la mano que utiliza de pantalla. Dando profundas chupadas enciende el cigarro, que

reluce un momento como un ascua.

-¿Y lo quemaron vivo?

Se ha encendido la farola de la plaza, lucen cuadradas las ventanas del Ayuntamiento. Las sombras inundan los rincones, los zaguanes, las grietas entre las losas desgastadas. El borde dentado del Hacho se recorta apenas sobre el cielo que se ha vuelto negro.

-Se comprobaron en el lugar restos carbonizados, se supo que aquel hombre había dicho la verdad -dice Simón.

Su mujer no quiso denunciar al culpable que, por otra parte, había huido; pero sus cabellos se tornaron blancos en pocos meses.

-Si vuelve, juro que lo mato -había dicho su hijo mayor.

Después las aguas volvieron a sus cauces, pero Victoria no quiso volver al pueblo, tras haber visto a las mujeres de los puños crispados.

Se ha estirado Simón en su silla, sus piernas parecen aún más flacas. El humo garabatea, surgiendo a golpes de las oscuras ventanas de su nariz. Se le sumen las mejillas a intervalos, sus ojos se cierran como en una profunda meditación, y añade:

-No mereció aquel fin.

Las cosas ya no tienen relieve, las personas son bultos movedizos; a través de las ventanas bajas, luces vacilantes traspasan la trama de las cortinillas. Se apagan los murmullos, se adormecen los relatos de las viejas, los cuentos de fantasmas y aparecidos, de amores incestuosos.

Simón tiene los ojos semicerrados, evoca todavía. Entre el cuello abierto de la camisa a rayas finas, los tendones tirantes, oscuros, como moldeados en bronce. Y arriba la línea de las grandes orejas, el mentón erizado de pelillos canos que brillan a la luz de la farola solitaria. El cigarro pende, apagado, adherido al labio grueso.

-Oye, Simón.

-¿Qué quieres?

-Me han dicho que puedo volverme muchacho si orino en la punta del arco iris. ¿Eso es verdad?

-Pué ser -sonríe-, haz la prueba.

Ya no hay perro, ni vieja, ni burro peludo. Todos se han esfumado sin saber cómo. No hay más que el airecillo que se ha vuelto frío, y el olor a guisos que surge de las ventanas bajas, entreabiertas. Me levanto y me voy.

-Me voy -digo-, hasta mañana.

Condiós -dice Simón- Mañana te tengo que medir. Creo que has dao un

estirón desde la última vez.

***

Nada truncaba entonces la pacífica vida de la ciudad castellana. Apenas rodaban automóviles sobre el adoquinado, los ciclistas no andaban condicionados por direcciones prohibidas ni semáforos o pasos de peatones. La gente divagaba sin prisa y yo me paseaba en bicicleta la plaza del Museo, reviraba después hacia la Universidad y su recinto flanqueado de leones encaramados en columnas de piedra. Enfilaba a veces hacia la Antigua, la bella iglesia de torre románica ante la cual una vez me partí el alma contra el enlosado, ante la mirada atónita de la fresquera que empujaba la carretilla atiborrada de cajas llenas de pescado brillante. Luego la mujer reanudaría su carrera batiendo el silencio de la media mañana con su voz desgarrada en un repetido pregón. Se cruzaba con el trapero que también voceaba todos las días a la misma hora, rasgando las mañanas grises de invierno a punto de estallar en nieve, o las de verano estallando de sol, con su boina descolorida y el penco tirando a duras penas del carrillo crujiente: "Lanero pellejero, se compran trapos viejos, lanas viejas, jergones de hierro, pieles de conejo". El carro del piñero pasaba tirado por un penco, reventando de piñas que se salían a través de los agujeros de la red remendada con cuerdas, rodaban por el suelo y el hombre las recogía. Cuando el eco de su pregón se esfumaba entre las callejas, surgían otro y otro: "Buena miel de la Alcarria, mielero, buena miel". Luego, por no ser menos, el cartero gritaba también la correspondencia desde el portal, se abrían las puertas y las vecinas bajaban corriendo envueltas en sus batas mañaneras, y la cabeza plagada de bigudís; o descolgaban por el hueco de la escalera un cestillo atado con una cuerda, donde el cartero depositaba el correo que ascendía vertiginosamente. Y así todo el mundo sabía si Fulanita recibía carta del novio o si no la recibía, y el cartero marchaba calle adelante de portal en portal, con el saco de noticias cada vez más engurruñido y sus voces cada vez más afónicas, hasta perderse garabateando en las esquinas. Yo arrumbaba entonces la bicicleta junto a los montones de carbón y me iba a buscar a las hijas del frutero, que me regalaban castañas y me prestaban libros maravillosos: Genoveva de Brabante, Rosa de Tanenburgo, románticas historias ilustradas con grabados antiguos, damas lánguidas de largos cabellos y galanes de finas manos. Relatos que devoraba subida en lo alto de la higuera, mientras la chiquillería jugaba libremente por las calles y plazoletas sin peligro. Se formaban corrillos de niñas a jugar a los alfileres, que ostentaban sus cabezas de colores entre la tierra del montón,

cuando la piedra lanzada por la pequeña mano diestramente los desenterraba. O a las tabas de cordero que se tiñeron cociéndolas en el agua con cintas de diverso color. El címbalo de la catedral sonaba monorrítmico llamando a los canónigos a coro, y haciéndome saber que llegaría tarde al colegio si no me apresuraba. Los niños de un colegio vecino, muy seriecitos y en filas de a dos, se dirigían al Santuario Nacional con sus bonitos uniformes azul marino y blanco, con escudos dorados en la manga del chaquetón y sus cabecitas rizosas. En la plaza del Museo el árbol del amor florecía con matices de rosicler y malva, los estudiantes guardaban su flor como un talismán y yo corría desalada las calles bordeando el viejo mercado, sorteando los puestos que obstruían las aceras y donde se vendía de todo: acerolas coloradas y ajos, los mejores limones hermosos, y el hombre de las chucherías se limpiaba los mocos a dedos y removía con las manos las chufas infladas de agua en el lebrillo de loza. A mediodía el charlatán en pleno centro de la calle, con aspecto sórdido y voz cascada, repetía la misma cantinela. Mostraba unas cajitas redondas llenas de pastillas de legítimo eucalipto y las repartía entre el auditorio, jurando que con aquello no había pulmonía que valiese. Entre pastilla y pastilla vendía plumas estilográficas, lapiceros y lotes de cuchillas de afeitar. Lo acompañaba una mujer enlutada y morena con un cansancio infinito en los ojos, siempre sentada en una silla enmedio del corro de gente. "Dime de qué color es la corbata de éste caballero", le preguntaba él. Se cubría los ojos con un pañuelo negro pero siempre acertaba con fatiga, contestaba atinadamente no sé por qué truco o convenio con su compañero, y en una ocasión lo vi golpearla por haberse equivocado. “Dime cuántas damas te contemplan en primera fila”. Los cabellos de la mujer lucían con un brillo grasiento y azulado, oprimidos por la banda negruzca. “Déjame ya, por favor”, musitaba, y el hombre arrancaba la venda de un brusco tirón. “No uno, ni dos, ni tres, ni cinco, sino seis lapiceros serán suyos gratuitamente si usted adquiere esta estilográfica último modelo por un módico precio”. Con todo se me pasaba el tiempo sin sentir, ya eran casi las dos y salía corriendo para no llegar tarde a casa donde Isabel daría los últimos toques a la comida, evitando la calleja donde los chicos al salir de la escuela se ponían a orinar al borde de las dos aceras hacia el centro de la calzada, entrecruzándose los chorros con la seriedad de un ritual. Por ello, no sólo yo evitaba el pasar sino también el mirar hacia allá. Tú consultarías ya el reloj de bolsillo, cotejarías la hora con la del reloj de la mesa del despacho de donde se desgajarían entonces dos trémulas campanadas cristalinas, y después con el de pared del comedor confinado en

su caja alfonsina de vidrio y madera. Comprobarías entonces su ineluctable retraso de cinco minutos diarios, lo enmendarías subido en una silla adelantando un poco el minutero, y aprovecharías para dar cuerda introduciendo la llave en el orificio correspondiente. Yo señalaba a través del balcón, donde se enredaban los zarcillos retorcidos de la añosa parra: "Mira qué bonitas rosas". "Si que son bonitas, Nane, si que lo son". Luego, sentados a la recia mesa cubierta con el mantel a cuadros te interesabas por mis pequeñas cosas, tú a la cabecera, yo frente al espejo con marco isabelino que presidía la estancia desde la chimenea, donde yo me miraba de reojo y veía relucir las bandejas y los juegos de plata. Isabel iba y venía sirviendo las croquetas tiernas o las doradas frituras de huevo, y sobre la mesa el pisto jugoso o la blanca merluza cocida rociada de aceite y limón que apenas probabas, aquejado de aquella inapetencia que nunca te permitió disfrutar de una buena comida. Quizá gracias a ello pasaron tantos años sobre ti sin abatirte, pese a los pronósticos de aquellos primeros discípulos que te auguraban poca vida allá por los albores del siglo, y todo a causa de tu desmedrado aspecto.

***

EN VERANO LA CASA GRANDE SE MANTENÍA SIEMPRE EN PENUMBRA, sus ventanas entornadas para evitar que a través de ellas penetrasen el calor del mediodía y las moscas que inundaban zumbantes y torpes las cuadras y los cebaderos del pueblo.

Por las mañanas triscábamos por las calles y por el campo. Era el momento de husmear en el viejo alambique las estancias con los caballos nerviosos, que pateaban y sacudían con las crines las moscas azules; y de perseguir a los pavos reales, iridiscentes al sol, que escapaban desalados gritando, dejando atrás plumas tornasoladas y deshojando a su paso las rosas de pitiminí. Desde el pretil oteábamos el horizonte inmenso, el valle con sus tonos pastel, y los cortijos y dehesas en la lejanía.

Bajábamos a la huerta, a través de callejuelas zigzagueantes pavimentadas de piedras redondas donde soltaban chispas las caballerías. El pueblo estaba prendido en la ladera de un picacho agreste, el aire era fino en la sierra, la atmósfera clarísima, y en el valle se mezclaban suaves tonos amarillos y malvas, salpicados de manchas blancas de jaras en flor.

Al pasar me miraban las viejas, sentadas en el escalón del zaguán, las manos perdidas entre las faldas negro-pardas, junto al zócalo granate de almagra.

-Es nieta de Victoria.

-Niña, ¿eres nieta de Victoria?

-Sí.

-¿De quién eres tú?

-De Anita.

-¿Anita es la del médico?

-Sí.

Y otras veces:

-Niña, ¿tú cómo te llamas?

Yo decía mí nombre.

-Ohú qué nombre tan raro, puñema.

Yo me escapaba trotando, y allí se quedaban las viejas mascando no sé qué con sus bocas sumidas sin dientes.

Mi nombre se debía a un capricho mitológico de un abuelo catedrático. En la iglesia no habían puesto pegas, llevaba otro cristiano.

-Y alguna tiene que ser la primera -había dicho el cura.

(Por dejar atrás tendría que dejar hasta el nombre. Luego me llamarían por el otro, por una parte resultaba un alivio. Nadie pronunciaba bien el primero, y me costaba dar mil explicaciones:

-Quiere decir Laurel. Fue una que se convirtió en laurel cuando Apolo la perseguía.)

Ya en la huerta nos mojábamos las manos en el arroyo bordeado de adelfas rosadas, escarbábamos en los chinos del fondo, nos adornábamos con la flor de la malva. Pelábamos los pequeños panecitos y nos los comíamos.

-Son adormideras.

-¡Ahhh!...

Comíamos hinojos que saben a anís, y hacíamos ramos con sus flores menudas y amarillas, y con las amapolas rojas que se deshojaban, con las campanillas azules y las multicolores bocas de dragón.

-Mira cómo abren y cierran la boca.

-Se llaman conejitos.

-No, que se llaman bocas de dragón.

-¡Ahhh!...

Luego nos dejábamos caer por las vertientes cuajadas de chaparros y de brezos, nos arañábamos las piernas entre la maleza donde azuleaban los cardos entre el aroma de la tierra caliente.

-Vámonos ya.

-Es pronto.

-Va a ser hora de almorzar. -¿Subimos al castillo?

-Venga.

De vuelta al pueblo pasábamos junto a los cebaderos donde se revolcaban los cochinos y sus crías con sordos gruñidos; cerca del grupo escolar con los tejados rojos y las maderas pintadas de verde, junto al portón trasero de la casa grande y los postigos oscuros del alambique. Y nos acompañaba siempre el chasquido de los cascos y el rasgar de los resbalones contra las piedras mondas, el paso cansino de las bestias remontando las callejuelas. Y al pasar por la plaza:

-Adiós, Coralia. ¿Te vienes al castillo con nosotras?

-Bueno.

Al subir hallábamos las mismas personas de siempre, sentadas a la sombra de los zaguanes: el viejo curandero de huesos, la niña de ojos negros que se quemó las piernas volcándose el cacharro del café. Y los niños con las velas de mocos, mirándonos pasar:

-Adiós, pava.

-Adiós, cateto.

-Ay qué risa, Marialuisa.

-Calla, zarrapastroso.

Trepábamos callo arriba, por los lugares más empinados, y a mitad de camino nos dejábamos caer sentados, chorrando sobre las lajas pulidas. Y volvíamos a trepar hasta dominar el pueblo, la distorsionada geometría de los tejados derramados en la ladera.

-¡Dame la mano!

-¡Anda, cagueta!

-¡Dame la mano!

-Anda, ven.

Alcanzando por fin el castillo que no era tal castillo, sino un berrocal de peñas puntiagudas, verticales.

Desde la cima y hacia la vertiente contraria, una caída pedregosa unía la cúspide con el valle. Las piedras menudas se desprendían bajo los pies, rodando hasta el fondo del desfiladero. Delante se extendía el macizo rocoso que llamábamos la Sierra, que pertenecía a la abuela Victoria y llegaba hasta Benaoján. Era una finca inmensa y agreste, pegujales entre peñas donde pastaba el ganado. Más allá la carretera de la estación, y yo recordaba el día aquel en que descargó la tormenta, en que las montañas temblaban por el

tableteo de los truenos, cuando las caballerías se desbocaron huyendo por las trochas; y el aguacero se desató calándonos hasta los huesos.

Desde la altura bajábamos al pueblo, saltando de peña en peña a todo correr.

-¡Corre, Camilo, corre! ¡Salta, Rafael!

Ante nosotros se desplegaban los tejados, las pequeñas azoteas, y más abajo el cementerio en un suave declive. Dentro de las tapias blancas, frente al bosquecillo de encinas, el sencillo panteón con cubierta verde que había mandado construir el abuelo Manuel. Y erguido al fondo, enmarcado por los amplios horizontes, el pico de Tabizna de paredes verticales.

-¿Vamos un día a la fuente Tabizna?

-¡A la fuente Tabizna!

-¿Es que tenéis miedo?

-No...

La fuente Tabizna derrama sus aguas en el boquete tenebroso del pantano. Cae hacia el otro lado, lejos del pueblo, sobre la profunda cortadura donde sólo las cabras ponen el pie. Sólo pensar en ella se erizan los vellos como si hiciera frío.

El sol reverberando en las paredes blancas, en las aristas de las rocas, en las hojas plateadas de los olivos. Las calles se quedaban desiertas, las chicharras cantaban entre las matas de aligustres, algún chivito suelto aquí y allá olisqueaba las piedras, la madre paseaba su tintineo entro las peñas, mordisqueando los matojos.

Descendíamos entonces entre muros encalados, entre manos de cal, que tras cubrir las casas cubren también las rocas que les sirven de cimientos; y hacia arriba desbordan el alero, blanqueando el borde del tejado. Sujetos a las fachadas con aros de hierro, los geranios rosados, blancos y rojos desparramándose desde las latas pintadas de color.

-Yo me voy a mi casa.

-Yo también me voy.

-Pues, ¿qué hora es?

-Las que no han dado están al caer.

En la montaña había grietas negras, sin fondo, que los niños saltábamos jugando, de orilla a orilla.

***

Y en los asientos fuman, fuman. Hay cigarrillos en el cenicero de cristal: casi enteros, mediados, consumidos. La sombra de la aguja larga

vuelve a ser nítida y tiembla también, avanza. ¿Qué harán los niños? Estaban aturdidos, los pobres. Este aire frío que corre bajo los asientos y me alcanza los pies. Me duele el cuerpo ya de estar sentada. Al cambiar de posición, el friso-puzzle se alarga. Con catedrales, torrecillas y hasta molinos de viento, todo sobre el fondo laberíntico de polígonos cuarteados: añil, más añil, verdeazul, verde-ocre, surcados por las venillas blancas de cemento. La aguja avanza, sigue temblando, su sombra se le ha despegado, todavía no es la hora. No es tan fácil encontrar pasaje, no es fácil. Y todavía... Las sombras de las persianas, más largas y más finas ya. El sol se ha descubierto y baja de las ramas del chopo plateado, me envuelve una nube de olor a tabaco. Enfrente, un hombre tiene las piernas abiertas y el vientre redondo desbordando el pantalón. Apura el cigarro y lanza el humo con fuerza. Un negro muy negro, y una blanca muy blanca con pelos lacios y minifalda de rayas multicolores... y la madre mulata tan morena, con su hijita, más morena. ¿Qué estarán haciendo ahora? Los habrán sacado a pasear, seguramente. La niña es flaquita y lleva pantalones vaqueros. Masca chicle y alarga la boquita abultada formando una pompa gorda y rosa, chác. En los bracitos menudos, calcomanías de colores eléctricos: fresa eléctrico, amarillo eléctrico, rosa eléctrico. Los dientes blanquísimos y la lengua del color del chicle, chác. Qué lentitud. ¿Llegaremos? No sé si llegaremos, quizá todavía. El chicle huele a fresa. El mozo de marrón con gorro azul arrastra su carrito. Varias cajas de cartón: Ron Bacardí. La madre mulata se ha sentado con sus pantalones ajustados, rojos, y sus zapatos de charol negro con tirillas, con alto tacón. Tiene los ojos negrísimos y sombreados, los dedos finos color bronce, uñas rosadas, y el blusón blanco le ciñe las caderas. El hombre ha encendido un nuevo cigarrillo, y de nuevo me molesta con el humo. Un pitido agudo anula el murmullo, y un ala blanca da una pasada ante los ventanales corridos. Voy a tener que cambiar de sitio, parece que atrajera el humo. El sol, a través de la ventana, atraviesa ya el friso-puzzle y las sombras que proyectan las persianas son cada vez más largas y finas. Otra nueva avalancha de viajeros: de nuevo el corro ante las maletas, monjas, besos, zapatos rojos, marrones y negros, paracaidistas y una señora con una pechera descomunal. Fuma el paracaidista y se atusa la gorra ladeada, con un ave bordada en plata y un paracaídas en oro. Es muy joven y tiene botones dorados sobre el traje caqui, y doradas insignias sobre las

hombreras negras.

***

-CUÉNTAME LO DEL CUADRO DE LAS VIEJAS.

-Tiene detrás un retrato del rey.

El patio florido, encajonado entre paredes blancas. Arriba, ni una nube rompe el azul claro del cielo. Aquí y allá esparcidos los sillones de mimbre y las sillas sevillanas, pintadas de colores. Tras los bordes dentados de ladrillos, los arriates rezuman humedad. Ruidos domésticos rompen de cuando en cuando el silencio del mediodía soleado.

-¿Quién era ese rey?

-Era un retrato que tenía el abuelo en su despacho.

-¿Y por qué pintaste encima a las viejas?

-En la República prohibieron los retratos del rey.

Sentada a la sombra, mi tía está pintando sobre una mesa baja. Ha colocado a un lado los pinceles y el estuche con las pinturas, y también unos trapos manchados de color, y la espátula y un cacharrito de metal lleno de aguarrás amarillento.

-¿Por eso las pintaste encima?

-Sí, porque el abuelo no quiso deshacerse de él.

(Entonces el cuadro de las viejas, que conocí siempre colgado en la penumbra de la escalera, cobraba a mis ojos relieves desconocidos. Tras las dos viejecitas que andaban el camino coronadas de nieve, rodeadas de nieve, envueltas en los mantones negros, bajo un cielo rojizo, estaba el retrato del rey.)

- ¡Adiós! -exclama ella de pronto. El aguarrás se ha derramado, marcando un corro oscuro sobre la mesa-. Vaya por Dios.

No sé coser con dedal. Apoyo la aguja en la yema del dedo y aprieto; la presión sobre la tela hace que el envés me taladre la piel.

-Se me ha clavado la aguja.

-Ya te lo dije: costurera sin dedal cose poco y lo hace mal. - Sobre el lienzo ha trazado un esbozo donde se distinguen los grises de las piedras entre espacios blanquecinos. El olor del aguarrás se mezcla en oleadas con el perfume de las clavellinas.

En mis manos pequeñas van brotando a trompicones las flores a punto de cruz, sobre el trapo de panamá color crudo. Los hilos están sucios, y ni los amarillos son amarillos, sino pardos, y los azules se han vuelto verdosos, y los rosas azulados.

-Está sucio -reconozco con desánimo.

-Bueno, ya se lavará y se planchará cuando esté terminado -me consuela mi tía. Pinta de memoria, las formas y colores van surgiendo mágicos, al paso del pincel. Son matices brillantes, atrevidos, mezclados sin malicia, sin técnica pero con gran riqueza. Va apareciendo el camino pedregoso, y al borde del camino destacan las manchas rosadas de los árboles en flor. A ambos lados el carboncillo señala los contornos de las rocas, vacíos todavía.

-Porras -mascullo-, porras. -La aguja se desenhebra, chupo y rechupo el hilo, intento colarlo por el agujero diminuto.

-No chupes tanto el hilo; y no hagas los nudos tan gordos -me aconseja mi tía. La ermita, en esbozo, es una mancha blanca con cubierta bermeja. A través del cielo asoma la trama del lienzo, entre chafarrinones azules y blancos. Sujeta en la mano izquierda junto a la paleta los pinceles gruesos, medianos y finos con los que cubre superficies extensas o perfila los bordes de las piedras.

-Ya está.- Las manos me sudan, he logrado por fin enhebrar la aguja. Muy poco a poco, sobre el trapo renegrido van tomando forma las flores rojas y azules, las hojitas verdes escalonadas.

-Mira el revés, que te quede por igual.- A ojos vistas la vida va inundando los huecos vacíos, el color se apodera del paisaje. Es curiosa la técnica que usa para pintar sus rocas, las rocas que conoce de memoria. Son exactas a las naturales, y las consigue con pocos trazos de grises, violetas y blancos. Surgen verticales, lisas, coronadas de vetas blancas de caliza desnuda. Se superponen unas a otras, brillantes unas, otras sombrías, entre ellas se entrevén las grietas oscuras.

El revés no queda por igual, los hilos se entrecruzan sin orden ni concierto. Algún hilo cuelga, enredado.

-No queda muy bien por el revés.

-Ten cuidado.- Ella parece contemplar el paisaje en su interior, copiar de algún modelo que lleva en la mente, cambia de pincel, moja la punta en el aguarrás que se tiñe de tonalidades diversas, se convierte luego en un liquido espeso, pardusco, de un tono indefinido; mezcla la pasta sobre la paleta, los trapos arrugados se animan de colores vivos, la espátula raspa, extiende, alisa, corta.

Yo sigo combinando mis propios colores sobre la tela: tres puntos en rojo, tres puntos en rosa, dos en celeste. Seis puntos en verde. Cuento los hilos, consulto en el cuadernillo apaisado el modelo, cuento de nuevo, comparo:

-¡Vaya, me pasé! -Desenhebro la aguja, tiro del hilo largo, largo.

-Parece la hebra de María Moco -sonríe mi tía. Tiene un perfil nacarado, expresivo; tiene las pestañas largas, el pelo castaño ondulado, y recogido sobre la nuca en un moño alto. Tiene la risa fácil, y al sonreír se le marcan hoyos en las mejillas, fulguran los ojos oscuros; sus cejas son finas, bien dibujadas, las manos finas también.

-Ya no coso más -le digo. Observo su vestido de luto, que contrasta con la policromía de los arriates en flor. Más allá, al muro blanco le pesan las costras de cal.

***

Y aquel duro de los domingos por la tarde que me permitía sacar entrada para el cine y atracarme de chucherías: barras de zara o de caramelo de colores entremezclados en espiral, envueltos en papel celofán que se quedaba pegado y luego se despegaba chupando, a los acordes de la rapsodia húngara, el único disco que atronaba en los descansos entre películas arruinadas de Shirley Temple o de la Pandilla cortándose a cada paso: "Cuadro, cuadro". Al final, otra vez la rapsodia y a la calle. En cambio, los carruseles traían todos los años en ferias las últimas canciones de moda: "La caravana con sus cantos y risas, la ruta sigue sin sentir su dolor". Aunque las ferias de septiembre se mojaban todos los años, la gente meneaba el solomillo alrededor de la fuente del Cisne, visitaba en la jaula redonda a los faisanes y las gallinas de Guinea, o tiraba miguitas de pan a las palomas que vivían en casetas de madera trabadas a las copas de los árboles del parque. Los cabezudos a la puerta del ayuntamiento y por las calles el Tragaldabas, monstruo de cartón-piedra comedor de críos, y el chaval primerizo corriéndose a manotazos las velas de mocos sobre las mejillas atezadas de melocotón dorado, "Jolines, madre, si le salen los chiguitos por el culo", duras y amoratadas de tan rojas. Frente al convento de las Lauras donde según la tradición se venera la Sábana Santa, la feria del sudario el lunes, martes y miércoles de Pascua con los puestos de aceitunas gordas revueltas con polvo, cortezas de tocino retorcidas y doradas, y piringüingüis, caracolillos negros que se comen con la ayuda de un alfiler. Y cacharritos de barro tosco: botijos, floreros, huchas, porrones diminutos con olor a pintura mala, colores violentos que se quedaban pegados a los dedos por el sudor. Estaban también la feria del Carmen extramuros junto a las tapias del cementerio, y la del barrio de san Juan, y cada barrio tenía la suya pacíficamente bullanguera, con olor a ovejas y a cocina de pajas. Algunos domingos soleados mi amiga Mari Angeles y yo salíamos de excursión hasta

el alto de san Isidro. En el mes de mayo se celebraba allí el concurso de arada y aquello era un bullir de mozos y mozas, viejos y chiquillos que acudían de los pueblos ataviados con los brillantes trajes típicos, envueltos en un tufillo de naftalina. ¿Quién hará más rectos los surcos del arado? Y entre rosquilla ciega y bartolillo, nuestros juegos de siempre. A mi amiga y a mí nos unía la misma nostalgia: lo de ella se llamaba morriña porque enraizaba en Pontevedra. Ella me suministraba los gusanos de seda; era una experta criándolos con hojas de morera en una caja de zapatos con agujeros, los acariciaba y a veces los partía por la mitad a ver de qué color eran por dentro. Y lo que tenían era un puré verdusco que se les derramaba al apretar. "Qué asco, hija, cómo eres, aj". Lo bien que salía en las fotografías, y las fotos tan bonitas que tenía pegadas en los álbumes y en las paredes de su cuarto, cielos y mares de Galicia. Nos veías pasar como exhalaciones hacia el jardín bajando de dos en dos los escalones de ladrillo: "Al año que viene me quedo en Galicia". "Y yo en Andalucía". Pero al año siguiente seguíamos criando gusanos en cajas de zapatos con agujeros. "Qué pequeñines son". "Ya crecerán". "Este se va a morir, está canijo, mira los otros ya qué gordos". "Este va a hacer capullo, porque no come y está como atontado". Empezaba a trepar por las paredes de la caja oteando con la cabecita y como olisqueando, soltando babas como hilillos. "Límpiale las cagadas, no se enreden en la seda". Y una mañana amanecía encogido, envuelto en una red transparente cada vez más espesa. "Mira este capullo, no es amarillo, sino blanco". Los otros ya babeaban también, olisqueando. "Ya no comen ni cagan bolitas negras, cada uno en un rincón". Deponían en cambio una plastita verdeoscura blanducha, que se quedaba pegada al cartón formándose alrededor un diminuto corro humedecido. "De las mariposas, ni me hables. Puaf, tan gordas y tan torparronas, y como de terciopelo. No las quiero ni ver", soltando ristras de huevillos grisáceos o amarillentos y ensuciando toda la caja. En primavera las horas se me pasaban sin sentir escarbando la tierra, plantando ramas y cogiendo rosas. A veces al remover con la azadilla surgían largas lombrices anaranjadas, más abultadas en su parte central. Y yo me apresuraba a echarles tierra encima, porque me daban un asco de muerte.

***

TRAS LAS BOLAS AZULES, ROSADAS, VIOLETA DE LAS HORTENSIAS, algunas gotas blancas rompen el verde liso de las aspidistras. Ha entrado Josefita, con su cubo de cal.

-Ohú, qué calinga.- Arrastra una caña larga, que lleva a su extremo la

brocha sujeta con una guita.

-Sí que hace calor -contesta mi tía. Se han cubierto los huecos sobre el lienzo, en el añil del cielo las nubes blancas trazan chafarrinones alargados.

Me he levantado, he corrido la silla. En los muslos tengo marcadas las huellas de la anea, que pican, y me rasco.

-¿Pica, niña? -Arrima el cubo con un chirrido Josefita, apoya la caña larga sobre la pared a medio blanquear, se limpia el sudor de la frente arrugada con el envés de la mano.

-Sí que pica. -Me acerco a la bomba de rueda anaranjada que sirve para sacar agua del pozo, le doy impulso con la manecilla. Me gusta dar vueltas a la rueda. Al principio cuesta, pero luego casi voltea sola.

-¿Tú no habrás visto el tapito de untá el pitolio? -pregunta Josefita. Sobre la ropa negra, sobre el pañuelo descolorido que le cubre la cabeza, sobre la tez endurecida y cubierta de finas arrugas, goterones blancos de cal.

-Yo no lo he visto -respondo. Los arriates rezuman humedad, aroma y color. Ella introduce la brocha en el cubo, y sujetando la caña con las manos curtidas remueve la pasta lechosa.

Me inclino sobre el brocal del pozo: el hueco es profundo y negro, y al fondo tiembla la superficie bruñida, rota por la luz.

-Cuidado con el pozo -me indica mi tía, mientras sobre el lienzo perfila las rocas que se apiñan en grupos, como agazapadas unas contra otras.

-Ya tengo cuidado. -Coloco la tapadera metálica, que suena con un tañido hueco cegando el agujero redondo. Al pasar junto a la mesa reparo en la pintura, en el camino pedregoso que zigzaguea, y me detengo a contemplar el cuadro.

-Es la ermita.

-Ya lo sé.

-¿Te gusta?

-Me gusta mucho.- Sobre una silla está la labor, arrugada. Recojo los hilos, y el trapo, y lo doblo con esmero.

-Anda y dile a Amelia que vaya poniendo la mesa -me dice mi tía-. Pero no te estés.

-Bueno, voy.- Reparo también en el respaldo de maderas torneadas, esmaltadas de colorines sobre fondo azul, con filetes rojos, bolitas amarillas y guindas rojas. En el centro un pequeño paisaje con su casita blanca y su ciprés en miniatura, y una verja diminuta. Me gustan las pinturas de las sillas, son muy alegres y divertidas, y tan suaves al tacto.

Sobre el muro enjalbegado, que azulea de tan blanco, la brocha cargada de líquido espeso va marcando sus trazos húmedos. Josefita me mira un momento, atentamente:

-Niña, un día de estos te voy a abrir las orejas.- Manipula la caña, voltea la brocha, muestra al sonreír las encías desdentadas.

-¡Uy, si no quiere mi padre! Dice que eso es cosa de salvajes.

El dedal inútil ha rodado sobre las losas, describe un círculo abierto, se detiene. Me agacho bajo una silla, atrapo el dedal que bascula todavía.

- ... Y a Rosario que vaya partiendo unas lonchas de jamón -sigue mi tía- y que ponga unos rábanos para la sopa.

Sobre las losetas se mece la sombra de la palmera, que me alcanza las puntas de los pies. El tallo de la palmera es alto y fino, erecto, y coronado de un penacho grácil que corona los tejados. Bajo las ramas que se balancean se cobijan racimos de dátiles amarillos, colocados en ristra sobre unas varillas finísimas y nudosas.

-¿No se comen esos dátiles? -he guardado el dedal en la caja de los hilos.

-Son muy ásperos -con la espátula raspa mi tía los restos de pintura sobre la paleta.

Sobre la pared blanca, sujeto a unas alcayatas que lo mantienen erguido, el jazmín de hoja menuda, de pequeñas florecillas perfumadas, de diminutos capullos alargados, violáceos, lanza sus tallos finos sobre las matas de fucsias

-Anda, juye -me increpa Josefita-. ¿No has oído a tu tía?

En un macetón, unas extrañas hojas grandes, matizadas en rojo y en verde, aterciopeladas. En las paredes, sujetas con aros de hierro hay macetas de claveles rojos, blancos y jaspeados, y hay una ruina que se desborda en cascada verde, y la nube impalpable de la esparraguera.

***

Bajabas a veces al jardín que era mi reino y cobijó las horas de mi niñez, sus escaleras de ladrillo bajo arcadas de hierro cubiertas de enredadera velodenovia, sobre la muelle alfombra blanca que tejían las florecillas desprendidas, como un puente entre la vieja casa y mi mundo primitivo. La hiedra apoderándose de los muros, incrustando en ellos sus infinitas y diminutas uñas, cegando el lavadero y el cuchitril donde se guardaban la mangarriega, las herramientas y el bote de azufre; abajo los macizos bordeados de boj reventando en verdes y rosados, los capullos prietos relajándose hasta convertirse en flor entre azucenas blancas con polvo de oro,

delicadas gloxinias rojogranate, pensamientos de terciopelo amarillomorado, y el aroma espeso ascendiendo hasta el comedor entre los pámpanos de la parra y los zarcillos que se enroscaban en la balaustrada del balcón. La rechoncha pita con su efímero tallo erguido, los racimos de pulgones verdebrillantes apiñados bajo las hojas y las púas de los rosales, y en el centro junto al pilar de riego el lilo azuleando y el guindo de guiñamelojo tachonado de bermellón, y los gruesos frutos amarillos y dulces del membrillo. "Flop flop", en la gran cazuela todos los años, "flop", el puré amarillento bullía, "flop", tomando poco a poco un tono melado. Luego Isa lo volcaba en cajas de hoja de lata con rótulos en colores: "Puente Genil, Clase extra, Carne de membrillo", y con las mondas y las pepitas hervidas preparaba el almíbar para la rojiza jalea dulzona. Si no fuera por las quejas de algunos vecinos nunca se hubiera sacrificado la acacia gigante. Bien es verdad que su copa remontaba todos los tejados y sus raíces alcanzarían seguramente la plaza del Museo, por lo que no es de extrañar que temieran por los cimientos de los edificios colindantes. Se taló entonces la frondosa acacia, y al ser retiradas sus ramas se mostró el corpulento muñón desnudo que entreví desde las cristaleras, cuando la escarcha lo revestía con su barniz quebradizo. Transcurrió otro invierno, y un día el huerto amaneció arropado por la manta blanca de la nieve, donde los gatos dejaban apenas marcadas sus pequeñas huellas redondas. Yo andaba con cuidado para no estropear la blancura, recogía la nieve que abrumaba los setos del evónimo y modelaba un muñeco grotesco sobre el pilar de riego, de donde pendía un carámbano transparente. Hasta que con las manos heladas, a través de las escalerillas de madera nudosa buscaba el calor acre del entresuelo, donde estaban los dormitorios de servicio, el cajón de novelas policíacas y aventuras de Búffalo Bill, y la antigua colección encuadernada de Algo, la revista pionera de la ciencia-ficción. Pasaron después las ventiscas de marzo, con las lluvias retoñaron los frutales, reverdearon de nuevo los vástagos, despuntaron los pimpollos, y entonces sucedió el inquietante prodigio: fueron primero innumerables puntos verdes casi movedizos sobre la tierra abonada y oscura, después diminutos seres vegetales surgiendo en cada palmo de terreno, y pronto una invasión alucinante de brotes tiernos que con vívida inquietud comenzó a apoderarse de cada macizo, de cada sendero o recodo donde hubiera un poco de tierra húmeda. Y al desplegarse ya libremente se mostraron los pequeños tallos de acacia, mientras toda la pericia del jardinero no lograba conjurar aquel desastre. Nunca pude saber si fueron las semillas esparcidas al cortar el árbol, germinando en aquel medio favorable,

o el vigor irreprimible de la savia apresada en las raíces rompiendo las profundas tinieblas camino de la luz, pero mis ojos espantados contemplaban el fantástico asalto, presintiendo algún poder desatado de la naturaleza, mientras que del chato muñón surgían casi a ojos vistas dos brazos verticales, lisos y robustos, que alcanzaron enseguida la altura de la vieja acacia, cubriéndose a su vez de renuevos tiernos y de verdes hojas rutilantes. Hasta en sueños me perseguía aquella eclosión frenética, y me despertaba manoteando la hojarasca que me asfixiaba en la pesadilla, hasta que por fin a duras penas pudo irse arrancando el bosque improvisado que alcanzaba ya considerable altura, y las plantas fueron desembarazadas de su acoso, sin que pudiera evitarse que varios pies de acacia arraigaran entre los setos.

***

DENTRO, LAS LOSETAS DEL CORREDOR BRILLAN FRÍAS, ENCERADAS. Al pasar abro la puerta del gran comedor silencioso; con las porcelanas relucientes en los aparadores, con los juegos de café ribeteados de oro, las tacitas antiguas decoradas con guirnaldas de rosas, con rótulos amables: “Amistad, Amor”. Sobre el camino de mesa, el centro plateado con las frutas de cera que parecen de verdad. Son suaves, duras y suenan a hueco. Hay naranjas porosas, con cinco pequeños sépalos verdes; y las manzanas son amarillas con un carrillo colorado, y hay también limones que rematan en una tetilla puntiaguda. Y plátanos. Me gusta pasar sobre ellos los dedos, que resbalan sobre la superficie coloreada. Salgo luego hacia el corredor, hacia la cocina donde trajinan las muchachas entre columnas ahumadas.

- Amelia, dice mi tía que vayas poniendo la mesa. - En el lebrillo, los pedazos de pepino sobrenadan el gazpacho. Alcanzo una patata frita de la fuente.

- Ya mismo voy. -Sale Amelia pimpante con el delantal blanco.

-Largo, niña. Jopo de aquí. -La cocinera resopla, suda, espolvorea las patatas con sal fina.

-Es que se me salta la yel. -Alargo la mano, agarro un puñado de patatas fritas.

-Pues que se te salte. Deja ya las papas. -Sancocha la carne, maja los ajos en el almirez.

-“En la cárcel de villa, hoy me van a encerrar...” canta la planchadora en un extremo de la cocina, mientras espurrea la ropa y la va poniendo en rollos

apretados.

-Hago lo que me da la gana -Tuerzo los ojos, mastico con fruición las patatas.

-Tiene tela la niña. -Agarra el rabo de la sartén la cocinera, separa la sartenada a un lado, escurre las patatas con la espumadera.

-“Pues los jueces castigan el delito de amar...” -en la plancha de hierro la planchadora suelta un escupitín que cruje, saltiquea y por fin cae al suelo pulverizado.

-Anda y cambia las flores del búcaro, así te entretienes. -La cocinera descuelga las tenazas de hierro, hurga en las brasas del anafre.

-No quiero -Alcanzo otra patata de la fuente.

-Pues vete a hacer puñetas -Agarra el soplillo, atiza la lumbre, surge una cascada de pavesas incandescentes.

-No quiero -El calor en la cocina se va haciendo líquido.

-“Ella fue mi tormento, ella fue mi pasión, pero un día la ingrata de mi amor se burló...” -la planchadora estira el embozo húmedo, con la plancha ardiendo le arranca nubes de vapor.

-Anda, pélame los rábanos, que tengo prisa. -Coge el cachucho de la ventana la cocinera, lo levanta en alto y empieza a beber.

-No, que me voy. -Me limpio la grasa con envés de la mano.

-Vaya por Dios. -El chorro brillante se le cuela en la boca, al tragar le tiembla el bocio incipiente, con el delantal oscuro se enjuga luego el agua que ha bosado por las comisuras.

Atravieso la puerta hacia la casa, la puerta brillante pintada de marrón oscuro. Reparo en la gatera, el agujero redondo abierto en su parte inferior. Aquí no hay gatos, pero todas las puertas ostentan el mismo agujero, tan redondo. Luego me alcanza el gemido desaforado de la planchadora:

-“ ... me castigan por matarla, ay de mí, sin pensar que no la olvido...”

y a través de las gateras veo las piernas que van y vienen, que vienen y van, y veo los mosaicos brillantes en que se reflejan los muebles, hacia el lado de la casa,

“...y llorando va mi alma, ay de mí,

y triste yo canto así...”

Y veo las grandes losetas coloradas, pintadas de rojo, en la cocina, y siempre las piernas de las mujeres que arrastran las alpargatas hacia acá y hacia allá, trajinando.

En el hueco de la ventana, las flores que puse en nuestro altar se han

puesto mustias dentro de los frasquitos de brillantina. No encuentro a mis primos por parte ninguna.

-¡Manolo, Rafael! ¿dónde estáis? -Las estampas de santos se alabean al sol, sujetas con chinches en el poyete: San Antonio de Padua, María Auxiliadora, San Cristóbal con el Niño a cuestas. Y me viene a las mientes:

-San Cristobalín, patín, manín, cara de rosa, dále un novio a mi niña, que la tengo moza!

-¡Manolo, Rafael! -Y amarillean los retales de encajes con los que simulamos un altar, el Niño Jesús sobre las pajas de la cuna alza la piernecilla rosada bendiciendo al mismo tiempo con los deditos de la mano derecha.

Desde el rellano de la escalera, subidas en su pintura, coronadas de nieve, rodeadas de nieve, protegiendo al rey bajo un cielo rojizo, me miran las viejecitas con sus ojos de carbón sobre las caras pálidas. Y en el gabinete, entre pieles de zorro y trofeos de caza, me mira fijo con sus ojos de cristal un gato montés.

Luego, sobre la mesa la sopa dorada con lonchas de pan y una ramita de hierbabuena que le presta sabor y olor, y el platillo de rábanos abiertos en forma de corola, rojos por fuera y blancos por dentro, y su cogollo de hojitas verdes; y la rana verde de loza con la boca muy abierta y la barriga llena de huesos de aceituna (desde lejos intento atinar en la boca abierta con los huesos de las aceitunas), y el porta-palillos-pájaro, de metal plateado, que impulsado con el dedo introduce el pico largo y bífido en un recipiente de cristal, y saca sujeto a su extremo el botín de un palillo de dientes. Y a través de la puerta que tiene gatera, vaharadas a cocido caldoso donde nada falta: con las carnes gelatinosas, la legumbre y los embutidos, ramalazos de espinacas y sobresaliendo anaranjados los trozos cuadrados de la calabaza.

***

El bullicio de la Semana Santa se mantenía lejos del recinto de nuestro barrio recoleto. No se advertía en él ningún signo de religioso folklore, fuera de algún cofrade rezagado andando a paso ligero con su capa reluciente -blanca, roja o negra-, rizada por el aire fresco, la vela apagada y una enguantada mano sujetando bajo la barbilla el capuchón de raso; ojos chispeantes tras los huecos negros, y plateadas hebillas en los zapatos. El jueves a primera hora de la tarde, en la plaza del Museo, ante el palacio de Santa Cruz y el Cristo de la Luz patético en su demacración sangrienta, se congregaba la cofradía de los Docentes. Aquel día teníamos que almorzar mas temprano que de costumbre, para acudir al acto donde se reunía el grupo de catedráticos y profesores,

todos con el crucifijo pendiente del cuello y entonando el confiteor. Después el Cristo regresaba a la capilla hasta otro año, el mismo día a la misma hora. A las tres de la tarde todo el mundo volvía a su casa mientras los fieles visitaban los monumentos expuestos en iglesias o capillas conventuales: el Santuario Nacional de la Gran Promesa, las Siervas tienen más o menos velas que el año pasado, velas a diecisiete pesetas, las de esperma son más baratas pero no sirven. Capilla de Santa Cruz, iglesia de la Magdalena, qué heladora, los Jesuitas, la Enseñanza, las Salesas Reales, pero la Antigua está cerrada. Largas colas, siete iglesias, siete padrenuestros en cada una con avemaría y gloria patri, y "viva Jesús sacramentado, viva y de todos sea amado". A un apuro los siete padrenuestros con avemaría y Gloria siete veces en la misma iglesia, sólo que entrando y saliendo cada vez. "¿Quién adornó mejor el monumento?" "Seguramente, el colegio de los Jesuitas. Hay que ver, qué palmas más hermosas, parecen arcos o surtidores de oro". "Como las de las Francesas, son las que llevan las niñas en la procesión del domingo de Ramos. Palmas de las más caras, altas y recias, traídas expresamente de Elche". Los de las escuelas las llevaban enanas y despelujadas, o llenas de lacitos y jeribeques, de las que vendían en la plaza del Campillo. Pobrecitos. El Santuario Nacional reluce como un ascua, con los angelitos como pepones sujetando algo en alto, encaramados de dos en dos sobre los pilares lisos, sus cabellos de un dorado sin pátina, y la imponente imagen del Sagrado Corazón obra de Granda con los brazos extendidos, presidiendo desde el retablo central. Y el Cristo de Burgos al lado de la epístola, flanqueado por dos hermosos varones angélicos. Aún no habían entronizado a la virgen del Pilar al lado del evangelio, ni a la virgen filipina, ni a la de Guadalupe en los altares laterales, y ya confesaba el cura viejito que según decían había visto a Nuestra Señora y era santo. "Padre, me acuso de que me olvido de rezar". "Hija, ¿te olvidas de desayunar?", consumidico y ciego. "No, padre". Un cura joven se sentaba el primero a la izquierda, y luego dirigía desde el púlpito el rosario y las letanías que se rezaban en latín: "Kyrie eleison". Los fieles no entendían en gran parte lo que estaban diciendo, pero se veían arrullados por un cierto clima místico: "Turris davídica, turris ebúrnea", y al final la frase en que todo el mundo se hacía un lío: "Ut digni efficiamur promisionibus Christi". Los días de gran fiesta: "Quién dio a la España la nueva alegre de los amores del Salvador, fue el padre Hoyos que en san Ambrosio del mismo Cristo la recibió". Y las voces de acero y cristal de los monaguillos en el coro: "Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat", estallando entre nubes de incienso sobre las

brillantes vestiduras de pontifical. O en días de dolor grandes cortinas moradas velando al Sagrado Corazón y todo lo demás, y fuera las procesiones todavía sin turistas ni ministros: la larga procesión del viernes santo, y la de la soledad por la noche, con la virgen de las Angustias o de los cuchillos que se mojaba todos los años hasta que le pusieron un plástico por encima. La procesión del Viacrucis, y la de la cárcel junto al prado de la Magdalena, camino del cementerio, donde yo me plantaba mascando pipas y desde donde más que ver adivinaba, envuelta en la polvareda, de puntillas sobre un bordillo o un pedrusco, medio ahogada por la muchedumbre. Mientras, a la puerta de la cárcel, "Dios te salve reina y madre", los presos entonaban la salve a la Virgen y un preso obtenía la libertad. Y una vez la salve cantada y el preso libre, la oleada humana abandonaba la zona a empujones, limpiándose los niños los mocos en el jersey nuevo: "Chiguito, marrano". Las viejas secándose las lágrimas o la rija con el envés de la saya y las madres contando a los chicos por no perder alguno en la refriega, entre el fresco airecillo penitencial y un tibio sol pajizo caldeando sin fuerza. Después en casa las faldillas calientes y tu omnipresencia, los pasos leves de Isa, la jicarita de chocolate humeante y espeso con el bollo suizo y el vaso grande de leche. Tú, "Nanina, estudia", y yo "ya lo tengo todo hecho", y vuelta a los lápices de colores y a revolver los cajones, tú y el viejo caserón protegiéndome de los miedos y de los peligros de fuera. La gata acurrucada debajo del sofá, mirándome fija con sus redondos ojos fosforescentes, mientras llegaba el momento en que el reloj de la mesa del despacho emitiera diez campanadas cristalinas y el del comedor marcara las diez menos dos minutos, nos sentáramos a cenar y luego las noticias de Radio Nacional y tú: "A, la cama, hala, Nanina, a dormir". "Hasta mañana, abuelito, que descanses", y así tantos días uno tras otro, tejiéndose los meses y los años, y siempre con tu mismo tono sereno y sosegado.

***

-PUÑETERA NIÑA, ¿TÚ VES LO QUE HAS HECHO?

Florentino tira de mí, que me resisto, abandona sus libros de cuentas para llevarme al lugar del delito, me obliga a atravesar el pequeño despacho. Arriba, en un estante, asoman los bordes de colores violentos de varias resmas de papel de seda.

-Eres el demonio. ¿A quién se le ocurre?

A trompicones he bajado los cuatro escalones hacia el patio grande, frente al depósito del agua y el portón que da al Alambique, y miro aquello como si lo viera por primera vez. Abro mucho los ojos y allí está la mesa, la

gran mesa alargada de faena, con su tablero de castaño recio pulido por los años.

-Puñetera niña. Verás cuando lo sepa tu tío.

Yo misma me asusto: por encima del tablero liso asoman, punteándolo, muchas cabezas de clavos grandes que me entretuve en clavar casi sin darme cuenta. Ahora me extraño de haberlo hecho. Por debajo asoman las puntas de hierro.

-Parece un erizo -pienso para mí, y la cosa me divierte por un momento. Luego me escabullo en cuanto puedo.

Dejando allí a Florentino que vocifera gesticulando con sus manos fuertes, la mesa arrimada a la pared cosida a martillazos con los clavos grandes, y que parece un erizo con las púas tiesas bajo el tablero, puñetera niña. Y el portón trasero que da al Alambique con las grietas en la madera por donde se ve la calleja empedrada, y los pesebres de piedra, allí donde mi tío le arrancó a la yegua la sanguijuela de la garganta. El animal echaba sangre por la boca, sangraba y relinchaba quejándose, y él metió la mano, metió el brazo hasta el codo por las fauces abiertas, tanteando el gañote hasta dar con el bicho. Mientras, la yegua aguantaba mansamente, adivinando la buena voluntad. Luego relinchó, pero de gusto, lo rozó con la testuz, agradecida, y pateó las moscas y las sacudió con la crin de la cola.

Dejando allí el gran depósito de agua, de hierro remachado. Y la tina de zinc que lo sobrenada, donde mis primos y yo jugamos a veces a los marineros. Y en el almacén los jamones colgados del techo, llorando grasas escurridizas, como estalactitas opulentas; anchas tiras de tocino blanco, veteado, cubiertas de granos de sal gorda. Y las latas de chorizos en manteca, precintadas con tiras de hojalata, y pintadas de azul con letras en plata. Y otras con trozos de lomo frito y tierno, sumergidos también en manteca blanca. (Pobrecita, pobrecita, ¿te sacaron ya la sanguijuela?)

Saltando sobre los escalones, bajando por el desnivel, descendiendo a través del patio hacia la fábrica escucho el parloteo ininteligible de las mujeres que, en largas mesas, van atando los chorizos turgentes. Luego los colgarán en cañas, se curarán colgados, arrugándose y oscureciéndose, con las chapas redondas pendiendo de los cordoncillos de color. (Puñetera niña, verás cuando lo sepa tu tío).

Me alcanzará el vaho de la sangre caliente, cociéndose en los grandes peroles. Y el aroma de los chicharrones friéndose en las sartenes, anticipo de meriendas suculentas, chicharrones untados en pan, pringados en el café con

leche.

(Tiene mi tarara unas pantorrillas que parecen cañas de colgar morcilla. Mi tarara sí, mí tarara no.)

-¡Manolo, Rafael!

El olor a zotal por todos lados, y el tufo picante del agua oscura mezclada con cáustica, corriendo por los canalillos en desnivel, corriendo entre las losas renegridas por la grasa.

-¿Dónde os habéis metido?

Abajo en los mataderos relucen las grandes calderas de cobre rojizo, y alguna vez se escucha berrear a un cerdo en un alarido último.

-¡Estamos aquí, estamos en el columpio!

En el matadero antiguo, que ya no se utiliza, el columpio se bambolea suavemente colgado de una viga: son dos cuerdas gruesas que sujetan una tablilla de madera.

-¡Ay, qué frescos! Me toca.

Me ajusto al balancín, me agarro fuertemente a los dos lados, siento varias manos pequeñas que me impulsan desde atrás.

-¡Uy, me da angustia! -he dicho mientras me mecía, cada vez más fuerte, hasta que las puntas de los pies casi daban en el techo.

(¿Qué es angustia? No lo sé, pero la palabra me suena bien, me llena la boca.)

-¡Ay, qué angustia!

(Es una sensación que me muerde el estómago al bajar, y me atonta la cabeza al subir. No conozco su significado, pero la palabra me gusta: angustia. Me empujan mis primos, me empuja Camilo, el niño amigo de los ojos de gato. Los ojos le brillan por la noche, y se le puede distinguir, agazapado, en la oscuridad.)

-Venga, me toca a mí -ha dicho mi primo el mayor, que es más chico que yo y es rubio y blanco como un angelote. Tiene una curiosa mancha oscura en la frente, entre las cejas.

-Es un antojo.

A través de los postigos que dan a la calleja se escucha el resbalar de las bestias sobre las piedras pulidas.

-¿Qué es un antojo?

-No lo sé. Venga, me toca. Anda, Camilo, da fuerte.

Lo empujamos, uno por cada lado, sale lanzado hacia arriba.

-¿No te da angustia, Rafael? Sube más cada vez, los rizos dorados le

tapan los ojos.

-¡Uy sí, qué angustia!

-Venga, niños, a merendar -pasa Josefita como una sombra vieja, bajo el manto negro que le ciñe la cabeza. Habrá encontrado ya el trapo del petróleo, porque frota algo acá y allá. Luego buscará el "berbiliquí", para abrir agujeros, o cualquier otra extraña cosa.

***

El humo de un cigarrillo garabatea en volutas y viene directo a mi nariz. Fuera, taxis negros de raya roja. El sol ha abandonado el chopo blanco y bordea un pinito achaparrado, cerca ya de la línea del césped. Ha inundado ya todo el friso de PADROS, haciendo relucir los relieves del puzzle. Ya son dos los paracaidistas, qué jóvenes, casi unos niños. Ah, ah. Lo había olvidado. Nunca pensé... Ahora son cuatro, se levantan y se van con las bolsas color caqui y las boinas terciadas, bordadas cada una con un ave en plata y un paracaídas en oro. Tengo ya ganas de llegar allí, aunque... Pasa un Búffalo Bill con barbita, lleno de tirillas de cuero. Es imposible distinguir las palabras del altavoz, ni siquiera su idioma, entre el run-rún, esta impresión de tener la cabeza de corcho y el tintineo de la cafetería. La corriente de aire por debajo de los asientos me está dejando los pies helados... El cielo se ha despejado por completo menos una nubecita larga que parece un jirón de nieve iluminada. El sol, entre las ramas del pino, es el centro cegador de un millón de rayitos concéntricos. Después no veo nada, todo se ha vuelto gris. El puzzle de PADROS va perdiendo poco a poco sus reflejos. Un revoloteo de alas en el aire. Por un momento la gran nave ha quedado casi solitaria y puede distinguirse más claramente el sonido de la voz, aunque no logro descifrar las palabras: en castellano, luego en lengua extranjera. No queda más que la nube iluminada y una sombra larga ha invadido el puzzle. La sombra de la aguja larga casi no existe, lo mismo que las líneas que proyectan las persianas. Fuma una joven vestida de rosa con los cabellos teñidos en un rubio ceniza. Son teñidos, sin duda, porque tiene las raíces oscuras. Un cenicero con las cerillas de palo a medio quemar, y los cigarrillos retorcidos, una cajetilla arrugada y varios papeles de caramelos. Un autocar, ante los ventanales, nuevos niños patinan sobre el mármol tostado.

El fondo monótono de la voz a través de los altavoces, los altavoces con aspecto de pájaros exóticos. ¿Estaban encendidas las lámparas, o

las han encendido ahora? No lo sé. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once redondeles luminosos. Tenían que ser doce, pero una bombilla no luce. Una medio-monja de gris y niños que patinan, ¿son los mismos, o son otros? ¡Qué despacio se va el sol! Parece que lleva un siglo tras el horizonte. Consigna. Left luggage office. Sala de recuperación. Recovering-room. Telégrafos. Telegraph office. Teléfono. Telephone. La puerta entreabierta de la capilla, suave resplandor, los bancos encerados son lisos, suaves, y no hay nadie. "Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento o me levanto". Enfrente el sencillo altar, sencilla cruz. Alfa y Omega. El Principio y el Fin. Rodeados por el silencio, colocados sobre los reclinatorios, los libros de oración: "Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo, su cólera dura un instante, su bondad de por vida; al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo".

***

PERO POR LAS TARDES NOS BAÑABAN Y VESTÍAN DE LIMPIO, y salíamos a la plaza con la niñera; todas las tardes nos bañaban a mis primos y a mí: colocaban tinas de zinc en la gran cocina y las iban rellenando con ollas humeantes. Después nos ponían de punta en blanco, todos los días; y salíamos con la niñera a jugar a la plaza.

Como mucho, bajábamos por la calle principal procurando no resbalar con las sandalias embadurnadas de blanco; por la calle principal que moría abajo en carretera de tierra bajaban y subían las mujeres vestidas de negro, envueltas en mantos negros de algodón y tapándose la cara con ellos. Sobre la cabeza la roílla de trapos retorcidos, y sobre ella el cántaro balanceándose a cada movimiento de la mujer, formando un todo con su humanidad oscura.

Dejábamos a un lado los cebaderos grandes, donde se daban a veces funciones de teatro por compañías modestas.

-¿Qué ponen hoy?

-"Anacleto se divorcia".

O bien:

-"La pluma verde". ("Y por eso me llaman la cursilona de la pluma verde...")

Tras las puertas barnizadas de las casas se adivinaban zaguanes en penumbra, gentes ocupadas en sus faenas. Y jarritas, la capuchina dorada que reluce, el pequeño velón sobre el paño de ganchillo o macramé, y el florero de porcelana de donde surgen, irisadas y gráciles, rematadas por concéntricos y

misteriosos ojos, varias plumas de pavo real. Sobre las paredes blanqueadas una abigarrada colección de adornos barrocos, los portacartas bordados en sedas de matices suaves, pendientes de cordones de seda. Espejitos picados, grandes estampas de colores chocantes en marcos de maderas caladas, fotografías pardas, grupos familiares que rígidamente miran hacía la cámara, o antiguas fotos de bodas o de Primera Comunión. Y al fondo el resplandor de los patinillos llenos de macetas floridas, medianas o grandes o chicas, y el batiburrillo de una esparraguera enredándose en la maraña azul pálido de la celestina.

Pasábamos junto al bar y su amplia terraza acristalada que daba al campo, donde ya Coralia se peinaba las trenzas para salir a la plaza.

Y dejando atrás el pueblo, el bar y la huerta, llegábamos al grupo escolar y la fuente Marchal.

Junto a la fuente de grueso caño, las matas apretadas de culantrillos, los lavaderos con el agua corriendo a borbotones sobre el lecho cubierto de verdín.

***

Tras los muros encalados de la iglesia, la penumbra fresca está saturada de un aroma húmedo a cera quemada y a flores marchitas; un haz oblicuo penetrando por la lucera traza su rastro luminoso que se quiebra en el enlosado. Cualquier pequeño ruido levanta ecos sonoros en el recinto medio vacío. La pequeña Virgen presencia desde arriba el cuchicheo de los niños.

-Por la señal de la santa canal, cayó una teja mató a una vieja, cayó un chinillo mató a un chiquillo... -uno de ellos toma agua de la pila y se persigna, gesticulando.

-Cállate, niño, que eso es pecado.

-¡Anda, pecado! -inicia una genuflexión, se sienta por fin sobre el terciopelo ajado de uno de los reclinatorios.

-Claro que sí.

Junto al sagrario titila una lamparilla dentro del recipiente de cristal rojo. Una mujer rezagada abandona el último banco, que cruje. Cruje también la puerta de la sacristía, en su recuadro aparece el monaguillo con el matacandelas en ristre.

-Paco -susurra el niño con los ojos glaucos desde el reclinatorio.

-Qué -responde el monago.

-Que si tienes recortes -las piernecillas renegridas, las manos menudas, los dedos exploran los calados en las sandalias oscuras.

-Eso, mañana. Hoy no tengo -bajo la curva de un nicho blanquean las azucenas de san José.

-Eres un angurrioso. Te las comes tú todas -guiña un ojo, guiña otro, vislumbra entre las pestañas las velas encendidas.

-Mentira -dice el monago. Empieza a apagar las velas, manejando con tiento la caperuza cónica al extremo del palo largo.

-¿Te vienes a jugar a la plaza?

-Aguardad, que ya mismo voy -sigue apagando velas, que humean, se mueve de acá para allá.

-Afuera te esperamos -otra genuflexión, otro garabato junto a la pila del agua bendita, la voz retumba en los altos y en los pilares.

-Bueno.

Sumerge el hisopo en el acetre, se vuelve al monaguillo con un tintineo de llaves bajo el faldón colorado, rocía a los otros desde lejos:

-Asperges me, domine.

Saltan los otros dos a coro:

-Amén.

Después que el sol ha desaparecido tras la mole del Hacho inundando los cielos de un resplandor rojizo, la luz incierta de la tarde va dominando el pueblo. La silueta blanca de la iglesia, su torre y las campanas calladas se recortan sobre la pared rocosa, y los árboles cercanos cabecean suavemente. En los escalones de piedra, en la rampa que desciende hasta la plaza, algunos chiquillos se han sentado, rendidos. Otros vuelven a sus casas, sus voces se pierden tras las puertas y las esquinas. Una calina tenue se extiende sobre los tejados, desdibuja las cumbres en la lejanía.

Yo también me he sentado. Dejando resbalar la mirada sobre los muros blancos, sobre las copas verdes de los árboles y la farola solitaria. Cerca de mí está Simón, en su silla de anea, apoyado en el zócalo oscuro.

Junto a él hay un hombre de luto, todo negro de pies a cabeza, desde las alpargatas al sombrero de anchas alas, pasando por la camisa de un negro pardo. Y al lado, una mujer sentada en una silla baja se atusa el rodete, lo prende después con una horquilla de moño.

-Simón encontró sus gemelos entre las cenizas, ¿no verdá, Simón? -la voz de la mujer es aguda.

-Cogí lo que púe, ná, y enterraron aquello en el cementerio -contesta Simón. Su mano descansa sobre la pana que le cubre la rodilla. Observo sus dedos largos, las uñas duras, amarillentas, que rascan inadvertidamente la tela

del pantalón. En el anular le blanquea un aro plateado.

Algo en lo que oigo me sobresalta, adivino una alusión en la mirada huidiza de la mujer o en el gesto vago del hombre de luto.

-¿En la casilla del tejado verde?

-No, en el de Ronda -se acentúan los pliegues en el cuero cobrizo de Simón, sus ojos son dos surcos profundos bajo las cerdas erizadas de las cejas.

Sé que hablan de una historia que la abuela evita siempre, que tengo entreoída en medias palabras y en alusiones veladas. Que resucitan sucesos antiguos, relatos sombríos, heridas olvidadas. Simón se vuelve y me ve, sus ojos brillan más y más y los rodea de pronto un halo rojizo.

-Niña, ¿estás ahí? No te había visto.

-Hola, Simón.

-Buenas, niña -una sonrisa distiende el rictus de su boca, muestra las encías desnudas, hace brillar los pelillos de la barba, del bigote.

La mujer se ha levantado, con el pañuelo negro se ciñe la cabeza, lo anuda después hábilmente, se sacude las faldas y se va. Con ella se va el hombre de luto.

-Con Dios, hasta mañana.

-Con Dios.

Me acerco a Simón, que tiene a su lado la silla baja, vacía.

-¿Me puedo sentar?

-Claro que puedes. Siéntate.

Me acomodo en el asiento, cierro los ojos, intentando vencer el nerviosismo que me invade, una inevitable sensación de ansiedad.

Y noto en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Después lo miro fijamente y le pregunto:

-Tú fuiste amigo suyo, ¿verdad, Simón?

Las niñas que trepábamos por las breñas no habíamos visto nada de aquello. Sí que nos lo habían contado, pero eran tan sólo palabras.

***

Tenían un baño de azúcar grueso y tierno, Isabel las compraba en el confitero de la calle de las Angustias. Eran tus yemas preferidas, y también las mías. Las compraba en bandejitas de cartón por medias docenas, para que no se pusieran duras. Claro que nunca llegaban a ponerse duras, aunque tú solamente comías una en el postre del mediodía, pero yo me encargaba del resto. Isa las mudaba cada vez de lugar asegurándolas con llave, pero yo daba

con ellas siempre y me las comía encerrada en el váter. Era un placer ir despegando con la lengua aquella corteza blanca que se deshacía en la boca, hasta quedar al descubierto la bola amarilla y monda que engullía de una vez, relamiéndome. "Qué raro -decía ella-, hubiera asegurado que ayer compré las yemas", y ya no quedaba ninguna. "Te habrás confundido, mujer", le contestaba yo candorosamente. Otras veces eran los temblones tocinillos de cielo o los dulces del Horno Francés bañados de chocolate y envueltos en papeles de colores metálicos, que se llamaban freixas; si no lograba dar con el paradero de las yemas o de los freixas, o de los tocinillos, me conformaba con volcar el azúcar de tu azucarero en un estuche de baquelita que había contenido novolitines del doctor Gustín, y lambucearla metida en el retrete gozando de la clandestinidad del lugar. O golosear las galletas alargadas rellenas de vainilla que extraía del fondo de su envase de hojalata, levantando con cuidado los papeles de seda que separaban las capas superpuestas, por más que llegara un momento en que necesariamente había de notarse la falta. O en su defecto rebañar con el dedo la chocolatera y el molinillo de palo donde al enfriarse la pasta oscura adquiría una dulce y sólida consistencia.

"Isa, guapa", Isabel pegaba un respingo. "Qué me vas a pedir". "Que me prestes tu velo nuevo". O, "Anda, Isa, préstame veinte durillos". "Ay qué niña, que donde me ve me guiña". Tenía un primo que siempre quiso casarse con ella, pero ella decía que el mejor de los hombres colgado. Y es que un novio la había dejado plantada en sus tiempos, y aquello le había dejado mal sabor de boca. Por fin su primo se casó con otra, pero enviudó, y otra vez que quería casarse con ella, y ella que ni por asomo consentía en casarse con él. Hasta que el primo se casó en segundas nupcias y enviudó de nuevo, y dále con quererse casar con Isabel, y ella sin transigir, y el primo tuvo que casarse por tercera vez. Y cuando su tercera mujer estaba de cuerpo presente: "Isa, mujer, ¿no quieres casarte conmigo?" Y ella que ya era vieja: "Vaya una ocurrencia, si cuando yo digo". Entonces yo le decía que su primo la quería por las perras, y ella me contestaba que seguramente sí. Isa tenía siempre en reserva un estuche amarillo de jabón Heno de Pravia, guardado en el cajón de su armario, y unas medias de seda brillante que no se ponía nunca porque las usaba de hilo, y un paquetito de pañuelos perfumados sin estrenar; y el frasco de colonia que le habían echado los reyes, y también el velo nuevo con el alfiler de cabeza gorda, y un devocionario con las letras muy grandes, y un rosario negro dentro de una rosariera. Yo disfrutaba malignamente sumando los años de las tres personas que convivíais conmigo, y que pasaban de los doscientos. A

veces Isabel taponaba con yeso y cristales rotos los agujeros que hacían los ratones tras el radiador del comedor. Y yo: "Déjalos, mujer, con lo majos que son". Claro que más prisa se daban ellos en destaparlos o abrir otros nuevos. Correteaban a mi alrededor junto a la mesa, cuando a veces me quedaba de madrugada dibujando y escuchando música en el viejo aparato marca Phillips, bajito para que tú no lo oyeras. Yo estaba acostumbrada a ellos, y hasta me hacían compañía, tan grisecitos y tan descarados que desconocían el miedo. Me miraban de pasada con los ojos brillantes y el rabito largo pegado al suelo. Yo me recogía los vuelos de la bata de paño porque no me hubiera gustado que treparan por ellos, y de nada servía la gata, pues ya le habían perdido el respeto.

Un maullido quejumbroso y yo levanté la vista del dibujo que estaba sombreando, luego otro maullido más lastimero, y yo: "Esta gata del demonio". Cuando desde el sofá la Patas me miró desatentada con sus pupilas brillantes surcadas por la oscura grieta vertical, luego desapareció de mi vista cobijándose bajo el asiento, y a poco emitió un prolongado quejido como de un alma en pena, que culminó en grito desesperado. "Esta gata es imposible, Señor". Y de pronto finísimos pitidos y sordos ronroneos, un maullar ahora múltiple y suave, y yo sobrecogida ante la hoja de papel, sin atreverme a mirar debajo del sofá y sin poder resistir el impulso de hacerlo, presa de un extraño escrúpulo, no sé si físico o moral. Hasta que venciendo mi repugnancia alcé un extremo del volante fruncido y distinguí junto a mis pies una pequeña bolsa surcada de venillas cárdenas, y un amasijo de vísceras sanguinolentas, mientras al fondo en la oscuridad proseguía el coro de roces y pequeños maullidos. Barruntando un terrible secreto, pero sin comprender lo ocurrido, tuvieron que pasar años para que comprendiera que bajo aquel sofá del comedor había sentido una noche parir a la gata.

***

"TIENES MOCOS, COCHINA, TIENES VELAS DE MOCOS", la niña pálida y desgalichada, las piernecillas retorcidas, el vestidillo de percal medio transparente de tan lavado y zurcido, "límpiate los mocos", con los ojos de un azul desvaído, las cejas desdibujadas sobre la frente estrecha, blanquecina, cabellos ralos (los ojos azules muy abiertos, sin mirar a un sitio fijo) y yo cruel, segura, bien vestida y calzada, insolente en mi seguridad, ni sé si jugaba con ella, ni siquiera la advertía. Ella me miraba ausente desde cualquier rincón. Su madre lo veía. Y llegó el día de la fiesta, salió la Virgen a hombros, en su trono:

pequeña Virgen, manto blanco bordado en oro, entre amapolas rojas hechas con papel de seda, con rabitos de alambre forrados de papel verde, con hojas recortadas en papel de seda verde. Alfombra de amapolas que la abuela habla preparado en Ronda, que había enviado la víspera. La procesión zigzagueaba, hombre mujeres y niños repeinados y vestidos de gala, niñas con trajes blancos, zapatos de charol negro con trabilla reluciente, velos negros sujetos con alfileres de bola negra, rosarios nacarados en las manos, rosarios plateados, o negros de cuentas de azabache, o menudos rosarios de cristal de color entre las manos infantiles: “Venid y vamos todos con flores a profía”. Las velas que se encienden, humean, se apagan sopladas por el airecillo serrano de la tarde, se prestan su candela unas a otras; las voces discordantes, insignificantes, enanas dentro de la enorme cuenca rocosa. La cera gotea sobre las piedras redondas, los chiquillos manosean los pegotes de cera caliente entre los dedos. El trono rojo, flamante, pequeño manto blanco entre el rojo de las amapolas, los monaguillos meciendo los incensarios dorados, envueltos en la neblina olorosa del incienso. Y el cura, encajes blancos sobre negro, cíngulo, estola, oros, cabellos canosos entre las dos filas de hombres, mujeres y niños. Apenas la vi a ella, apenas vi a su madre con los mismos ojos descoloridos de la hija, las dos relavadas, repeinadas, zapatos nuevos, velos flamantes. “¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos”. La miré un instante, y pensé: no tiene mocos. Luego seguí adelante, resbalando sobre la cera, cantando en la tarde a voz en grito, como todos: “Con flores a María, que madre nuestra es”.

***

Los dormitorios de la casa grande quedaban en el piso superior, con las ventanas enrejadas sobre la plaza. Por eso, cuando durante las fiestas se organizaba el baile que animaba la reducida orquesta, a los pequeños nos daba la madrugada atisbando por entre los barrotes a las parejas o a las mocitas desparejadas que bailaban de dos en dos con movimientos rígidamente grotescos. Enfrente, a la puerta del Ayuntamiento y bajo la esfera del reloj se encendían los cohetes que mi tío el alcalde había mandado comprar en la capital, y alumbraban las rocas con tonalidades fantasmagóricas. Hasta bien entrada la noche habíamos bailado nosotros también, unos con otros, mezclándonos en el chin pún chin pún con los mayores hasta que nos caíamos de cansancio y nos subían a la cama. Una vez arriba, puestos los pijamas y los camisones de dormir, y libres los pies de apreturas de zapatos nuevos, se nos pasaba el sueño y velábamos apoyados en las rejas hasta que

se acercaba la mañana y los músicos se retiraban.

Y en noches de cencerrada, cuando alguna mocita se iba con el novio, cosa corriente en el pueblo, el estruendo de sartenes y almireces nos sacaba también de la cama. Como en un rito ancestral, la gente se reunía de madrugada en la parte superior de la plaza. Desde los escalones de piedras desiguales a los que la luna arrancaba reflejos mortecinos, hasta la fachada de la iglesia, el estrepitoso aquelarre golpeaba ollas, perolas y toda clase de utensilios, formando una pavorosa algarabía que despertaba en la noche serrana a todos, niños y viejos. Unos sonidos eran sordos, otros tintineantes, otros vibraban como tañidos de campanas dejando prendidos sus ecos en las quebradas del Hacho.

***

Los domingos por la tarde iba a casa la señora Teo. Se llamaba Teodora, y para abreviar se le quedó aquel nombre: viejecita enteca con melenita blanca de paje cortada par igual, patitas rectas y finas como dos palitos. Llevaba medias negras de canutillo, que se le arrugaban en los zancajos cuando arrastraba los pies en pasitos cortos. La señora Teo, según me decíais, había sido joven y había acompañado a las tías cuando iban de niñas al teatro. Ahora vivía en el asilo con las monjitas; los domingos le daban suelta y se venía a casa a recoger su merienda, su propina, y a contar sus pequeños chismes, sus rencorcitos entre viejos y sus rencorcitos contra las monjitas. Se metía en la cocina, charlaba seguido y quedo con Isa, y yo: "Señora Teo, un cuento". Y ella: "Quita, hija, déjame de cuentos". Se hacía rogar, pero era lo que más le gustaba: contar cuentos antiguos. "Érase que se era", y "qué será, qué no será, qué dejará de ser", o "qué haré, qué no haré, qué dejaré de hacer". "Y colorín colorete, por la chimenea sale un cuete". "Ahora uno de Argimírin, el que tenía un ojo en un dedo". "Quita, quita, Argimirín, ya lo he olvidado". "Ande, señora Teo, uno de Argimirin". Así se pasaba la tarde. Al final cogía con mucho tiento su paquetito y su propina, y se iba arrastrando los zancajitos. Una tarde de domingo llegó con una postilla rara en la nariz; cada vez fue más grande y más rara la postilla, hasta que fue postilla toda la nariz. Me daba aprensión besarla, pero como también me daba lástima la besaba, hasta el día en que se murió y ya no vino más. Cuando no venía la señora Teo venía la señora Elisa, que como estaba en su casa podía hacerlo cuando le apetecía. Era una anciana muy bonita y había sido una hermosa mujer, según me decíais también, y según se aprecia en la foto en que aparece con el tocado de puntillas y el delantal de terciopelo, sujetando a mi padre encima de un pedestal, niño pelón

lleno a su vez de puntillas: un niño muy bello con un ama muy bella. Ahora casi no veía, parpadeaba constantemente como si le molestara la luz, su tez casi sin arrugas, la señora Elisa, su mejilla húmeda, su beso húmedo. "Ya ves, yo tenía también ama para mi hijo con lo que me pagaban tus abuelos, ya ves, y me sobraba más de la mitad", pestañeaba. "No querían más que descansara y comiera bien, nunca estuve tan bien alimentada: bocadillos de jamón a medianoche, ya ves", sus cabellos ondulados, blanquísimos, recogidos cuidadosamente. "Tu abuelita, morirse tan joven, una santa, pobrecilla". Yo le decía que ella era mi abuela de leche y se reía suavemente, pestañeando. Mi tío de leche quiso ser pintor y tenía buena disposición para ello, hasta que pintó una Purísima con los ojos colorados y se descubrió que era daltónico. Tuvo que dejar la pintura por la talla en madera. El marido de la señora Elisa tenía un puesto de chucherías y se pasó la vida vendiéndolas de feria en feria; la hija, casi tan bonita como había sido la madre, y el hijo pequeño buen estudiante. Mi padre en uno de sus viajes le llevó un tren de regalo, pero el chico ya tenía novia y estaba haciendo la mili, un despiste lo tiene cualquiera. La señora Elisa, ya vieja, después de haber criado a sus hijos menos al que tuvo ama, y además a otro ajeno, tenía que hacer de madre de dos nietos que había dejado huérfanos su nuera al morir. Nunca dejaba de visitarla mi padre en sus rápidos viajes: la única visita que hacía, a su ama la señora Elisa.

***

LA PRIMERA VEZ QUE ME LLEVARON AL PUEBLO TENÍA POCOS MESES y estaba medio muerta. Mi padre, lógicamente, extremaba conmigo sus cuidados; pero el abuelo Manuel usaba otras técnicas. En cuanto mi padre dio la media vuelta, él dijo:

-Ésta lo que tiene es hambre. Tirad esas medicinas al tejado y dadle jamón a la niña.

Las medicinas las tiraron al tejado, y yo me puse a chupar con ansia una loncha de jamón. A poco parecía otra, gorda y colorada, y había echado fuera todas las dolamas.

El hermano mayor de la abuela se había llamado el tío Frasquito que en paz descanse. El tío Frasquito que en paz descanse había sido altisimo, de más de dos metros, según me contaba Simón, y había muerto joven. Mi madre, bajita, me hablaba muchas veces de él:

-¡Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto, el tío Frasquito que en paz descanse!

Por otra parte el padre del abuelo, o de la abuela, o el padre del padre del

abuelo, o del de la abuela, que con seguridad no lo sé, se había muerto de la enfermedad del sueño. Cada vez dormía más y más largo, y ya se dormía de pie, y sentado en la silla de su caballo. El caballo ya lo conocía, y cuando él se dormía en plena sierra el animal volvía a casa a paso suave, con cuidado de no volcar a su amo. Un día se durmió tan largo que ya no se despertó.

Lo llamaban Papá Cunda porque era carcunda, era de los carlistas, y llevaba siempre una bilbaína grande, ladeada como Zumalacárregui. De todo ello hace ya tantos años que no lo recuerda nadie, ni siquiera la hija de la Niña de la Nena, cuya abuela vivió por aquellos tiempos.

***

A veces mi tío nos llevaba con él, a caballo por la sierra. No era fácil sostenerse cuando la montura se inclinaba en las veredas empinadas, ni había que guiar a jas caballerías: ellas conocían de sobra los caminos. A cada resbalón temíamos ir a dar con los huesos al fondo del barranco. Alguna vez llegamos hasta Ronda, siguiendo la senda que trazaron los romanos, por el camino de herradura. Atravesábamos trochas, valles y arroyos pedregosos, dejábamos a un lado ventorrillos y dehesas, y vacilantes puentes donde sólo una cuerda tendida ayudaba a mantener el equilibrio en la altura. Mi tío nos señalaba el peñón del Mure, el precipicio donde años atrás el bandido Pasos Largos había burlado, dando un gran salto increíble, a la guardia civil. Cerca se hallaban las ruinas de la antigua Acinipo de los iberos, Ronda la Vieja, y el pantano que un equipo de ingenieros suizos había intentado construir por los tiempos de la Gran Guerra. Después de muchos meses de trabajo tuvieron que abandonar su intento, porque el agua se filtraba sin saber por dónde. Y es que las montañas huecas se la tragaban por sus negras y profundas fisuras que parecen desembocar en el infierno. Bajo la estrecha, serpenteante y empinada carretera de tierra, un tenebrosa agujero sin fondo me ponía los pelos de punta, y me ha producido pesadillas después muchas veces.

Nos contaba cómo lo habían raptado tiempo atrás los bandidos de la sierra: pedían un alto rescate y mataban al que no lo pagaba; y al que lo pagaba, lo mataban a veces también. Escondidos en las cuevas naturales eran inexpugnables, muchos guardias civiles habían muerto antes de poder acabar con ellos.

De vuelta avistábamos el pueblo a lo lejos, inundado por la luz del crepúsculo. El sol se hundía entonces tras la línea de las montañas, y un halo luminoso surgía de las cimas, resbalaba por los declives, escalaba las crestas dentadas y bañaba al pueblo con un resplandor irreal; tendido en la ladera

como una tanda de ropa puesta a solear, su estructura se hacía cada vez más nítida entre la bruma del atardecer; hasta que, tras la gigantesca mole pedregosa de Tabizna aparecía de pronto, ya cercano, escalonado en la falda bajo la sombra maciza del Hacho, como un prodigio entre las lascas grises, como un reducto encantado entre desfiladeros cortados a pico.

Entonces las bestias resoplaban, brillantes las grupas, húmedas las cinchas, y nosotros nos rebullíamos aliviados en nuestras sillas, un poco doloridos, agarrotadas las coyunturas y arreando a las caballerías por la impaciencia de encontrarnos en casa. Del pueblo emergía el aroma peculiar de la tarde, brotaban los ruidos vivos del anochecer; pronto los cascos arrancaban chasquidos secos del pavimento empedrado.

Los días de tormenta temblaban las entrañas de la tierra. Por la tarde se formaban masas enormes de nubes plomizas; el cielo se llenaba de resplandores cada vez más cercanos, y el fragor de los truenos hacía estremecerse las montañas. Las chispas eléctricas surcaban como culebrillas deslumbrantes el horizonte en toda la extensión que alcanzaba la vista, y el Hacho bramaba. Entonces la lluvia caía a torrentes, formando hilos plateados en la ladera, sobre el pueblo.

De repente cesaba ta lluvia. El cielo se abría, y el sol lucía de nuevo más brillante.

El día de la gran tormenta había llovido día y noche, sin parar. El agua resbalando por el Hacho reventó las madreviejas que dos mil años antes construyeran los romanos. Y fue sobre la plaza un estallido terrible de aguas, y casas, y barro y enseres y personas que bajaban desnudas envueltas en el torrente con los muebles y los cerdos. Hubo que buscar los cadáveres muy abajo, a varias leguas en el valle.

En aquellas tierras distintas, siempre las gentes fueron distintas. Abrir los ojos cada mañana a horizontes sin límite, sentir como algo natural el abismo bajo los pies, desconocer el vértigo desde siglos, desde generaciones antiquísimas que dejaron la huella de su civilización sobre los muros de las cuevas: peces estilizados, ingrávidas figuras de mamíferos apenas perfilados sobre la roca caliza, eternos testimonios cobijados en profundas galerías sin fin, enlazadas entre sí por medio de grietas increíbles; montañas enteras huecas, y en sus entrañas lagunas que nunca vieron la luz. Y el agua fluyendo gota a gota, siglo a siglo bajo la cáscara gris de las moles pedregosas, horadando, carcomiendo, disolviendo desde el principio de los tiempos, labrando fantásticas figuras, abriendo caminos caprichosos, inmensas salas

como catedrales donde transcurrió la vida del hombre hace más de veinte mil años.

En el pueblecito perdido en la sierra, las viviendas últimas, dominando desde la altura son como nidos de águilas; sus habitantes emparentados más con los pájaros que con los hombres, y con las cabras que conviven con ellos. Seres de vista agudísima, que no temen nada ni se sorprenden de nada, porque llevan en sí la grandeza de la eternidad, la paz de quien casi es aire. Nacieron bajo una peña cuando el sol rasgaba los abismos, o cuando el mundo se hacia tinieblas. El balido de las cabras monteses arrulló sus primeros días, el silencio sin fin veló sus noches, gruesas costras de cal sobre sus casas los protegieron del ardor del verano y de la ventisca en el invierno: blanco cegador de cal, inmenso azul del cielo, y el gris patético del Hacho. Sus primeros pasos resbalaron sobre las piedras redondas, en las callejuelas empinadas que mueren arriba en las peñas, sus pies se acostumbraron a agarrarse a cualquier cosa sin caer, pies descalzos, endurecidos, o cubiertos con calzados primitivos. Sus pequeñas manos lanzaron la piedra sobre el abismo, y sus ojos transparentes la vieron rebotar y caer, saltando, perdiéndose, en un primer juego. Los peñascos fueron su parque, su alameda, el águila real su compañera. Nunca aprendieron a leer, nunca lo necesitaron. Luego aprenderían sus nietos, los nietos que marcharían muchos años después a un país extranjero, para hallar algo que ellos nunca tuvieron: bienestar, dinero, agostada ya la claridad de sus miradas, arruinada la ancestral grandeza de sus vidas.

***

MORÓN

"COMO EL GALLO DE MORÓN, SIN PLUMAS Y CACAREANDO"

EN MORÓN DE LA FRONTERA TAMBIÉN SE RESPIRABA BIEN, y en la tahona de su amiga Rosita ("Rosita, linda muñequita, Rosita de mi corazón, haremos una parejita sin rival tú y yo"), se respiraba siempre un olor fragante a masa enhornada, a corteza dorada, a esponjoso migajón, a corrusco tostado, a pintado chusco coscurrido, que llevó durante muchos años metido en la nariz. Aparte de este recuerdo olfativo le ha durado hasta hoy el de un colegio donde jugaban al corro ("pan tierno, pan duro, que se vuelva la nenita de culo. ¿Han dado la una? No. ¿Han dado las dos? No") y ella era la menor de las alumnas, y de una función de teatro sobre un alto tablado del que la tiraron de espaldas de un empujón; llovían al final los caramelos que lanzaban las mamás y los papás, de los que, sofocada por el calor, embrollada por el desbarajuste, trabucada por la maraña de manos y pies, no pudo alcanzar ninguno. Ella lloraba y luego, en dos localidades en medio del patio acristalado, la esperaban su madre y su tía la que estudiaba filosofía y letras; le dieron un cartucho lleno para ella sola, lo que la consoló. Y el recuerdo de una escalera de caracol, que desembocaba en un cuartito donde se daban las clases de solfeo y de piano, y el de un jardín que entonces le parecía grande, rodeado de arbustos. Tras los arbustos apareció su Catón, que había estado perdido por tres días. Llorando, llorando lo encontró tras de las matas. Había un árbol en mitad del jardín, o quizá dos árboles. Junto a él, o a ellos, cantaban las niñas: "Ya se ocultó la luna, luna lunera, ya ha abierto su ventana la piconera, la piconera madre, y el piconero va a la sierra cantando con el lucero". Junto al portón de entrada, con un pie dentro y otro fuera del umbral, reclinada sobre el quicio, la tata Mercedes le dio a la Hermana de la portería la noticia de la muerte del abuelo Manuel. "No respetan ni a Dios, bendito sea Dios", se santiguó la Hermanita portera. Y añadió: "Las Madres rezarán por él". Cree recordar que dominaba el pueblo un castillo moro, y recuerda también el monumento al gallo que, sobre un alto pedestal, cacareaba desalado y desplumado, en medio de una plaza con jardín. Y unos paseos largos de la mano de la tata Mercedes, ante unas fábricas muy grandes de jabón, y unos tarros de cabello de ángel tras el torno de un convento de clausura: el dulce era brillante, dorado, en hebras, y

a ella no le gustaba. Y alcanza lejanamente a recordar un día de carnaval, las gentes por las calles cubiertas con caretas, danzando. Y el día en que el pueblo se alborotó, porque un chiquillo le saltó un ojo a otro con un palo; todo el mundo corría, o quizá nadie corría, era ella la que corría con su niñera, que también corría. Y una casa con una galería alta con barandillas alrededor de un patio sevillano. Cosa curiosa, todas las pesadillas de su niñez tenían un mismo tema: aquella galería con barandilla sobre el patio y una muchedumbre disfrazada, grotesca, enmascarada, gesticulante, esperpéntica, monstruosa, corriendo tras ella, persiguiéndola a través de la galería, rodeando el patio. El día en que murió el primero de sus hermanos varones, la sacaron de casa. En casa de una vecina comió lentejas aquel día, y luego relacionó por mucho tiempo las lentejas con la muerte, sin saber muy bien el por qué. Sí sabe que su madre lloraba en la habitación de la azotea, junto a la cuna vacía. En la habitación de la azotea se guardaba el carbón, y la leña. Tenía un balconcillo sobre la calle con el antepecho de cemento, calado formando dibujos. Una medianoche se incendió el carbón, las llamas se elevaban sobre la calle con un resplandor rojizo. Acudieron todos con cubos, su padre en pijama de rayas. A su padre se le rajó el pantalón, y a través del siete enseñaba el trasero, pese a intentar sujetarse la tela mientras echaba cubos de agua. Por fin apagaron el fuego. Recuerda también gentes subiendo y bajando las escaleras de su casa, mientras ellos estaban durante días escondidos en la despensa; a través de un ventanillo los sentía subir y bajar, y escuchaba sus voces graves o violentas: eran los “rojos”, que hablan hecho su cuartel general en la azotea, desde donde se dominaba el pueblo. Mientras tanto, su hermana dormía en la cuna todo el tiempo. Otra vez tenía un escíbalo tan grueso atascado a medio camino, que ni entraba ni salía; gritaba, y en la cocina le preparaban la lavativa, cuando plás, ya no hizo falta la lavativa. Y de todas formas no ve cómo se la hubieran podido aplicar en aquella tesitura. El pestillo del retrete, dando vuelta, dejaba al descubierto unos letreros blancos con letras negras, en forma de media luna: libre, hacia un lado. Ocupado, hacia el otro. Da fe de que es la pura verdad. Su madre le decía: “mientes más que parpadeas”, y ella se preguntaba quién sería aquel Parpadeas que tanto debía de mentir. Y otras veces: “esta niña no aprende más que lo malo. ¿Dónde aprendes esas cosas? No será de tu padre, ni de tu madre”. “Dejadla tranquila, ya se autoeducará cuando crezca”, sentenciaba su tía la que estudiaba filosofía y letras. Su madre la castigaba en un rincón, con las manos en la cabeza y mirando a la pared. O la encerraban en el cuarto oscuro donde su padre revelaba las radiografías.

Era un cuartito con luz colorada, y unos papeles negros sujetos con chinches sobre el montante de la puerta. Ella hacía recuento de todas las palabrotas conocidas e imaginadas, las iba hilando y farfullando bajito. También deseaba en aquellas ocasiones ponerse muy enferma, aunque sin llegar a morirse, para darles a todos un susto; con tal fuerza lo deseaba que a veces se sentía enfermar. Se hacía la dormida cuando le levantaban el castigo, apretaba los ojos, hasta que se dormía de verdad, se relajaban sus músculos y su madre la depositaba en la cama suavemente. Un médico amigo, que venía a visitarlos de fuera, al lavarse las manos dejaba la pila del lavabo llena de churretes negros. A través del ojo de una cerradura vio a su tía, la que estudiaba filosofía y letras, de espaldas bañándose desnuda en una tina de zinc. La puerta de la calle se abría desde arriba, tirando de una cadena que levantaba abajo un pestillo. Su padre cobraba a duro la consulta, y los enfermos ocupaban la sala de espera, el rellano de la escalera, se sacaban las sillas de la casa y acababan teniendo que sentarse en los escalones. A su hermana menor la dejaron olvidada una mañana de lluvia en la azotea, metida en su cochecito. La encontraron calada, chupando tranquilamente el agua que caía. Pero cuando creció, ¡ah, ladina! la pequeña empujó a la mayor desde lo alto de la escalera. Ella bajó rodando, y al llegar abajo tenía un fuerte dolor en un hombro: su padre le apreció, a través de los rayos X, fractura de clavícula. Cuando entraron los nacionales ella se asomó al balcón, ante la consternación de todos los suyos gritando u hache pe, u hache pe, y con el puño levantado. Antes, una muchacha (no Mercedes, por supuesto que no), denunció a su padre por tener dos pistolas, una negra y otra con las cachas de nácar. Ellos entraron en el despacho y se las llevaron de un cajón de la mesa. Pepe, el limpiatubos, solía contarle historias de cuando él cazaba leones en África. Ella lo escuchaba maravillada, sentada en el poyete de la ventana del laboratorio. Él tendría por entonces diecisiete años y no había salido nunca de Morón de la Frontera. Desde la azotea ella saltaba al tejado y desde allí, a través de una montera acristalada, veía alguna vez a su padre junto a la gran mesa verde, jugando al billar en el Círculo Mercantil. Escuchaba los chasquidos de las bolas y distinguía en el fondo algunas calvas y entre ellas, el pelo abundante, negro y rizoso de su padre, y la punta de su nariz; nunca se le ocurrió mirar hacia arriba, por fortuna. La vestían siempre de celeste, a su hermana de rosa. Su hermana se hizo caca en el sofá de mimbre pintado de amarillo brillante; la caca se introdujo entre los mimbres y no hubo manera de arrancarla del todo. O lo ha soñado, o años después seguía viendo alguna partícula marrón entre

los mimbres. En verano el calor no los dejaba dormir, y subían los colchones a la azotea; recuerda haber dormido con todas las estrellas encima, brillando arriba sobre el fondo negro. La azotea tenía un antepecho de comento, calado formando dibujos. En un rincón se criaba un pequeño naranjo, o quizá un limonero ("yo vi un limón limonero gotas de sangre llorar".) ("Y con su silencio se puso amarilla, igual que se pone la flor del romero"). Eran amarillas las flores de la madreselva, y tenían un aroma dulce, pegajoso, y extraños y largos filamentos blanquecinos. Su madre que quemó las manos con el hornillo de alcohol del laboratorio. Se volcó el hornillo, se prendió el alcohol y la madre intentaba apagarlo con las manos. Alguien acudió y lo sofocó con una manta de lana. La lana no arde, ella lo supo entonces, es buena para apagar el fuego. Por la calle, a su padre le dieron el alto los milicianos; venía de comprar el pan y una botella de vinagre. Se le enredó la mano en la cinta de la bolsa del pan, no podía sacar del bolsillo ni la mano ni la bolsa, y por poco lo dejan seco allí mismo. El vinagre se le derramó en el bolsillo, y luego todo él olía a vinagre. Una vez hicieron un viaje en plena guerra, y su padre se puso una camisa azul para que no lo detuvieran por el camino. Entonces se perdieron y entraron en zona de nadie, y si no es porque les avisa un labriego, hubieran hecho un lindo papel en zona roja. Ya tenía su padre marcada la ropa interior para ir a la guerra, cuando los nacionales tomaron Barcelona. Mi padre se hartó de ganar duros en Morón de la Frontera y decidió marchar a Málaga pasando por Ronda, donde nació mi segundo hermano varón, en la casa antigua de la abuela, junto a la plaza de toros. De Morón de la Frontera, además de los muebles de mimbre y el horrible despacho seudo -renacimiento español, de los rayos equis y el electrocardiógrafo y otras cosas, nos llevamos a la tata Mercedes. Era alta, delgada y cenceña como una gitana de calendario. A poco de llegar a Málaga se arregló con el Perch, que era un tonto conocido que vendía perchas por la calle. "¡Peerch!", sonaba su voz cascada, en la caleta; "¡Peerch!", remedaban los chavales, y ella asomaba al portal, alborozada. Pero luego gracias a Dios se cansó del tonto, y se buscó un marido como Dios manda. Mientras tanto yo había pasado del Catón al libro primero de lectura, que empezaba así:

"Frasquita encontró a la tía Felisa que tenía una carta en la mano. Era la carta de su nietecito el marinero que le escribía desde los lejanos mares de Filipinas, por donde navegaba".

***

RONDA

"Ejemplo de la fuerza y de la cólera que hicieron temblar a nuestra madre en su trágico albor es esta brava serranía que alzaron a pulso dos titanes, el agua y el fuego, cerca del mar latino y en la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone. El colosal esfuerzo que desgarró los senos del mundo, y empujó las rocas, y alzó las cumbres al cielo, y echó pedazos de montañas al mar, salpicando la cara del astro rey, dejó intacto, en medio de la sierra, un arrogantísimo peñasco de atrevida frente, señoreando el bravío paisaje como la cimera de un blasón.

"Pasaron siglos, tal vez milenios, largas edades misteriosas en las que el tiempo suelto y libre, niño y alegre señor y no cautivo de los astros, cabalgaba en lo infinito sobre el negro corcel de la noche. Y llegó un día -ya encadenado el tiempo- en que el peñasco de la sierra parecióse a la mirada atónita de los primeros hombres partido por gala en dos, pero en pie y orgulloso todavía.

"¿Quién realizó el milagro? ¿Qué nuevo paroxismo del planeta, qué brazo gigante fabuloso alzó la peña de su firme asiento, y descargó en su cráneo tan desaforado mandoble, y abrió el robusto cuerpo en canal, y metió la luz del sol en sus entrañas? ¿Qué tajo, qué empellón, zarpazo o dentellada fueron bastantes a domar la cerviz del arrogante monstruo, sajar la roca viva y desligar sus recias coyunturas, cual si fuesen los blandos cartílagos de un niño? ¿Fue el hacha paciente de las aguas, o el corrosivo látigo del fuego, o el temblor epiléptico de la tierra, llena todavía de angustias y de cóleras?

RICARDO LEÓN, Alcalá de los Zegríes.

DESDE ARRIBA LOS CAMINOS, LAS TIERRAS Y EL RÍO SOBRE SU LECHO pedregoso formaban un mosaico multicolor, tan familiar. Las personas en el fondo cobraban proporciones de insecto movedizo, bajo el inmenso muro terroso. Y junto al río los molinos blancos con pequeñas bocas vomitando espumas diminutas. Dejando resbalar la mirada, valles verdes, suaves montículos punteados de encinas, desniveles elevándose poco a poco más y más como en telones diferenciados, ondulaciones grises, azuladas, violeta, en una sucesión infinita de planos superpuestos, desdibujados; y destacando sobre las cadenas suaves, cumbres abruptas, cortes solitarios.

Rompiendo la armonía de las curvas se levantan, gemelos como dos pechos puntiagudos, los dientes del Hacho y Tabizna, oculto en la lejanía el agreste salvajismo de sus flancos lisos, arropando en su seno el pueblecito acurrucado. Más allá, tras la línea que marca el horizonte, el sol se hunde cada tarde con el estallido de un inmenso órgano.

Balcón inaudito, balcón único donde corríamos de niñas sobre el abismo. Balcón cuadrado, enorme, como una terraza suspendida, altos barrotes de hierro forjado protegiendo nuestros juegos al borde de la alameda, junto a los pilares pétreos rematados de grandes bolas de granito. Jugábamos entre los macizos, colándonos por entre las calvas que se abrían en la hojarasca, haciéndonos polvo las rodillas contra la arenilla pedregosa de los paseos laterales, sobre el cemento áspero del paseo central, junto al templete de la música o a la gran pileta donde nadaban tres o cuatro gruesos peces rojos. O junto a la casa de los guardas o al otro lado, donde estaba el kiosco que ostentaba la oronda denominación de “Biblioteca”. Y el estanque. Y el árbol grande en el centro de la plazoleta alargando sus ramas como radios de una enorme sombrilla.

Desde la alameda, bordeando la cornisa sobre el Tajo, el paseo de los Ingleses con remembranzas de Joyce o de Rilke, como un sendero que bordeara el fin del mundo, estrecho pasaje protegido tan sólo por un murete bajo, donde se asoman las chumberas: higos rojos, cuajados de espinas, suspendidos en el infinito. Todo formando parte de nuestras pequeñas vidas: abismo, horizontes, cordilleras que se pierden en la lejanía, y la explosión de oros rojizos, bermellones transparentes, fuegos cegadores, jirones ígneos, incandescentes, el sol sumergiéndose pesadamente a lo lejos, tras la línea

última.

***

"Cierra bien la puerta del desván cuando bajes". La puerta estrecha y alta, como olvidada en el pasillo junto a la del comedor. "Cierra bien, no se metan los gatos en casa". Y yo daba vuelta a la llave y descorría el pestillo que chirriaba, oxidado. Tiraba de la hoja que gemía sobre los goznes y me hallaba entonces al pie de la escalera empinada de vieja madera polvorienta, sintiendo de golpe el ambiente helado y el tufillo a orines de gato. Subía luego medio a tientas y con recelo, oyendo crujir y sintiendo arquearse los peldaños bajo los pies, procurando no volcar en la semioscuridad alguna botella vacía a mi paso. Encendía la luz y un pobre resplandor amarillento desvelaba apenas las sombras profundas entre las vigas y los entramados, y apoyándome en las paredes próximas a derecha e izquierda seguía remontando escalones con tiento, entre chasquidos de tabla vieja que me sobresaltaban. Hasta que dominando el hueco de la escalera me hallaba ante el amplio sobrado que se extendía sobre la vivienda, pavimentado de rojas baldosas de barro cocido, alguna de las cuales basculaba bajo las pisadas inseguras. Y arriba la armazón abuhardillada curvándose bajo el peso de la cubierta de oscuras tejas desiguales, las telas de araña formando bajo ellas un fino artesonado blanquecino. Yo husmeaba en los rincones con la secreta esperanza de encontrar algo nuevo enmedio de los desechos conocidos, los cajones de tablas ásperas o los pocos muebles desvencijados que desde siempre sabía arrumbados en la sombra, sin que nadie más que yo y las familias de gatos que sentaban allí sus reales holláramos su polvo espeso. Luego, a través de los ventanillos semicerrados, oteaba el azul anochecer sobre el jardín y las copas de los árboles, o los luminosos cuadriláteros de las ventanas vecinas con un estremecimiento de desamparo. Bajo los pies adivinaba el calor de la casa, a Isabel trasteando en la cocina o rezando el rosario, acurrucada al pie de la gran caldera que con su chisporroteo sordo inundaría el pasillo de fugaces resplandores rojizos. Avanzaba de puntillas sobre las baldosas hacia el único lugar protegido al fondo del desván, apretando en la mano el manojo de llaves que había sustraído a la custodia de Isa, tanteaba la puerta hasta introducir una de ellas, haciendo ceder con fuerte presión la cerradura. Manipulaba después el candado, y al fin aparecían ante mí los ajados tesoros, resto de antiguos oropeles que se amontonaban en el cuarto: la sillería pintada de negro con penachos de flores menudas y los desvencijados asientos cubiertos de tazadas sedas. Floreros llenos de perifollos, frascos de cristal de formas y

tamaños diversos, arañas polvorientas, y viejas orlas universitarias donde extraños personajes amarilleaban en marcos negros con grecas y volutas doradas. En una caja de cartón tres o cuatro bolas de oscuro marfil cuarteado, y al fondo un cajón donde de un año para otro se guardaba mi belén de pastores mutilados y corchos rugosos, ristras de bombillas empalmadas en cables y un tosco Niño Jesús de color de rosa. Tras de haber examinado todo ello por centésima vez volvía sobre mis pasos atisbando entre los maderos allá abajo la calle sumida en sombras, rotas apenas por mortecinos puntos de luz. Y alcanzando la escalera abandonaba aquel mundo alucinante que se sumergía por momentos en la oscuridad más completa, hallando tras descender sobre los escalones crujientes el ambiente luminoso saturado de aromas dulces y de reconfortante calor.

***

LA ANTIGUA CASA DE LA ABUELA EN RONDA LINDABA CON EL PICADERO de la plaza de toros, algunos de sus muros eran comunes. A través del ventanillo del granero, de sus barrotes en cruz, veíamos el piso empedrado y oíamos relinchar a las caballerías mientras las herraban. Apenas alcanzábamos a distinguir en el ángulo cómo el hombre sujetaba la pata doblada, desprendía la herradura desgastada, y colocando una nueva, reluciente, la clavaba en el casco con martillazos sordos. Siempre me extrañó que aquella operación no causara dolor a la bestia que, una vez calzada, tomaba la salida con paso reposado a través del arco de piedra, rasgando el silencio al resbalar sobre las piedras pulidas, aparejada ya con su silla o su albarda y sus guarniciones descoloridas, bordeando los jardincillos ralos protegidos con alambre de espino.

Aquella casa evoca en mí recuerdos de guerra, sumergidos en neblinas lejanas: estampidos secos, angustias expectantes, murmullos, incertidumbres. Y un grupo de hombres buscando al abuelo, y una caja de caudales gris, con las cuatro ruedecillas combinadas, abierta de par en par, y un cartucho de bombones. -Estarán envenenados-, dijeron ellos. -¿Envenenados? Los tiene para su nieta-. -Come uno-. Ella comió un bombón, ellos se llevaron el resto. El abuelo no estaba allí, nunca más estuvo allí. En la última imagen que conservo de él, quizá la única, lo veo de pie junte a una cuna. Hubo un tiempo de esperanza que terminó con la guerra y con la vuelta de los prisioneros: él no estaba entre ellos.

Después de los milicianos llegaron los moros, entraron también, saquearon, el pequeño gramófono de madera clara, con manivela, con discos

diminutos, que se guardaba en el cuartillo. Y los cubiertos de plata, si no recuerdo mal.

En la cama grande del piso alto, donde había nacido mi hermana, nació también mi segundo hermano. Yo dormía en la habitación contigua, y a medianoche me despertó un grito; tras los cristales de la puerta, decorados con papeles de color, escuché una voz masculina, paternal: “Calma, niña, que no es para tanto”. Poco después un vagido y me volví a dormir, con una extraña incertidumbre. Había nacido un varón, y a la noche siguiente los hermanos de mi madre salieron con mi padre a celebrarlo. Después de tantos años no he podido olvidar la escena: lo traían sujeto por los sobacos, verde de bilis; su hígado impenitente no había tolerado unas copas de manzanilla. Ellos llevaban en el cuerpo más del doble cada uno, tan frescos sin embargo. Diferencia de castas. En el oratorio, junto a la imagen del Sagrado Corazón, dos mariposas chisporroteaban con su llama menuda sobre la capa de aceite, sobrenadando la lamparilla. Por entre los barrotes de las ventanas se colaban las hojas gráciles de las acacias.

En aquel dormitorio pasé el sarampión medio a oscuras, y rodeada de trapos colorados que tamizaban la luz en las ventanas, sumiéndome en una penumbra rojiza. La desazón no me dejaba parar, cambiaba continuamente de postura en la cama sin sentir ningún alivio. También allí tuve que tragarme algunas veces a la fuerza un gran bol lleno de café negro donde la abuela trataba de disimular el sabor del aceite de ricino. Y no lo conseguía, pero sí consiguió que aborreciera el café para toda la vida.

Las muchachas dormían en un gran cuarto abuhardillado sobre la cocina. Allí, sobre las camas, no sé por qué motivo se habían tendido unos lienzos como palios que daban a la habitación un extraño aspecto. Las muchachas comían uvas pasas por la noche, y dejaban los rabos en la mesilla. “No comáis pasas en la cama -decía la abuela-, o acudirán los ratones. O por lo menos no dejéis los rabos en la mesa de noche”.

Las uvas pendían de las vigas del techo en la despensa, en racimos atados con hilos. Iban tomando poco a poco un tono dorado, blandas primero y luego cada vez más oscuras y arrugadas, y su tallo más seco. El olor dulzón trascendía al patio a través de las ventanas enrejadas.

En invierno se preparaban en la cocina los braseros de cisco y picón de orujo, y en las brasas se echaban granos de alhucema que perfumaban la casa con su aromático sahumerio. Sobre el mármol blanco de la mesa, untado de aceite, la abuela iba vertiendo con cuidado la masa caliente de las arropías,

formando barritas acarameladas hechas de miel. Arropías de Turquía, las llamábamos nosotras, y eran doradas, correosas, y se estiraban, se retorcían entre los dientes.

Se entraba desde el zaguán a través de un portón con postigo. El portón permanecía cerrado, y había que levantar los pies si no se quería tropezar con el umbral. A la izquierda había una sala grande con dos cierros bajos junto a la fachada de la plaza de toros. Allí, en la enrejada ventana salediza, sentada sobre el poyete encalado, me había leído mi madre el cuento de Alicia en el país de la Maravillas, antes de que yo supiera leer. Algún tiempo después lo leí yo misma, aunque tardé muchos días en hacerlo. Y unos años más tarde me asombró el comprobar que podía terminarlo en un rato de un tirón.

En las ventanas había cortinas de malla amarilla salpicadas con siluetas de pájaros negros que me recordaban los grajos de las hendeduras bajo el puente nuevo, ya que desconocía las golondrinas. Sobre la mesa grande del comedor, una lámpara de abalorios colgantes en hilos, formando dibujos multicolores, expandía una extraña luz. En la habitación acristalada que llamábamos el “tubo”, la costurera repasaba la ropa tarareando tangos de Carlos Gardel (“Silencio en la noche, ya todo está en calma...” y me contaba argumentos de películas de Miguel Ligero y Estrellita Castro. Otras veces acudíamos corriendo a la puerta de la calle, cuando escuchábamos la bocina del pregonero, un hombre seco con una cicatriz en la cara y una bocina de metal oscuro. O salíamos a comprar bizcotelas para la merienda, o caramelos de menta por si a la abuela le daba la tos.

***

Era dulce y lechosa la sopa de almendra que invariablemente cenábamos por Nochebuena, seguida del besugo al que Isa habría practicado unas cisuras en su parte superior y acoplado en ellas sendas rodajas de limón, rociándolo después con aceite e introduciéndolo en el horno hasta que adquiría una apetecible consistencia gratinada, sobre el lecho de finas lonchas de patata; pero tú apenas probabas la sopa, el besugo y un insignificante trozo de turrón. Te acostabas pronto aquella noche y yo me dirigía a cantar la misa del gallo al colegio de las Dominicas Francesas: “Il est né le divin Enfant, chantons tous son avénement". Al día siguiente la mesa del comedor con las dos tablas suplementarias, cubierta con los manteles de hilo, guarnecida con la vajilla dorada y negra y las copas de vástago alto que llevaban tus iniciales. En la cocina un ir y venir nervioso, los salones y los pasillos llenos de gente, todos tus hijos y tus nietos que habían venido a pasar contigo la gran fiesta. Yo

zascandileaba de acá para allá, hasta que me agarraban en la cocina para que hiciera la mayonesa que casi siempre acababa cortándose. Yo la removía con un tenedor, mientras con la otra mano iba derramando el hilillo cristalino del aceite sobre la amarilla masa pastosa, que de pronto sin saber por qué leyes físico-químicas se convertía en una plasta repelente, donde cada cosa se marchaba por su lado sin que hubiera forma de rehacer la emulsión. Yemas y más yemas, y aquello no llevaba visos de arreglarse. Por fin abandonaba, y alguien acudía a enderezar el entuerto mientras Isabel escaldaba las langostas en una enorme cazuela, las desdichadas langostas que ajenas a su fin próximo agitaban las largas antenas con parsimonia, hasta que el contacto con el agua hirviente las hacía contraerse y sumirse en un estremecido estertor agónico. Al mismo tiempo vigilaba el lechazo, que en el horno tomaba poco a poco un inconmensurable tono dorado. "Vete preparando los huevos, guapina", me decía. Eran unos huevos rellenos en los que me fui especializando, y que perfeccionaba amorosamente año tras año prodigando en su decoración los más variados elementos. De pronto reparaba en que iba a perder la última misa de la mañana, que era la última del día. Me encajaba un abrigo sobre el delantal manchado de salsa de los pimientos colorados, y me desalaba corriendo hacia la catedral. Luego, sobre las anchas losas de piedra helada intentaba concentrarme en los rezos, y sólo conseguía volver y revolver sin remedio al adorno de los huevos rellenos, combinando "in mente" el amarillo de la yema cocida con el bermellón de la salsa de tomate, el verde salpicado de las aceitunas con el sonrosado de las gambas y el escarlata de las tirillas de pimiento. Por la tarde, después de los postres, había que felicitar las Pascuas a la anciana monjita hermana de la abuela, que había tomado el hábito de las Salesas Reales en alguna fecha del siglo pasado, cuando sólo era una niña. Desde entonces no había visto la calle, ni a través de las celosías que velaban las ventanas del convento. Ni siquiera cuando llegó a la ciudad la imagen de la virgen de Fátima quiso romper su clausura y asomarse a verla. Tirábamos del cordón de la campanilla junto al portón oscuro, y escuchábamos su tintineo lejano; unos minutos de atento silencio, y envuelto en efluvios de cera quemada y pétalos de rosa aparecía el rostro de una hermanita que nos introducía en la luz tamizada de un recibidor impoluto. Y mientras se interesaba por la salud física y espiritual de todos nosotros nos conducía por un pasillo largo, dominado por una claraboya, hasta el pequeño locutorio donde tomábamos asiento intercambiando durante la espera discretos cuchicheos. Yo curioseaba las flores de trapo y las máximas piadosas colocadas en las

paredes. "Va un duro si haces lo que sabes delante de la tía", me insinuaba un familiar zumbón, y aludía a un gesto chabacano que yo me complacía en realizar con los dedos, acompañándolo de una sonora pedorreta, para desesperación de las tías. Pero oh, ni por un duro de entonces lo hubiera yo exhibido ante la tía monjita, aunque no estoy segura de si no lo hubiera hecho por cinco. Por fortuna nunca sucedió así, y la visita transcurría con toda normalidad, cuando tras las dobles rejas erizadas de pinchos se deslizaban suavemente las cortinas negras y detrás de ellas, enmedio de una opacidad perlina, aparecía la figura distinguida y frágil de la monja viejita, rodeada de un halo quebradizo como una aparición incierta. Sus manos finísimas y blancas acariciaban el rosario de cuentas gruesas que se ocultaba entre los pliegues del halda, o se acogían a la débil tibieza de las amplias bocamangas; y el rostro níveo se distendía en una sonrisa surcada de sutiles arrugas. Ella nos daba siempre escapularios y cajitas pintadas con flores y motivos piadosos, hechas con celuloide de radiografías veladas; nos hablaba amablemente con una voz de otro siglo, y a mí me daba buenos consejos: "Reza a Jesús". "Sí, tía". "Y a la Santísima Virgen". "Sí". Y para otra vez, que le pidiera a mi padre las placas veladas de las radiografías. "Sí, descuida", para hacer los escapularios y las cajas decoradas con florecitas de colores suaves. "Y a santa Margarita María de Alacoque". "Sí, tía". Luego, aquel día en que nos avisaron que se había muerto, estaba en la capilla detrás de las rejas con pinchos del coro, metida en una caja de pino liso y sin pintar y con cuatro cirios alrededor, un poco más blanca que de costumbre y un poquitín más consumida. La enterraron después en el huerto de las monjas entre magnolios y guisantes de olor. Por entonces no sólo la vi a ella, viejita dentro de su caja; también vi a don Florián, el capellán anciano de las Dominicas Francesas, que había dirigido para varias generaciones de colegialas las novenas de la Purísima. Nosotras repetíamos cada una de las invocaciones que él recitaba desde el púlpito, y lo hacíamos en un tono entre piadoso y divertido: "Soberana emperatriz de cielos y tierra, calzada de la luna, vestida del sol, coronada de doce estrellas", etcétera. Nos arrullaba cada año la repetida cantinela, hasta que don Florián exhaló como un pájaro su débil suspiro último. Las niñas pasamos a verlo, replegado en su caja como un angelito viejo. Vino después a sustituirlo aquel capellán joven, y hay que ver con qué aire manejaba el manteo y lo guapo que era, y lo bien que hablaba. Pero pronto nos lo arrebatarían para canónicos fines de más envergadura.

MÁLAGA

"MÁLAGA, ciudad bravía, moderna entre las modernas, con cuatrocientas tabernas y ninguna librería..."

DEUTSCHE SCHULE. TODOS LOS DÍAS PASEO DEL LIMONAR ARRIBA, y abajo. El colegio estaba al final, al pie del monte y rodeado de villas señoriales, con la torrecilla característica cubierta de tejas vidriadas, verdes. Herr Müller, Herr Dörr, Herr Metzler, Tante Inge, Tante María. Una disciplina férrea, un gimnasio con potro, anillas, barras, y enmedio del bosquecillo de eucaliptos el Kindergarten. "Alle Vögel sind schon da, alle Vögel, alle". Herr Metzler meneaba el cuero cabelludo, atrás y alante, sin que se le moviera un solo músculo de la cara ancha. "Wenn die Soldaten durch die Stadt marchieren, öffnen die Mädchen die Fenstern und die Türen". Tocaba el piano, tocaba el acordeón, tocaba el violín y tenía una sonrisa franca y brutal. Todo él era brutal. A los chicos los agarraba de las orejas y se las retorcía. A las chicas no, a las chicas nos cogía de las patillas y nos levantaba del asiento tirando hacia arriba. Luego seguía tirando, y era cuando dolía. "Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt". Tante María era muy dulce, quería mucho a los niños del Kindergarten y a algunos les contagió su tuberculosis sin saberlo. Nos ponían en fila ante el despacho del director y nos iban expurgando uno a uno. "Liendres, tienes nidos de liendres, dí en tu casa que te den alcohol, que te pelen". Las liendres eran como puntos blancos, brillantes. Se agarraban a los pelos y había que arrastrarlas desde la raíz para sacarlas por la punta. Al aplastarlas sonaba un chasquido simpático, chác, eran los huevos de los piojos. "Tienes piojos, tienes piojos, tú si que tienes piojos como gambas". Todo el mundo en Málaga tenía piojos entonces, hasta en las mejores familias. Ibas en el tranvía y veías correr uno por la espalda de tu vecino. Eran pardos, oscuros, con el abdomen aplastado y junto a la cabeza un racimo de patitas que movían desesperadamente sobrenadando el agua de la palangana. Al pasar la peina espesa salían agarrados entre las púas y ¡zás!, al agua. Mi madre despiojaba a las muchachas cuando llegaban del pueblo, y en la palangana pataleaba una escuadra de bichos pardos. Luego les empapaba la cabeza con alcohol y nos revisaba a nosotros por si habíamos cogido alguno. El piojo verde llamaban a la enfermedad que inoculaba el piojo,

el año del hambre se dieron muchos casos y las gentes se morían como chinches. Chinches también las había, en los cines, en los autobuses y en las casas en cuanto te descuidabas. Se metían ladinas entre las bolsas que formaban los empapelados en la pared, en las aneas de las sillas y dentro de las barras de las camas. Lo de mi madre por las chinches era obsesión, las perseguía hasta en sueños. Rociaba las camas con petróleo y les prendía fuego, nunca se podía descuidar la vigilancia. Las chinches de cama se ponían gordas, turgentes, hinchadas de tanto chupar sangre, y al aplastarlas reventaban dejando un ancho chafarrinón sangriento. En el hotel Miramar se alojaron los regulares, aquello era un vivero de piojos, chinches y pulgas que saltaban al peatón como lobas hambrientas. “Vaya, me cogí una pulga, o una docena de pulgas, debo tener la sangre dulce”. Detrás del Míramar los regulares se bañaban en la playa, en calzoncillos o en cueros, entre los restos de las letrinas que salían por los tubos negros. La resaca arrastraba los detritus mar adentro, pero a veces flotaban sobre la espuma amarilla y se quedaban atascados en los chinarros o enredados entre las algas que arrojaba la marea. Nosotras jugábamos al diábolo en las aceras anchas del paseo de Reding, frente a las casas de Félix Sáenz llenas de terrazas, terracitas, balconcillos, tejadillos, macetitas y barandillas, junto al edificio del Desfile del Amor. Merendábamos pan de higo en bloques apretados y secos, y habíamos comido con seguridad batatas cocidas o batatas asadas o puré de batatas: “La otra tarde me dijeron que mi suegra se moría, pues no tiene qué comer más que batatas cocías. Y llamaron al doctor y la puso en la pantalla. Ay, corazón, qué tendría mi suegra, ay, corazón, que se puso tan mala”, cantaba la gente del pueblo.

***

Otro avión y tampoco en éste había plaza, y es tarde. Han dicho que el próximo no tardará mucho en llegar. Fuera, el aire fresco trae olor a gasoil. La gran terraza, atalaya sobre el anochecer, el zumbido atronador de los motores a intervalos se aleja, vuelve luego envuelto en un pitido.

Sobre las pistas anchas, pequeñas furgonetas arrastrando una o dos plataformas, camiones cerrados, blancos o grises, de Iberia. A ambos lados las LUCES brillan doradas, diminutas. A occidente bandas horizontales de nubes grises sobre el resplandor rosado, hacía oriente el cielo ha pasado de azul pálido a gris. Cada vez es más penetrante el olor a gasoil. Aviones blancos con raya azul, con raya roja. Las LUCES de las alas parpadean, y la superior gira con destellos rojizos. Hay LUCES

azules en las pistas, de un azul brillante, añil, cada vez más nítido. Los pueblos circundantes se van iluminando poco a poco, tengo el frío metido en los huesos y estoy tiritando. Un sonido agudísimo los taladra ahora, un pequeño avión toma tierra, sus LUCES titilan, rojizas entre las azules, en un crescendo de ruido. Las de precaución, sobre los altos palos, brillan como puntos rojos.

***

LO RECUERDO COMO UN MATRIMONIO MADURO, PEQUEÑO Y REDONDEADO que me obsequiaba con galletas María (o quizá el recuerdo de las galletas María con que me obsequiaban, configuró en mi memoria la imagen que conservo de aquel matrimonio). Cuando ellos se marcharon de Ronda la abuela compró su casa, frente a la nuestra antigua y a la fachada principal de la plaza de toros. Dejaron allí montones de esquelas mortuorias, hojas plegadas en forma de sobre de papel fuerte y labrado, con un ancho encuadre negro y una cruz negra estampada en el frente. También dejaron recordatorios de difuntos, con estampas dolorosas impresas en color sepia o en blanco y negro: “Rogad al Señor en caridad...” “El recuerdo de sus virtudes servirá de ejemplo a los que lloramos su ausencia...” Y siempre el ribete negro, la cruz negra: “María, auxilio de los cristianos, concededle el descanso eterno”.

La casa se derribó casi en su totalidad, se sustituyeron las antiguas vigas por unas nuevas metálicas, entre ellas me podía asomar al piso de abajo desde el piso de arriba. Mientras, los albañiles solaban con mosaicos de motivos geométricos o vegetales, encuadrados por una greca lisa en torno a las paredes. Hubo que elegir los suelos nuevos en muestrarios con dibujos de color, y las losas grandes de mármol blanco para el patio, el zaguán y la escalera. Levantaron la galería alrededor del patio, colocaron la fuente en el centro, la fuente de azulejos sevillanos con las cuatro ranas de cerámica verde en las cuatro esquinas, y el surtidor en el centro, también de cerámica verde. Se pintaron los techos con motivos de flores y frutas o de escenas de caza en el comedor, en el recibidor y en la parte alta de la escalera, en el salón grande del piso de arriba y al lado, en el oratorio; los zócalos se cubrieron de azulejos, se cambió el antiguo pasamanos de la escalera por uno de madera clara que se barnizó después. Revocaron la fachada, pintaron de negro la gran chapa metálica que cubría la chimenea de la cocina, con pájaros o aves del paraíso que destacaban vivamente sobre el fondo oscuro. En la despensa junto a la cocina se colgaron baldas que la abuela forró con tiras de papeles de cuadritos azules, y en un rincón se puso la gran tinaja de las aceitunas.

Bajo el hueco de la escalera, una puerta pequeña de celosía cerró la alacena abuhardillada. En la pared central del patio se colocó el Cristo del Gran Poder. también en azulejos sevillanos, y protegido por un tejadillo amarillo y azul de teja menuda. A los lados los dos faroles de hierro forjado por donde con el tiempo treparía el jazmín.

A veces los chorros cruzados de las ranas alcanzaban el zócalo y las ventanas del lavadero y de la cocina, cuando la llave se abría demasiado. O llegaba el agua al comedor, mojando los cactus sobre el alféizar y la palmera fénix en el macetón de la esquina, dentro del macetero de cobre. O quedaba titilando en pequeñas gotas brillantes pendientes de las esparragueras.

Los planteles de esparragueras derramándose desde lo alto, desde los tiestos cónicos que penden de cadenillas doradas. En el salón grande, junto al oratorio, las cortinas de malla con siluetas de pájaros negros adornan ahora los balcones y el cierro. Sobre el sofá de damasco están los cojines de seda, pintados con paisajes japoneses, rematados con borlas doradas y duras.

Desde la escalera se distingue el temblor luminoso de la lamparilla que cubre la pared de fulgores movedizos, a través del ventanillo redondo.

***

Mis dos higueras remontaban la vieja tapia restaurada, con sus ramas que al bifurcarse y entrelazarse me brindaban rincones acogedores donde pasar las tibias horas del verano, las doradas del otoño y las desamparadas del invierno. Rincones queridos adornados con ingenuos colgajos, vacilantes plataformas donde colocar mis libros, el grueso misal negro con cantos rojos, que la lluvia puso hinchado y descolorido. Los dulces higos al alcance de la mano, las hormigas trepando por el tronco y el dosel de hojas verdes sobre la cabeza. "¡Naaaneee, la hora de comer, vaaamos!", Isabel desde la terraza de la cocina. "¡Ya voooy!". O las desnudas ramas húmedas, bajo un cielo gris donde tiembla la última hoja del año, la savia escondiéndose a dormir su largo sueño. Tuve que sufrir que mis higueras fueran cortadas. "Los chicos que desde la calle tiran piedras a los higos, no dejan un cristal sano". "Habrá que cortarlas, llamad al jardinero y que las corte", el jardinero que una vez por semana arreglaba los macizos y desmochaba el boj, que tiraba los gatitos de la Patas cuando la Patas tenía crías. Dónde los tiraría, creo que se los llevaba metidos en un saco. Al final la propia gata ya vieja y tiñosa los mataba a mordiscos, y yo me los topaba por los rincones del jardín con los ojitos cerrados y las lengüitas fuera, con un cordoncito colgando del ombligo, tieso como una ramita fina. La Patas andaba ya como una loca con los ojos

brillantes, dispuesta a lanzarse sobre cualquiera, con el lomo negro arqueado y los pelos caídos a corros. "Esta mierda de gata", decía Isabel, pero la quería a pesar de todo como quería a sus macetas y a las cuatro o seis gallinas que criaba en el gallinero anejo a la tapia. Yo entraba a diario a recoger los pocos huevos, las espantaba aposta y las soltaba por el jardín, donde escarbaban picoteando la grama y deslizándose entre el follaje, con un frufrú sedoso. Y entre el bisbiseo del airecillo en las ramas, los primeros rubores apuntando, los miembros flojos sobre los troncos duros y suaves, sobre las ramas suaves en medio de un mundo mágico, el zumbar de los moscardones y la humedad de la tierra. Arriba, en las galerías corridas de las casas vecinas, bullir familiar entre las cristaleras, voces sofocadas, tufillos a guiso mañanero, voces siempre iguales dominando con su ir y venir el huerto verde, y crepitar de fritos. Estallar de luces, estallar de sensaciones nacientes o el corazón latiendo en la garganta y un escalofrío contra el tronco frío; sabores de miel, y desvanecerse después, sentirse ingrávida, aquel mundo de luces anegando el espíritu, lágrimas agridulces, llantos inmotivados y desconocidos impulsos nacientes. De pronto: ya es tarde, ya es hora, lástima. Y a través de las escaleras sombreadas de enredadera blanca alcanzar la casa y los pasillos frescos, y el comedor en penumbra, con el balcón entreabierto y los perfumes colándose por entre la parra verde-claro.

***

LLEGABAN LOS COLONOS CON LOS CESTOS LLENOS DE PEROS DE RONDA y de quesos de cabra. Llegaban del Valle, del Baldío, de la Sierra, del Alcornocal.

-Le traigo unas cosillas, doña Victoria.

-Hombre, Dios te lo pague.

-No será de cabra, abuela -se relamía mi padre-. Ya sabe, las fiebres.

-Qué va a ser de cabra. Tú cómelo tranquilo.

Y le disimulaba yemas de huevo en todas las comidas, porque lo veía desmejorado.

-Yo no sé qué le pasa a mi hígado últimamente. Parece que no funciona muy bien.

-Tú tómate este caldito, anda.

Sajaba las aceitunas y las iba echando de una en una en la tinaja con salmuera, hierbas y una hoja de laurel. Allí se quedaban metidas en aliño, tomando poco a poco un color oscuro y poniéndose olorosas y blandas; las sacábamos cuando hacían falta, con un cazo con agujeros por donde escurría

el líquido rojizo.

Y cuando había que hacer un regalo al vicario o al. abogado -notario, la abuela preparaba una de sus tartas caseras: batía las claras, mezclaba las yemas, la harina y el azúcar, lo revolvía todo metiéndolo en unos moldes de hojalata que luego en el horno cubría con un papel de barba. El papel se doraba primero, luego se chamuscaba, y entonces la abuela pinchaba el bizcocho esponjoso con una aguja larga, para asegurarse de que estaba cocido y de que no tenía blando el corazón. Y cortándolo luego en capas lo rellenaba con una crema tostada, lo adornaba por encima con chocolate derretido y con chorritos de merengue formando dibujos.

Mientras tanto en Málaga el azúcar era moreno, la melaza, que se movía y temblaba en el azucarero como si estuviera viva.

Llevábamos de Ronda el aceite escondido en las maletas, entre la ropa interior. Llevábamos también de Ronda los tacos de jabón, del que hacía la abuela en una tina, mezclando aceite y sosa y azulete; movía y removía la mezcla, y después de mucho menearla con un palo la volcaba en un cajón plano de madera. Allí se endurecía y se cortaba luego en tacos con un cuchillo largo.

Hacia también la abuela el pan, todos los jueves: bregaba la masa con los puños con un curioso movimiento circular. Luego la retorcía y la aplastaba, adornándola con pequeños cortes. Rodeando unos huevos con tirillas de masa, formaba unos cestillos que enviaba también a cocer con el pan.

En Málaga se comían bollos de maíz que eran oscuros y se atravesaban en la garganta, y tenían forma de tapón de cántaro. Y en Semana Santa, Jesús y los apóstoles llevaban también bollos de maíz en el paso de la Última Cena.

Desde su pintura en la pared del despachito me mira el abuelo Manuel. Y me mira siempre, me ponga donde me ponga, junto a la puerta o al lado de la ventana, o detrás de la mesa cerca de la librería. A todos los rincones me sigue su mirada aguda, bajo las cejas arqueadas. Tiene surcos profundos en el entrecejo y junto a las comisuras de la boca, y noto que algunos de sus rasgos son los míos. No sé cuáles exactamente, pero algunos son míos. Por eso me gusta mirarlo, y que él me siga con la mirada.

Tras la ventana baja y enrejada que da a la calle distingo la fachada de la plaza de toros, sus portones abiertos y la balconada de forja rondeña con cabezas de toros. A la puerta de la plaza están expuestas las carteleras de la película que ponen por la noche, en la gran pantalla colocada dentro del ruedo. Muy cerca de la ventana, obstruyendo en parte la vista, se halla un autobús

viejo y grande de la empresa de los Amarillos.

Junto a la ventana y en un rincón del despachito, la antigua caja de caudales con las cuatro ruedecillas que crujen suavemente al darles vueltas: la misma caja que recuerdo de siempre, desde la casa vieja. Y en la librería hay libros de texto antiguos y ejemplares de “La Chacra”, con cerdos enormes en las portadas.

Sobre la mesa, el palillero de plata con el que algunas veces me rasco las orejas. Otras lo chupo inadvertidamente, y entonces noto que sabe amargo.

-¿Qué andas zarceando por ahí? -me decía la abuela.

-¿Yo? Nada.

-¿No tienes una labor? Haz algo, hija- Me buscaba en el armario los materiales para las flores de trapo: pétalos de tela sedosa, rabitos y pistilos encerados, o me sacaba los patrones de la revista “Mani di Fata”.

-Eso es muy difícil de hacer.

-No es tan difícil.

Hacíamos florecitas de papel con cinco pétalos y el corazón de distinto color, pinchadas en un alfiler para el día de la postulación. O amapolas coloradas de papel de seda para el trono de la Virgen de Montejaque.

Me daba el libro de urbanidad que me había comprado, para que me lo aprendiera y adquiriera buenos modales. Yo me subía a la sillita en el cierro, y lo leía recreándome en la página de “la niña mal educada”, mirando al mismo tiempo la calle a través de los cristales bajos, entre las ramas de las acacias.

Al mediodía, las aceras de la calle san Carlos relumbraban de sol. Apenas alguna caballería cansina rompía el silencio pesado, andando al paso bajo el peso de un serrano, adormilado bajo el sombrero de ala ancha o la mascota parda de fieltro. Los pasos resonaban lentos, y de cuando en cuando despabilaban la calma un relincho largo o un rebuzno delirante, que empezaba estentóreo e iba perdiendo tono e intensidad en cada arremetida, hasta acabar en un bostezo sordo.

***

EN SUS VIAJES A MÁLAGA LA ABUELA ME DABA DINERO, BILLETES DE cien de entonces, guárdalo y que no lo vea tu madre. Yo lo guardaba en el cajón debajo de la ropa, mi madre lo encontraba y me lo administraba, y encima decía no sé qué de la abuela que me daba dinero a escondidas.

Pasaba yo temporadas en el pueblo con mis tíos, en Ronda con la abuela, en Málaga con mis padres, que intentaban una y otra vez poder tenerme con ellos; y siempre tenía que marchar porque el asma me consumía,

Siguiente

bien fuera a Ronda o a Castilla la Vieja.

-Esta niña está desnuda -decía la abuela-. Anda y ve y elige las telas que te gusten, y que las traigan a casa. Y avisa a Paquita que venga a tomarte las medidas.

-¿Paquita es la protestante?

-Paquita es una buena mujer.

Luego, ante las piezas de tela:

-¿Esa te gusta?

-Sí, abuela.

-Pero hija, cómprate alguna de seda.

-¡Uy, de seda!

-No sé por qué no te gusta la seda.

-Pues porque hace cateto.

-Bueno, hija.

Cuando llegaban las ferias me preparaba el vestido de lunares colorados, y el mantoncillo de flecos que se enredaban, los peinecillos de colores, los collares y las pulseras.

-Abuela, no me pongas el pelo tan tirante, que casi no puedo ni cerrar los ojos.

-Abuela, que se me cae el clavel.

Ella me sujetaba las enaguas, me aseguraba el clavel, y luego me llevaba a hacer una foto de estudio con un canasto en la mano, con los caracoles del pelo pegados a la cara con fijador, y el clavel tieso encima de la cabeza.

-Niña, no te masques las uñas.

-Es que me las muerdo sin darme cuenta.

-¡Mira que no poder ponerte zarcillos, con esa manía que tiene tu padre!

Desde la primera hora de la tarde ya estábamos las niñas en el llano de la estación, con un traqueteo de pulseras y un crujir de almidones en los volantes y en las enaguas.

-¿Nos montamos en el “carro de las patás”

Y lanzadas hacia arriba saltaban desprendidos los claveles, volaban los peinecillos, los caracoles se despegaban de la cara, se rasgaban los volantes.

-¡Válgame María Santísima, cómo vienes! ¡Cuidado con la niña!

***

A primera hora de la tarde, envuelto en tu capa o enfundado en el gabán negro con vueltas de piel marrón, botas brillantes y al cuello el pañuelo blanco de seda; o en días lluviosos los chanclos de goma y el fino paraguas oscuro,

te disponías a reencontrar tu tertulia en el casino, que nunca eludiste hasta el día aciago aquel. O tras la frugal merienda tu sesión diaria de cine de las cinco y media, sin que a veces soportaras la película entera, saliéndote a la mitad como cuando estrenaron Lo que el viento se llevó. Pero siempre ignorabas el nombre de los protagonistas, y acudías a mis cortos pero aventajados conocimientos cinematográficos para disipar tus dudas al respecto. De vuelta a casa sustituirías tu indumentaria por otra más hogareña, cubriéndote con la inevitable boina negra que cambiabas a menudo de posición con un gesto de la mano mecánico e inadvertido. Te encerrabas entonces en tu despacho, disponiéndote a despachar tu correspondencia, siempre a vuelta de correo, y encargabas de su envío a Isa, desconfiando de mi eficacia cuando de echar una carta se trataba, o de depositar una tarjeta doblada sobre la bandeja mortuoria de algún portal cerrado a medias. Me repetías una y otra vez el encargo, temeroso de que no se cumpliera, y a mí me hastiaba tu insistencia aunque no te faltara razón, porque alguno se retrasó durante toda una semana al fondo de mi cartera de colegiala distraída. Qué cuidadoso esmero empleabas en todos tus actos por nimios que fueran. Envolvías pulcramente los paquetes que habrías de enviar por correo, plegando con tiento el papel tostado y enlazándolo después con el bramante que sujetabas con varios nudos minuciosos. Yo te miraba hacer, y en una ocasión en que torpemente empaquetaba un libro me lo quitaste de las manos para enmendar su mala traza, y me dijiste: "Lo bien hecho bien parece". No fue aquélla una frase dicha al azar, sino una norma de vida que me brindabas siempre y en cada momento. Tú mismo me explicaste el significado del lema que ostentaba la portada de todos tus libros: "Laudo tuta et parvula", y es que alababas las cosas pequeñas y seguras, como el labriego que en el grabado guiaba la yunta rasgando la tierra con los surcos derechos. Te lamentabas siempre de tu mala memoria aunque recordaras mil variadas anécdotas, o versos antiguos que venían a cuento en cada ocasión. "Si eres favorecedor nunca investigues a quién, pero mira mucho y bien a quien pides un favor", me decías, y otras cosas por el estilo. Me reprochabas a veces mi fuerte tono de voz que te lastimaba, pero reías conmigo de buena gana, y te sorprendía el que yo canturreara todas las canciones que daba la radio: "Sortija de oro, lucecita de mi corazón, la hicieron los moros reondita pa el rey faraón". Y hasta formabas dúo conmigo: "Yo soy el pato, yo soy la pata que en el estanque suelen nadar, ven acá pato, ven acá pata, nada que nada sin descansar". Maravillándote el que yo conociera las viejas piezas del género chico que tú habías aplaudido de joven, cuando

hacías oposiciones en Madrid y pertenecías a las "claques" de varios teatros. En ocasiones me dictabas reglas mnemotécnicas para recordar largas relaciones de obras literarias: "Caballeros acarnienses dan la paz a Lisistrata, en las nubes hay avispas y en la junta Pluto manda. A las fiestas de Deméter van las aves y las ranas". Así, ya nunca olvidaría las obras de Aristófanes. Pero el espíritu mercantil no era tu fuerte, y así lo demostrabas a cada paso, de manera que tus propiedades te acarreaban siempre más gastos que beneficios. Por lo que en lugar de cobrar cada trimestre, te veías obligado a pagar a la cámara de la propiedad urbana el remiendo de un tejado o la compostura de un canalón. A mí me asombraba el que rechazaras proposiciones a todas luces ventajosas, como aquel ciclo de conferencias en Hispanoamérica, y sé que no tuviste que violentarte en absoluto para despreciar la oferta tentadora de aquella universidad norteamericana por el total de tu biblioteca. Sé que te agradó tu designación como miembro de la Hispanic Society of America, cuyo título recibiste un día embalado en un cilindro metálico. Reías también divertido ante mi pretensión de que te presentaras a alguno de aquellos concursos radiofónicos donde hacían preguntas sobre alguna materia determinada. "Y quién mejor que él", pensaba yo, y a mi entender nadie hubiera podido aventajarte en conocimientos sobre literatura. Yo estaba habituada a que nada alterase tu equilibrado comedimiento; por eso me divertía tu indignación cuando alguien volcaba un vaso en la mesa, y no digamos nada si eras tú mismo el que lo volcaba. Sin embargo, nunca en tantos años te oí decir una palabra malsonante o grosera, ni me reprendías apenas, pese a que tu obstinación por que me aplicara en los estudios resultaba inútil. Al pasar a mi lado me acariciabas el cabello suavemente. "Conque estudiando, Nanina". "Ya lo ves, abuelito". "Bien por Nane, guapa chica", decías sin darme mucho crédito. No era raro que recibieras la visita de algún amigo o algún investigador que a su paso por la ciudad hubiera concertado contigo una entrevista, y entonces yo atisbaba desde el pasillo, a través del ventanuco que dominaba la escalera, al visitante que pulsaba el timbre ajeno a la observación de que era objeto. A poco sentía los pasos ligeros y apagados de Isa, el chasquido de la puerta que se abría y el caballero se esfumaba de mi campo de visión, quedando sobre el perchero del pasillo un sombrero o un abrigo desconocidos. La puerta de tu despacho se cerraba, mientras el crepitar de las brasas en la gran caldera sofocaba el murmullo de la conversación.

***

NI EL “BOOM” TURÍSTICO HABÍA VIOLADO TODAVÍA LAS NOBLES PIEDRAS con carnavaladas de guardarropía, ni la calle de Pedro Romero se llamaba entonces de Pedro Romero, ni recuerdo cómo se llamaba. Pero sí que trasminaba en ella un olor a madera recién cortada, y que largos tablones se apilaban a la puerta de la serrería, obstruyendo el paso a lo largo de las aceras mínimas. Y que en la paz de las tardes soleadas los niños aprendíamos a montar en bicicleta por la plaza del Casino, ante al taller donde nos las alquilaban por medias horas, o por horas completas, no lo recuerdo bien. Y que en las mesitas bajo los árboles, señores panzudos o señores magros, todos con chaquetas blancas de lino y sombreros frescos, apuraban su tacita de café.

No faltaban las pequeñas pervertidoras que buscaban prosélitas para arrastrarlas a sus manejos:

-¿Jugamos a los novios?

-Eso es faltar a la modestia.

-Hasta tres veces no es pecado.

-¿Seguro?

-Hasta tres veces no es pecado, seguro. Luego te confiesas, y ya está.

Luego, pasando camino de la Ciudad por el Puente Nuevo, el aire soplando desde abajo nos levantaba las faldas, dejando al descubierto piernas y bragas blancas. El remolino alborotaba los cabellos, y sujetando ropas y cabellos al mismo tiempo, sorteábamos los balcones salientes sobre el abismo. Abajo bullían las espumas diminutas, y los grajos desgarraban el silencio con sus graznidos; seguíamos el camino deteniéndonos un momento, mirando la sima profunda a través de las balaustradas curvas, sobre las mazmorras donde antiguamente se hallaban las prisiones.

-Por aquí tiraban a los hombres.

-¡Qué horror!

-Pero no llegaban abajo vivos.

Avanzábamos después entre casas señoriales y escudos de piedra; fachadas blancas, guarnecidas de rejas saledizas, sobre poyetes cargados de cal. Clavos resplandecientes en las hojas de los pesados portones, suelos de mármol en los zaguanes, y detrás de las cancelas los patios frescos donde brilla el metal y el vidriado de las cerámicas. Los balcones de forjas panzudas, hierros negros formando volutas retorcidas, y al fondo de las calles el panorama constante de la serranía. En una esquina cambiábamos prospectos de cine.

-Lo tengo. Lo tengo. Lo tengo. No lo tengo.

-Te lo cambio por dos.

-Venga.

Otros cambiaban pequeños cuentos de Saturnino Calleja (Satúrnino, decíamos los críos), con las pastas de colores en cartulina endeble, y grabados de hombres bigotudos, mujeres narigudas y jovencitas con narices arremangadas y trajes de otro siglo, con pelos y caras de sucias, y el chascarrillo en la última página: “Tú chiflarás, hijo, tú chiflarás”.

-Pido primer.

-Según.

-Terce.

-¿Jugamos a la taina?

-Venga.

-Rifa tú.

-Plón, chíbiri cú, chíbiri cá, chíbiricuri, curi fá, chiribicuri curi fero, la-hi-ja-del-za-pa-te-ro. Tú te quedas.

Corríamos a escondernos detrás de las esquinas, de los bancos o de los troncos de los árboles.

-Escóndete ahí.

-Es que ahí huele a cagajones.

-Tú sí que hueles a cagajones. Escóndete, anda.

-Alzo la taina por mí y por todos mis compañeros.

Frotábamos ristras de mixtos cachondeos, tirillas de papel rosado con gotas de fósforo como verrugas, y piedras restallantes que tiraban a la gente entre las piernas. Tomábamos la rampa por delante de la casa del Rey Moro, resbalando sobre los guijos, hasta la plazoleta del palacio de Salvatierra. Desde allí y a través del Sillón del Moro se dominaban el puente árabe y la fuente de los Ocho Caños, y el camino que cruzando el pequeño puente romano se perdía en la alfombra verde del valle. Flanqueando el regio frontón del palacio, varias figurillas desnudas de sabor incaico formaban con sus manos sendos cuencos con que ocultaban sus partes pétreas.

***

Tenía tus mismos ojos buidos y tu mismo perfil aguileño, las mismas arrugas, aunque más acentuadas, en la frente y en el rictus amable de la boca. Era muy parecida a ti, pero más resumida, más encogidita. A fuerza de encorvarse habla alcanzado la estatura de una niña; se sujetaba trabajosamente al pasamanos cuando subía las escaleras, deteniéndose a tomar aliento en cada uno de los peldaños. Tú la visitabas a menudo, y ella

también a ti. Era tu hermana mayor, tu única hermana, con tu mismo perfil aguileño y tus ojos buídos. Yo me preguntaba a veces por qué tantos ancianos junto a ti, como en un bíblico cuadro, creyendo que siempre tú y ellos habíais sido así, y nunca jóvenes como todo el mundo. Tu tertulia del casino a la hora del café, siempre a la misma hora, junto al mismo ventanal las mismas personas, correctos y amables caballeros que me sonreían y me saludaban con la mano cuando yo pasaba hacia el colegio, casi siempre corriendo. Tardes heladas, o en tardes tórridas las pisadas hundiéndose en el asfalto derretido bajo el sol. Sospecho que tú, como otro abuelo cualquiera, les habías relatado mis gracias. Así yo contaba entre ellos con admiradores, como tu condiscípulo de bachillerato, tan sumamente afable, que lo era de mis dibujos. O el doctor que me graduaba la vista todos los años en tiempo de exámenes, porque entonces yo apretaba más de lo usual como los malos estudiantes, y veía turbio. Subía yo los numerosos escalones hasta su clínica-estudio; nunca llegó a recetarme gafas, pero me mostraba el bargueño de maderas preciosas y marfil, marqueterías y platas que él mismo había trabajado, figuras talladas en madera o esculpidas en mármol, conservando todavía el blanquecino polvillo reciente, entre lentes y buriles, instrumentos ópticos y utensilios de artista. Con ellos había dado forma a tu busto, el que se instaló sobre un pedestal junto al sofá del salón amarillo. Todos tus amigos metódicos como tú mismo, exactos como tú, alguno de ellos te visitaba invariablemente a la misma hora, el mismo día de cada semana. Aquel doctor con quien cambiabas impresiones en charlas amenas, y que me recetaba pediluvios para las anginas, remedio mágico que además de curarme las anginas no me venía tampoco mal para el aseo de los pies, según opinaban las tías a quienes costaba Dios y ayuda conseguir que me metiera en el baño. También recibías a menudo la visita de aquel cura anciano del barrio obrero, tu compañero riguroso desde la escuela primaria, pequeño y sonriente, con las mejillas tersas y bermejas surcadas de innumerables venillas cárdenas. Con ingenuidad de niño y sabiduría centenaria, había consagrado su vida a la rehabilitación de los humildes. Con santa tozudez confiaba en poder lograr cuanto se propusiera, y así era en efecto, instando con machacona insistencia incluso a la más alta autoridad del Estado. Sus manos gordezuelas hartas de bendecir, de repartir más de lo que nunca tuvo, la bondad rezumando de su trabajada humanidad rechoncha, quizá el más íntimo amigo que tuviste y a quien descubrías tu espíritu en la penumbra dorada del gran despacho.

***

LA FORMA SE ME QUEDÓ PEGADA Al PALADAR, SECA, SECA, SIN poderla despegar con la punta de la lengua. Algo puedo asegurar: aquel no fue el día más feliz de mi vida (¿Sabe alguien acaso si la noche de bodas es una noche feliz?) La abuela había dicho: es un contradiós que esta niña no haya hecho todavía la Primera Comunión, y de nuevo me llevó con ella a Ronda. Yo no sabia el credo, ni la salve, ni el señormíojesucristo, así que la abuela tuvo que tomar aquella determinación. Cuando la haga va a parecer que se va a casar, decía. Dejé el colegio alemán (Deutsche Schule) por el de las Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús. Fue casi ya en primavera, cuando todas las niñas sabían ya el credo, la salve y el señormíojesucristo, y la abuela me lo enseñaba por las noches, cuando estábamos acostadas ella en su cama y yo al lado, en la mía. No solamente yo no sabía aquello, sino nada de lo que una niña de nueve años debe saber: ni dónde nacían los ríos de España, ni los afluentes de los ríos, ni el nombre ni el número de los hijos de Jacob, ni nada de nada. Sólo canciones en alemán, y hacer los mueblecitos de papel decorados con rosas que me había enseñado tiempo atrás la maestra de escuela en Montejaque. La víspera del treinta de mayo me acostaron temprano para que no me diera tentación de comer ni beber cosa alguna desde las doce de la noche antecedente. Por la mañana al levantarme, tampoco desayuné. Me pusieron el traje blanco que la abuela me había comprado en Málaga, con la banda de organdí, el bolsito de organdí -dentro, los recordatorios satinados y el pañuelo de encaje-, y el velo largo de organdí que se enroscaba por las puntas. En la mano los guantes blancos de seda, el rosario de nácar y el librito nacarado con broche de filigrana; colgada del cuello la cruz de diamantes que me regaló la abuela por la ocasión.

En la fila de niñas yo era la última, la más alta. La ceremonia se celebró a las doce. Yo sudaba con el velo amarrado debajo de la barbilla, y bajo las dobles enaguas de puntillas almidonadas. Se me habían olvidado el credo y la salve y el señormíojesucristo y la garganta me picaba con el humo de los incensarios. Aún así aguantaba de rodillas, apretando el libro y el rosario, sudando, con los guantes puestos. No recé nada ni me enteré de nada, seguí a la que me precedía, y al acercarme a comulgar no me quité los guantes. Volví luego al reclinatorio con la Forma seca, pegada al paladar y sin poder meter el dedo para despegarla. Intenté arrodillarme pero los puntos luminosos de las velas bailaban, se estiraban, se fundían unos con otros, el sudor se me había vuelto frío. De manera que me senté y perdí la noción del tiempo. Cuando terminó la ceremonia todos me besaban y mi tía la de la casa grande

lloraba desconsoladamente. Nunca he podido comprender por qué lloraba así, ya que ni yo misma lloraba. Cuando salimos de la iglesia de las Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús, las monjas habían preparado bollos y pasteles en bandejas, pero yo no quería más que un vaso de agua. Repartí entre no sé quién los recordatorios satinados, al llegar a mi familia no me quedaba ninguno.

***

- NO ME VENDAS PAPELETAS POR AHÍ -ME DECÍA LA ABUELA.

-Es que son de Acción Católica.

-Ni aunque sean de Acción Católica. ¡Vaya una niña, vendiendo papeletas! ¿Qué dirá la gente?

Pero seguía vendiendo papeletas para rifas por las terrazas de los cafés, por las tiendas, y hasta de puerta en puerta, por las casas particulares, vendíamos papeletas. Pulsábamos el timbre, o daban vuelta a la palomilla del timbre, o tirábamos de la argolla o de la cuerdecita que salía por un agujero junto a la cancela. Había que esperar unos segundos hasta que algo chirriaba y la puerta se abría a medias. Entonces aparecía una señora de oscuro, o una muchacha.

-¿Quiere papeletas? Son para una rifa de Acción Católica.

-No quiero papeletas -la puerta se disponía a cerrarse. Insistíamos:

-Ande, cómpreme una papeleta -la puerta terminaba de cerrarse con un chasquido.

A veces alguna dama de edad, afable, compasiva, cedía:

-Un momento.

Entraba dentro, a través del patio sombreado, entre biombos de celosía y macetas vidriadas con pilistras. Volvía a poco:

-¿A cómo son?

-A peseta.

-Dame cinco, anda.

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco números. Son para el sorteo de la Acción Católica, ¿sabe?

-Adiós, guapas.

El taco bajaba muy poco a poco, tan poco a poco que casi no bajaba.

No, si eso ya lo sé yo, que tendré que cargar con las papeletas como siempre -decía la abuela.

***

No sé si otros te habrán conocido como yo, aunque lo dudo. Seguramente

habrá quien crea haberte conocido mejor, pero yo no lo creo, por lo menos en aquellos largos años en que fui despertando a la vida y al mundo de las realidades existenciales. Estaba tan cerca de ti, y te acechaba con mi naciente sensibilidad a flor de piel, de forma que intuía en las perceptivas neuronas de mi inexperiencia mucho más de lo que otros hubieran podido deducir con una mente experimentada. Es más, creo que en ocasiones llegué a calar hasta el fondo de tu pensamiento, tanto que ni tú mismo lo hubieras sospechado. Todo ello sin proponérmelo, con una intuición primitiva y semianimal, hecha de vigilancias impensadas y de cavilaciones continuas. Y así habrá quien conozca aspectos de tu personalidad más profundamente de lo que yo los conozco, pero nunca una panorámica tan completa de los entresijos de tu carácter. Ello porque fueron muchos los años, momento a momento y en diversas épocas, y advertí sobre todo tu dolor, y en él pude leer como en algo transparente, muy a mi pesar a veces; y porque mi mente a la vez que maduraba conocimientos y conceptos iba perfilando los contornos de una idea precisa sobre los misterios de la psicología y las reacciones humanas. Quizá el ambiente solitario que rodeó mi pubertad contribuyera en gran medida a desarrollar este proceso, o mi temperamento encubiertamente hipersensible, y he de confesar que en ocasiones me irritaron tu excesiva meticulosidad y el respeto sumo que exigías a la inmutabilidad de tus costumbres, que no deberían haber sido alteradas por nada en este mundo, ni siquiera por sucesos catastróficos, lo que te hacía aparecer a mis ojos egoísta y frío. Y no podría asegurar el no haberte aborrecido en algún momento, sin que me resultara fácil comprender con el tiempo que tu supuesto egoísmo era el de aquel que se ha propuesto un arduo objetivo, y sabe sus minutos preciosos. Por otra parte no me recaté en una ocasión de exponerte mi criterio contrario a tu manera de actuar, cosa que nadie sino yo hubiera osado hacer, e incluso te taché de injusto; entonces me impresionó el que reconocieras tu falta, y permanecieras callado y serio. No acostumbrabas a darme dinero ni a hacerme regalos, aunque no escatimabas nada que considerases necesario, ni de vez en cuando algunos libros: la Historia de España contada con sencillez, o Vidas de personajes célebres, o de conquistadores españoles, y no desdeñaste por indigna la tarea de completar de puesto en puesto, o en las librerías de viejo, la colección de novelas del Coyote de alguno de tus nietos, falta de varios números agotados. Eso a pesar de que todos te conocían en la ciudad, cosa que comenzó por halagarme y acabó aburriéndome, aunque al fin terminé por acostumbrarme a ello. No había lugar en que tuviera que dar mi nombre donde no se interesaran

por mi parentesco contigo, lo mismo en casa del zapatero que en la Universidad, que en cualquier otro sitio insólito. "Soy su nieta", repetía yo siempre, y entonces me justificaban relaciones o me relataban invariablemente anécdotas relacionadas con alguna época de tu vida.

***

TU ABUELO ES POETA, ME DECÍAN, QUÉ IDEA TENDRÍA YO ENTONCES DE lo que era un poeta: no todavía la del barbilampiño esbelto, piernas curvadas, ceñidas bajo las calzas ajustadas, melena de paje rematada por la pluma del sombrero, ni menos la posterior del joven tazado, pálido de tisis, pliegos en la mano y una flor en el ojal. No sabia yo entonces que un poeta escribe versos, ni casi lo que eran versos, si se exceptúan: "a un panal de rica miel dos mil moscas acudieron, que por golosas murieron presas de patas en él", o: "Bebiendo un perro en el Nilo al mismo tiempo corría; bebe quieto, le decía un taimado cocodrilo". O también: "Sobre una rica fuente de natillas, orgullosa una mosca revolaba", etc. La palabra "poeta" evocaba en mí la idea de un "abuelo-lejano", con el matiz de que este abuelo estaba un poco más alto que los demás, sus pies sin tocar el suelo sino en el aire, aunque tampoco muy lejos de la tierra. Tampoco sabía lo que era un catedrático, y el saber que mi abuelo lo era contribuía a la idea del "abuelo-más-alto -un-poco-más-lejano" (y más sorprendente todavía me resultaba que escribiera libros, el que los libros los escribiera alguien), un abuelo aséptico en ligera y perenne levitación. Fueron luego los cuentos que recibí por Reyes los que acercaron a mí esta imagen distante, los que me la hicieron tocar con la punta de los dedos: Nenasol, la niña de Cuentos para Soñar, la que quería ser pintora y vi sitó el país de las hadas de mano de Blancanieves, sumergiéndose en un nenúfar, volando luego a lomos del Pájaro Azul; o el Hombre Feliz Que No Tenía Camisa; o Zela, la niñita del cuento del padre Coloma, que perdió a su padre ahogado en el torrente el día de Navidad, que quería un traje blanco para hacer la Comunión y no tenía más que uno raído, pero en su delirio se vio revestida de una túnica resplandeciente y tres piedras sobre el pecho: una roja, otra verde y otra azul, y los ángeles cantaban mientras la subían al cielo: "El vestido del alma justa es la Fe, la Esperanza y Caridad"; o la muñeca que se le pegó en el culo al rey y se llamaba Pelona ("¡ajajú, Pelona!"); y el Mundo de Papel del doctor Montero con las figuritas que no había quien lograra hacer, sólo las personas mayores y no todas; y la historia del viejo árbol en el claro del bosque donde vivían Tripón y sus enanos, los gnomos y los duendes amigos de Zueco Rojo. Y la de Aladino y sus castillos de lapislázuli: "Mientras la ciudad

duerme y Aladino sueña, los genios trabajan bajo la gran lámpara de plata de la luna".

***

MÁLAGA

NO TOSAS, QUE TE DA EL ASMA. NO CORRAS, QUE TE DA EL ASMA, no te rías, que te da. ¿Tienes pitos? No, no tengo. Contengo la respiración mientras mi padre pega el oído a mi espalda para auscultarme. Sí que tienes. No, no tengo, y me escurro a coger aire, me tiemblan los dientes, y me duelen, ¿por qué ese dolorcíllo en los dientes cuando me ahogo? En los dientes de abajo, sobre todo, y al aspirar se me hunde el hoyo en la garganta, entre los dos tendones del cuello. Ya sería mucho si tuviera pitos, los pitos los produce el aire al entrar, a veces no hay ni pitos siquiera, y es cuando se me saltan las lágrimas, siento que voy a morir y lloro suave despidiéndome de la vida, resignada mi pequeña humanidad, encogida, sudorosa, temblando toda, las piernas no me sostienen. Entonces acudo, no más disimulo: papá, no puedo, hablo a golpes, no puedo respirar. No has tomado la efetonina. Sí la he tomado, intento coger aire entre palabras, se pasó el efecto ya. Los ojos de mi madre estirados, escrutándome con angustia, callada. Mi padre: esta niña no puede seguir aquí, la mano morena y fina acariciándome la mejilla, ni siempre en el pueblo, hay que pensar algo. Y las espumas blancas, rizos suaves. glauco mar. Y las algas brillantes bajo la superficie, las pulgas de agua que saltan, horadan la piel endurecida de la arena caliente, caracolas vacías, caparazones huecos de erizo con púas negras, traicioneras, frágiles, secas estrellas de mar, vaho, calor, medusas viscosas y transparentes, aguas cuajadas. Y los chinarros gordos blancos de sal, y tras la rocas pizarrosas el tufo a excrementos calcinados.

***

Frente a tu dormitorio el mío, habitación sencilla con armario de madera clara, la cama niquelada y el pequeño mueble donde guardaba las pinturas revueltas con bordados a medio terminar, y trozos de terciopelo o fieltros y madejas de hilos de colores en cajas de cartón atadas con cintas. Reverberar del sol en las barras de la cama, y en la alambrera cuadriculada que impedía a los gatos saltar desde el tejado al cuarto, pero no el que se orinaran en él, salpicando mi mesa y todas mis cosas con pequeños puntos pegajosos y brillantes. Por más que yo rociara con lejía la alambrera y las tejas, acudían todos a la querencia a orinar en el mismo sitio con un curvo chorrito

transparente que penetraba como un arco iris ante mi presencia impotente. Desesperada yo golpeaba los cristales, y el gato de turno escapaba entonces con un largo salto elástico. A través del tufo picante a lejía y a orines de gato el sol caldeaba la colcha de seda rosa, deslumbradores destellos inundaban la habitación, lamiendo las paredes azul pálido, sumiéndolo todo en un abrazo cálido: "amigo sol, compañero sol, no te vayas, sol, todavía, espera todavía". Pero a poco los rayos sesgados se retiraban como habían llegado, rampando en un último reflejo sobre la seda rosa de la colcha, trazando en la pared azul pálido la sombra oblicua del último fragmento de alambrera cuadriculada. Entonces yo cantaba a voz en grito para espantar la nostalgia, hasta que la voz se estrangulaba en un nudo acre y se llenaban los ojos de agua. En las noches tibias de verano desde la cama distinguía tras el cuadrilátero de la ventana el polígono desigual de una parcela de cielo, de un negro desvaído punteado levemente por alguna estrella y subrayado por la ondulación irregular de un tejado viejo, y los cuadrados de luz en las casas vecinas. Sentía olores a guiso tras las hojas abiertas, conversaciones apagadas e ininteligibles, entrechocar de platos y utensilios de cocina. Y cerrando los ojos oía el crepitar de los fritos en las sartenes, envuelta en un remolino de melancolía. En la soledad todo se convierte en roces sigilosos y manos que se acercan y agarran a traición, y rumores de otro mundo; se nos apodera el temor y las manos y los miembros propios no parecen propios, y se cierran los ojos por no ver el espanto. Por eso yo buscaba a veces tu presencia y la reconfortante monotonía de saberte cerca, y así atravesaba el pasillo oscuro, corriendo por evitar que algún fantasma del miedo me alcanzara. Tampoco me atrevía a dar la llave de la luz, por no encontrarme posada en ella una mano descarnada y tenebrosa que se me hubiera adelantado. Me acercaba a tu puerta, golpeaba en ella suavemente, y con un chasquido la abría y preguntaba: "¿Se puede?", y tú decías: "Pasa, Nanina. ¿qué quieres, Nanina?" "Nada, abuelito, buenas noches". Sólo con eso me marchaba más tranquila, pero a veces el terror me paralizaba en la cama, sudando rígida sin atreverme a mover mano ni pie, porque algún miembro sangrante no me agarrara con sus huesos mondos o sus tendones fríos, electrizada ante el crujir de un muelle o el chasquido de alguna madera, o el desesperado maullar de una gata en celo sobre el incierto tejado. Bajo la luz blanca de una luna menguante hecha toda oídos, estremecida por el menudo roer o arañar de un ratón bajo el entarimado, o por un reflejo fugaz en el espejo del armario. Fue una de aquellas madrugadas en que yo me quedaba dibujando con la luz encendida, y fiada en el doble papel

de estraza sujeto con chinchetas con que había cubierto el montante de mi puerta para evitar que el resplandor de mi cuarto te desvelara a través del pasillo, y después no pudieras recobrar el sueño. Yo pintaba figuras sobre una chapa de madera, recortándolas luego con una sierra fina. O quizá las recortara primero, no lo recuerdo bien. Por varias veces me habías reprendido esta costumbre que atentaba contra tu descanso, y aquella noche debiste ver la luz a través de alguna rendija. Y oh, irrumpiste en el cuarto como Zeus tonante, en ropa de noche, y ni tiempo tuve de hacerme la dormida, con todas las pinturas y los recortes de chapa sobre la cama. No me dijiste nada, pero me encajaste una puntera muy bien dirigida y te marchaste a luchar contra el insomnio. Bien es verdad que es el único acto violento que te recuerdo, pese a que tantas veces hubiera puesto a prueba tu paciencia.

***

MI TOBALITO ESTÁ EN EL HOSPITAL, MI TOBALITO SE MUERE, SE HA muerto mi Tobalito. Y fregaba el suelo con la gasa negra tapándole los ojos, pero como se le metía dentro del cubo y se le ponía calada, se la quitaba y la doblaba dejándola sobre una silla, pinchada con el alfiler de cabeza negra. Y cuando se corría de sitio cogía la gasa y la ponía en otra silla, y así la gasa iba recorriendo todas las sillas, y cuando terminaba de fregar se ponía otra vez la gasa prendida con el alfiler negro, y se limpiaba las lágrimas con ella.

-¿No está mejor tu hermano, María? -le preguntaba la abuela.

-No, señora, no.

-Vaya por Dios.

Y luego:

-Mujer, ten resignación.

Fregaba el suelo de mármol blanco todos los días, lo fregaba con agua y jabón y lo aclaraba con un chorro de vinagre para que reluciera. Limpiaba los azulejos del zócalo con un paño húmedo, en el vestíbulo y en el patio de la fuente, y en las escaleras con pasamanos de madera clara, y en el corredor del primer piso. Una vez por semana se vaciaba la fuente de los peces, la íbamos vaciando poco a poco, colocando una mano en el desagüe para que los peces no se colaran por él, y al intentar atraparlos se escurrían entre los dedos, con un tacto resbaladizo como de moco suave. Pero al bajar el nivel del agua los más gordos tenían que nadar inclinados, rozando el fondo con las aletas y las panzas, y entonces aprovechábamos para agarrarlos con cuidado y echarlos en un cubo con agua. Después de limpia y aclarada la fuente, soltábamos los chorros del surtidor y de las ranas y devolvíamos los peces a su sitio.

***

YO SABÍA QUE A LA ABUELA NO LE GUSTABA QUE YO CANTASE aquello. Y no quería cantarlo, pero a fuerza de quererme contener, a la primera ocasión me ponía a cantar:

-Dies irae, dies illa...

Y la abuela:

-¡No cantes eso!

Y entonces no cantaba el dies irae, pero sí a voces, sin darme cuenta, la copla que le habían sacado en el pueblo al señor que estaba de visita en el patio, charlando con la abuela:

"El vino que tiene Cadenas no es blanco ni es tinto, ni tiene solera..."

Yo le notaba algo raro a la abuela cuando tenía visita, y era su forma de hablar. Entonces se esforzaba en pronunciar las eses.

-Abuela, ¿por qué hablas fino cuando tienes visita?

-¡La repajolera niña!

Otras veces me reía tanto que me dolía de reír detrás de las orejas.

-Esta niña está aventada -decía la abuela-. Ya verás tu abuelo, cómo te pone más derecha que una vela.

***

Otro avión, otro pitido, el aire más frío, LUZ verde, LUZ blanca, LUZ roja, la autopista a lo lejos es un gusano de LUCES blancas, una grúa se recorta oscura sobre los restos rosados. Las de la pista de aterrizaje ya no son azules, sino violeta. Los colores van haciéndose inciertos a lo lejos, en las colinas... Un ruido atronador y guiños de LUCES rojas, el cielo por oriente se ha vuelto blanquecino con largos chafarrinones color plomo. La saeta de un avión va dejando atrás una línea gris, vuelve en oleadas el olor picante del gasoil. En la explanada, los vehículos desde la altura son como rápidos bichos de LUZ, un avión de la Iberia una larga armonía de LUCES. Los aviones aterrizan con sus potentes faros blancos encendidos, entre los aullidos de las sirenas que terminan en largos pitidos. Todo el cielo está ya de color plomo, y el aire cada vez más frío. Pitidos, aullidos, chirridos, que taladran, enloquecen, rechinan los dientes, LUZ roja, LUZ blanca, LUZ verde, las LUCES violeta, se va, vuelve, se va deteniendo suavemente sobre la pista gris, con sus faros potentes, la LUZ verde fija y la roja que parpadea y da vueltas y vueltas como un faro loco.

***

MÁLAGA

YA HABÍAN INVENTADO EL DDT, YA LOS PRIMEROS TURISTAS MERODEABAN por entre las verjas del puerto y cogían el tren de cercanías Málaga-Torremolinos-Fuengirola, el desmantelado pequeño asmático tren con su arcaica locomotora a carbón. Ya las chabolas de la costa y sus pequeños habitantes desnudos, arrastrando sus panzas morenas sobre la arena renegrida comenzaban a tener testigos extraños. Ya en las zapaterías podían comprarse zapatos, y sin muchas exigencias encontrar en algún comercio una tela para hacerse un abrigo. Iban ya desapareciendo de las calles los cenacheros con las cestas colgadas de los hombros, colmadas de pescadito brillante. Ya habían derribado la Acera de la Marina, la plaza de los Moros, las viejas azoteas inverosímiles y sus empinadas escaleras, las fachadas cuarteadas y el almacén de comestibles. Y las gentes iban teniendo cara de haber comido, los chicos paseaban en bicicletas alquiladas. Las casas derruidas de la calle Larios iban siendo reconstruidas sobre sus antiguos moldes, y los almacenes de Temboury en el número seis lucían los escaparates repletos de juguetes grandes y llamativos que poca gente podía comprar. Rodolfo Prados vendía los discos de moda, Josita Hernán y Armando Calvo se hacían fotos de arte en casa de Pellín y se inauguraban heladerías, el bar de las Palmeras y el Bazar del Fumador. Y en los solares bajo la Alcazaba, sobre la desolación de los escombros, habían surgido los jardines de Puerta Oscura cuajados de macizos floridos, surcados de paseíllos, de estrechas escalerillas zigzagueantes, rincones sombreados bajo las pérgolas a distintos niveles, cubiertas de buganvillas rojas o moradas junto a las siluetas verticales de los cipreses oscuros, sobre los bancos de piedra y las parejas amarteladas. En el parque retoñaban las palmeras y las palomas, las viejas vendían cucuruchos de yeros para dar de comer a las palomas y de atramuces para los niños. En los refugios subterráneos bajo los montes ajardinados se amontonaban los trastos viejos. El hotel Miramar se restauraba, preparado para recibir a Rita Hayworth, o a Abdullah Ibn-Hussein de Jordania con su harén de bellezas. En los barrios aún quedaban chinches incrustadas entre las aneas de las sillas, y también algún piojo solitario entre los maderos del tranvía con jardinera. Se iban derruyendo las casas viejas en el paseo de Reding,, los antiguos viveros de parásitos, para construir en su lugar lindos pisos despersonalizados, apretadas colmenas de alquiler.

Ya se organizaban misiones, se sembraban por las calles altavoces que

arrancaban de la cama a los malagueños remolones con su tronar mañanero: “El demonio a la oreja te está diciendo, deja misa y rosario, sigue durmiendo”, y ya la virgen de la Victoria recibía en el puerto a la virgen de Fátima, se reorganizaban las procesiones de Semana Santa, la cofradía de los Gitanos con sus largas colas bordadas en oro que se habían salvado de la quema ocultas Dios sabe dónde, y todo el pueblo se postraba ante la imagen del Cristo, mutilado pocos años antes, con su pierna cercenada, aserrada al través.

Nosotros nos habíamos trasladado también a la calle Larios, y a mis Padres se les llenaban los balcones de visitas en Semana Santa. Algunas ventanas de nuestra calle se empezaban a alquilar a extranjeros en noche de procesión, enclaves pioneros de Información y Turismo.

Ya no hacía falta traer de Ronda el aceite escondido en maletas, comíamos chocolate en la merienda, aunque supiera a tierra, y de Gibraltar llegaban algunos botes de nescafé y de mermelada inglesa.

Fue entonces cuando mi padre descubrió aquel rincón en la costa, la casita de estilo francés decorada con horrendos mosaicos de colores, medio hundida entre las matas y escombros. agazapada en la curva solitaria, y dominando sin embargo la maravilla de la bahía casi inexplorada.

***

SUJETA A SU HERMANA CONTRA EL SUELO, INMOVILIZADOS LOS BRAZOS, el cuerpo bajo la presión de sus rodillas. Inclinándose sobre la cara hace ademán de escupir, una y otra vez, inflando la saliva en pompas, haciéndola crujir entre los labios y la lengua. La pequeña cierra los ojos, se debate inútilmente, y ella domina todos sus movimientos sin esfuerzo. Poco a poco la hermana se relaja, y entonces ella le deja caer un chorro de saliva sobre la cara. Gime la hermana, se debate, intenta gritar, mamá, mamá, y ella le tapa la boca con la mano. Es necesario el salivazo de vez en cuando, si no el juego habría perdido su interés. Otras veces la persigue azuzándola, señalándola con el índice muy cerca de la cara, tanto que a veces se le escapa el dedo y se lo mete en el ojo. La pequeña grita y huye llorando. De noche en nuestro cuarto, en la semioscuridad, yo fingía mirar con terror algo tras de ella, en el rincón oscuro. Abriendo desmesuradamente los ojos, con las manos agarrotadas, la boca en un gesto de espanto, le mostraba los dientes y señalaba hacia su espalda. Ella se encogía, sin atreverse a volver la cabeza, helada, petrificada de miedo. Otras veces le hacía cosquillas y ella déjame, déjame por favor, por favor, se reía, por, se asfixiaba, por, hasta que se le

cortaba la respiración, se ponía pálida y en alguna ocasión llegaron a sacudirla los espasmos. La acechaba continuamente en sus lecturas, en sus juegos, en su sueño. Mientras lee un cuento echada en el sofá le arranca el libro de las manos, le tira de las trenzas. Y la hermana aguanta tranquila, con una calma que no hace sino acrecentar su afición. Y como lee con gafas, en un esfuerzo extremo por alterarla se apoya sobre ellas, y siente que entre las palmas de las manos y los ojos se hacen trizas los cristales. Qué, horror, la he dejado ciega, corre hacia su cuarto espantada y se cierra por dentro. Tiembla todo su cuerpo por el terror de lo que ha hecho, no sabe lo que ha hecho pero tiembla, cada minuto la hace temblar, tiritar de miedo y de remordimientos, tras la puerta cerrada con pestillo. Imagina los cristales clavados en sus ojos, ceguera, sangre, desastre, da diente con diente, una eternidad transcurre temiendo un grito de la madre, algún alarido, algo en el silencio. Son unos golpes suaves en la puerta: abre, anda, abre, un murmullo de voz. Trae en sus manitas los cristales rotos, guárdalos, anda, tíralos que no los vea mamá, dice quedamente, y le mostraba los trozos.

Mi hermana admiraba todo lo mío como algo grandioso, imitaba mis palabras, mis gestos, mis actos. Me seguía continuamente, buscaba mi compañía terrible, el suplicio que yo le daba. Nunca pretendí hacerle daño, provocaba su ira como en un juego. Luego, encolerizada, ella se crecía, se agarraba a mis pelos, los arrancaba a manojos, me pateaba las espinillas, me clavaba las uñas, me mordía, y la mejor parte del juego consistía en esquivar sus golpes, sus arañazos, verla volverse como una fierecilla rabiosa, y sobre todo el haber abatido su gran paciencia. Repetíamos la escena día tras día, enzarzadas siempre. Al final yo siempre me llevaba las palizas, ella nunca, y el castigo me satisfacía, me colmaba. Esta niña es imposible, me azotaba mi madre, es imposible, y yo apretaba los dientes. No me duele, y no me dolía, ni me hubiera dolido aunque me hubieran matado, el dolor físico no tenía significado para mí. Claro está que mi madre nunca me hubiera matado, pero me daba azotes hasta que las manos se le ponían coloradas. Me complacía el castigo, lo buscaba, sentía una gran plenitud después. Y adoraba a mi hermana, no podía vivir sin ella ni ella sin mí, y lloré su falta muchas veces después, sola en la vieja casona, como si de alguna forma hubiera perdido la mitad de mí misma.

***

Estaba encuadernado en piel azul oscuro, o quizá en imitación de piel azul oscuro, aquel álbum de autógrafos que me echaron los reyes allá por los

tiempos en que yo ya sabía que los reyes magos érais las tías y tú, pero me lo callaba por la cuenta que me tenía. El álbum apaisado con los cantos en oro que venía metido en una caja de cartón, y que despertó en mí dormidos anhelos coleccionistas. Tú lo estrenaste, yo te lo llevé al despacho y a poco me lo devolviste en el comedor. Aquello fue el arranque de la furibunda persecución de que haría objeto a toda personalidad que se pusiera a tiro, en un recital o en una conferencia, o entre bastidores en el descanso de algún concierto. Jesús Guridi, José Iturbi, o José Cubiles que trazó para mí en una página del cuaderno los primeros compases de la Danza del Terror, o Gerardo Diego el día de su recepción en la Academia, cuando tú con tu discurso le diste la bienvenida. Y con este acoso febril se fueron viendo cubiertas las páginas de distinguidas caligrafías, con la firma del duque de Alba en un tarjetón que te enviaba todos los años por Navidad: "El duque de Berwick y de Alba felicita a V. las Pascuas y el Año Nuevo". Luego me cansé de recoger autógrafos, como me cansaba de todo, y las páginas empezaron a amarillear en el fondo de algún cajón ignorado.

Algunas tardes, cuando yo volvía del colegio, hallaba al ciego Felipe inclinado sobre el viejo aparato de radio marca Phillips, porque tú le habrías invitado a que subiese, y yo lo encontraba allí con su sonrisa siempre ausente, con sus ojos blancos y la nariz prominente, y un bastoncillo en la mano, llevando el compás de la música y tatareando al mismo tiempo con la boca entreabierta. Cuando se cansaba de escuchar la radio se levantaba sin hacer ruido, y tanteando por entre la mesa y los aparadores con el bastón, se dirigía al pasillo para seguir tanteando hasta encontrar la salida.

***

ALMORZÁBAMOS EN EL COMEDOR JUNTO AL PATIO, ADORNADO CON bodegones oscuros en las paredes y pinturas de frutas y codornices en el techo. Tomábamos la "sopa de la abuela", que era caldo del cocido con lonchas finas de pan y la ramita de hierbabuena. Sobre la mesa había entremeseros con "pipirrana" aliñada y con rajas de salchichón y chorizo. Después comíamos a menudo conejo con tomate. De postre melón o sandía, y no te tragues las pipas, te vaya a dar apendicitis.

En un mueble grande que olía a baquelita y era radio-gramófono oíamos las noticias de Radio Nacional, después el toque de corneta, y pocas veces el disco de las danzas húngaras porque a la abuela la ponían triste la música y el anochecer en el campo.

En la cocina los cacharros de cobre brillando sobre la chimenea de los

pájaros pintados sobre fondo negro; había platos de cerámica en las paredes, y sobre la repisa hueveras de bronce. La chaira colgaba de una alcayata junto al almirez, y el jarrillo de aluminio junto al grifo. Rezumaba el piporro junto al poyete de la ventana, sobre el mármol blanco de la mesa quedaban las maquinillas de hacer el café, y las zurrapas volcadas en un plato. Por la puerta de la despensa asomaban ristras de ajos gordos. De un perol trasminaba el jumillo reciente del guiso, de la pringue rojiza del tomate con restos de clavo y nuez moscada. Juana la cocinera se tomaba un café.

En un rincón se hallaba postergada la pequeña camilla redonda, con faldillas bordadas en cadenetas de colores, con nostalgia de copas de brasero, badilas, cisco o picón de orujo, alhucemas, tufos, firmas cuidadosas que remueven las brasas, que favorecen el brote de cabrillas en las piernas, allá por los meses todavía lejanos del invierno frío, más frío en estas casas que parecen pensadas para el pleno verano.

Una vaharada espesa, penetrante a alimentos fermentados flotaba cada tarde en el patio, sobre la fuente de los peces. El. chiquillo moreno que recogía a diario la basura cruzaba sobre el mármol con los pies calzados de alpargatas de esparto, daba las buenas tardes, penetraba en el lavadero a través de la cortina de palitos de mimbre ensartados, articulados, pintados de colores, haciendo entrechocar las varillas con mínimos chasquidos. Al momento surgía de nuevo con el cubo de zinc rebosante de desperdicios coronados de cortezas de sandía o melón, pellas de tripas cuajadas de pipas amarillas, despidiendo una repugnante mezcla de olores a cabezas de pescado y a frutas avinagradas que tardaba un buen rato en desvanecerse. Yo lo veía pasar acomodada en la jamuga de cuero o en la mecedora, balanceándome adelante y atrás, y advertía sus ojos brillantes y su frente noble, sus piernas recias y su sonrisa blanca. La cortina de mimbres, estremecida por un momento, quedaba pronto inmóvil. El niño se dirigía al zaguán calladamente, corría el picaporte con tiento y por fin la cancela se cerraba tras él con un crujido. Entonces yo me tapaba las narices.

En el armario grande del segundo piso guardaba la abuela trajes de fiesta con aire de charlestón: chorreras de abalorios transparentes, brillantes cristales ensartados en hilos invisibles formando grecas, gráciles estalactitas sobre la seda natural rosa, que habían pertenecido a mi madre y a mis tías, y terciopelos labrados, gasas impalpables sembradas de flores de tul. Subiendo un tramo más de la escalera estrecha, la azotea con puerta metálica, hueca, donde se refugiaban las avispas. La pila maciza, las cuerdas tendidas de parte

a parte, pinzas prendidas. Debajo sobre el patio el toldo de lona azul con bandas blancas formando cuadriláteros, argollas corredizas y cuerdas tirantes que se sujetaban abajo, recogidas en haz, atadas a una alcayata en la pared sobre el zócalo. A ciertas horas chirriaban las poleas, se descorría el toldo, se plegaba en bolsas paralelas, ascendía el aroma del jazmín, se divisaban desde arriba la fuente en el centro, los pequeños peces rojos zigzagueantes, bisbiseo del agua a través del surtidor o de las ranas verdes, suave canto continuo. El trazo curvado de las cuatro mecedoras en los cuatro ángulos, las diminutas macetas de cactus en los poyetes de las ventanas, el caldero de cobre con la palmera fénix, los geranios en la galería, las hojas aterciopeladas de las begonias y el escarlata de los ramos de fucsias.

***

Estabas hablando por teléfono con un viejo amigo tuyo, pasaba yo al lado y pude entreoír alguna frase y adivinar que comentabais "Mi idolatrado hijo Sissí", la novela reciente del hijo de tu amigo. Ahora considerando tantos años como han pasado, y tantos tristes sucesos, me duele el alma recordando y me propongo no recordar; pero hay algo que me impulsa como una obsesión, como si un viejo diario amarillento se me ofreciera ante los ojos sin posibilidad de poderlos cerrar, de poder apartar a un lado las páginas amarillas, y dormir y reposar indefinidamente. Me veo forzada a rememorar como si una maldición se cerniera sobre mí, y por encima de esta confusión os distingo a ti y a tus ancianos amigos que son también los míos, tan apacibles como tú con su carga de años, con su carga de siglos sobre las sienes, sucediéndose poco a poco en su paso hacia la eternidad. Dejando aquí no mucho más que un ligero aroma a alas desplegadas, y su sabiduría prendida a jirones en cada rincón. Surcan mi memoria con un sedoso roce de paloma, dejando en mi frente la huella fresca de una bendición póstuma. Acariciando mis párpados como quien duerme a un niño con fiebre, y procura borrar de su pequeña mente la huella de una horrorosa pesadilla. Todo el horizonte se cubre con sus sombras transparentes, se vuelve cristal a través de sus sonrisas; ya no tienen arrugas, resplandecen como tú mismo resplandecerás quizás ahora, acompañándolos ya por los mundos de los mundos. Pero aquí se os tocaba, se os palpaba, se os sentía, se os olía, se escuchaba vuestra voz empañada, sin modulación apenas y cansina de tanto enseñar, de dar, de darse siempre. Se notaban vuestros pasos, vuestras respiraciones débiles, vuestros ojos ya sin color y los endebles latidos de vuestros corazones. Vuelve a mí la imagen de aquella anciana en su tiendecilla bajo el amplio soportal sustentado por recios pilares

berroqueños, arrebujada tras el reducido mostrador de madera, a la sombra del gran reloj que desde el escaparate trasnochado anunciaba la relojería, el grueso péndulo de bronce contando los latidos de la ciudad, sobreviviendo a tantos latidos, cobijando a su dueña tras su sombra precisa y monótona. Los ojos de ella se animaban al verme traspasar el umbral, la nieta de su amigo de siempre. "¿Cómo está él? Hace tiempo que no lo veo". Y eso que tú también traspasabas el umbral alguna vez, haciendo brillar sus ojos con chispas de añoranzas. "¿Cómo estás?" "Ya ves, así vamos". Tú me habías mostrado la vieja fotografía de estudio que reprodujeron los periódicos, ella con gorra de visera, amplio pantalón-falda o falda-pantalón, desafiando comentarios maliciosos sobre las llantas de goma maciza, como un muchacho más en aquellos postreros años del siglo, cuando nada se permitía a una mujer sino manejar el bastidor o estropear melodías al piano: El lago de Como, La oración de una virgen, Para Elisa, y como mucho cursar la carrera de magisterio. Cursis primorosas, ella pionera de una sana emancipación, descorría la vieja cortina de sus recuerdos que tu visita provocaba. Tantos años pasados sobre los dos, el estudiante magro y cetrino, ojos profundos y frente a abierta, y la muchacha no-frágil, no-pálida, ignorando valientemente el asombro escandalizado de sus conciudadanas, pedaleando caminos terrosos, en aquellos años en que los inviernos eran tan fríos que los chupiteles transparentes pendían de continuo de las ramas desnudas de los árboles. Así conocisteis todo lo viejo y lo nuevo, con mente inquieta y espíritu joven; y un día el péndulo dorado contó el último de los latidos del pequeño-gran corazón, que se llevó consigo tantos recuerdos.

***

LA COSTA

HABÍA QUE IR A RECOGER EL AGUA A LA FUENTE ESCONDIDA ENTRE matojos bajo la carretera. Se traía en cántaros, y se colocaba después en dos tinajas en la cocina. La carretera serpenteaba estrecha, retorcida, flanqueada de malecones blancos. No teníamos luz, nadie tenía luz eléctrica en toda la costa, desde Torremolinos a Fuengirola, pasando por la barriada de Los Boliches y las cuatro casas pescadoras de Carvajal. Las pocas ventas junto a la ruta desierta (La Costa Azul, El Caballo Blanco), así como los míseros puestos de vigilancia de la Guardia Civil que apostados en los promontorios, junto las arruinadas atalayas morunas, olían a sudor recocido, a pies que fermentaban bajo las botas y a macho solitario, se alumbraban

como nosotros con quinqués de petróleo o faroles de petromax. Desde Málaga a Torremolinos podían contarse con los dedos las edificaciones importantes, entre el antiguo campo de golf, el vivero forestal, el campamento Benítez, la fábrica de ladrillos o el cuartel de la Guardia Civil. Solamente pequeñas casas de una sola planta, medio sumergidas entre plantaciones de caña de azúcar, o salpicadas más allá sobre el terreno pizarroso y estéril, rodeadas de higueras retorcidas entre las que se daban los brotes de palmito. Y el pueblo de pescadores, alargándose desde la Carihuela hasta la calle única de san Miguel que moría en la plaza sobre la carretera, con el bar Central como único lugar de esparcimiento para los pocos malagueños atrevidos que, pasaban allí la tarde del domingo, y que a falta de vehículo propio se habían trasladado en los derrengados autobuses de la empresa Portillo, o en el tren sucio, renqueante, de cercanías. Entre las casas de pescadores, algunos chalets con torrecilla coronada de tejas verdes, y dominando la plaza y el pueblo una casa grande cercada de altas tapias, por donde sobresalían los penachos de las palmeras y el cárdeno rutilante de las buganvillas. Luego la costa inhóspita, curvas continuas y cerradas bordeando el solitario hotel de Santa Ana, el pastiche colorado del castillo del Bil-Bil (William el padre, William el hijo, caprichosos constructores de la minúscula fortaleza moruna, florida, descubridores maravillados de la costa, con cuarenta años de anticipación sobra sus coterráneos) dominando el festón luminoso de las calas escondidas, en cuyas puntas desafían al tiempo la Torre Quebrada, Torremuelle y Torreblanca, herencia de dominadores antiguos. Pasada la colonia de la Verdad, curvas despobladas, vertientes estériles, cardizales amarillos, pizarras grises y abajo el azul turquesa del mar, algún chafarrinón de espuma y el horizonte desdibujado bajo un cielo blanquecino de tanta luz. Comprábamos la leche recién ordeñada en casa de Callejón, el dueño de las cuatro vacas, y la transportábamos, amarilla y todavía caliente, en vasijas de zinc; andábamos la carretera despejada a paso tranquilo. En la Costa Azul nos servían una cerveza Victoria, también caliente, desde el cuartelillo de Torremuelle nos saludaba la pareja agitando la mano, y tras la curva más intrincada y retorcida nos hallábamos por fin ante la casa de nombre y estilo francés, alicatada de horrendos azulejos amarillos y verdes, a un paso del viejo puente.

En la noche sin ruidos el lamer incesante del agua. el resbalar fosforescente de. las ondas sobre la arena. la luna arrancando reflejos plateados da la superficie rizada, o las estrellas titilando sobre el fondo negro. Apenas algún punto brillante a lo lejos, sobre la costa, quizás alguna fogata de

marengos en la playa de Carvajal, más allá del tenebroso Tajo de la Soga. Hacia el limite de la bahía el pequeño reguero de luces de Fuengirola, casi imperceptible, rematado por el brillo intermitente del faro de Calaburras. Muy de vez en cuando, los focos lejanos de un vehículo que traspasaba la punta iluminada se aproximaban lentamente, desapareciendo a veces tras una loma, surgiendo después más cercanos para volver a perderse, y deslumbrando por fin al coronar la curva.

En las noches oscuras sin luna, por encima del mar brillaban las luces deslumbrantes de las trahiñas que atraían al pescado menudo con el reclamo de sus faroles, inundando la superficie extensa con un halo blanquecino. Desde mi ventana las veía maniobrar a lo lejos, a través de las rejas y de las hojas recias de las buganvillas, sentía el zumbar de sus motores; hasta que enrollando la mecha del quinqué, con los ojos doloridos de la poca luz, notando ya el ahogo nocturno abandonaba a Scaramouche o a doña Leonor de Acevedo e intentaba dormir. A lo lejos lucía el guiño blanco, recto, vigilante, del faro de Calaburras.

Si la atmósfera interior se me hacía insoportable, salía al campo. Mirando hacia el cielo, echada en el césped lo veía tan cerca, tan encima. Y de pronto tan lejos, tan arriba, huía, se escapaba, desgarrando. En noches de tormenta los rayos rasgaban sin cesar el horizonte sobre el mar, zigzagueaban en hilillos nerviosos. Eran chispas sin ruido, lejanas, como venillas iluminadas, continuas. No había que temer, se nos decía: las chispas buscan el agua. Había tormentas secas que electrizaban el ambiente, pero a veces blandamente comenzaba a llover, luego la lluvia arreciaba, zumbaban los cristales bajo los goterones gruesos, y los pequeños nos dormíamos inrnersos en aquel murmullo. Por la mañana el mar amanecía radiante, el sol espléndido, y la tierra rezumaba aromas y humedad.

***

Isabel decía: "Hay que matar a esta gata, habría que matar a esta gata. Está tiñosa, se le caen los pelos a corros". Estaba flaca y medio rabiosa, pero cuando estorba un gato adulto y tiñoso no hay forma de deshacerse de él. "Creo que hay un bombero que recoge a los gatos". "Había, pero ya no hay". "¿Y la sociedad protectora de animales?" "Uf, para qué quiere la sociedad protectora de animales una miseria de gato". No es asunto fácil. Yo había visto matar a un gato y no es un espectáculo bello: le habían echado fósforo dentro de unas sardinas para que se muriera, y se las había comido, pero no se murió con el fósforo y estaba estirado al sol con convulsiones. "Pobre gato, hay que

acabar con él, que no sufra más". Y el gato estremeciéndose y pateando al aire, pateando casi sin fuerzas. "No hay más remedio que acabar con este gato, es una obra de caridad. Lo mejor sería una escopeta de perdigones, pero quién tiene una escopeta". Y el gato retorciéndose tumbado patas arriba al sol. "¿No hay nadie que mate al gato?" "Bueno, yo mataré al gato -dijo uno. -No me gusta, pero lo mataré". Un palo en mitad de la cabeza, un aullido más fuerte del gato, y nada: ahora se retorcía con más fuerza. Zás, otro palo, y el gato se hacia un ovillo y seguía aullando. Zás, se estiraba, zás, se le había saltado la tapa de los sesos. "Me pongo enfermo". Pero seguía retorciéndose. Zás, zás, los ojos fuera de las órbitas como dos bolas gordas, y seguía estremeciéndose. Zás, la boca abierta y los dientecillos agudos, y en la lengüita sangre. Zás, zás. Por fin se estiró del todo y se quedó quieto, largo, panza arriba. Vino el basurero y se lo llevó en el carrito. Por eso cualquiera mataba a la Patas, tiñosa y todo. Menos mal que la Patas nos evitó el trabajo y el disgusto y fue a morirse sola no se sabe dónde, porque no volvió a aparecer por la casa. Sabe Dios si en algún desván, o al fondo de la carbonera, a través de las alambreras agujereadas.

Qué nulidad fui siempre para la práctica o el disfrute de la poesía pura. Y qué horrible aquel certamen literario entre alumnos de bachillerato para el cual me seleccionaron en el colegio de las Dominicas Francesas, confinándome en un aula durante días y días. Yo sudando tinta y devanándome los sesos, tratando de salir del paso. Apuntaban los capullos en el jardín de las monjas tras el alto ventanal, y yo padecía dentro rodeada de libros que me hablaban de la vida y milagros de san Isidoro de Sevilla, de las abejas que libaban en su boca desde la cuna, de su santa madre y toda la colección de sus santos hermanos, y de todas sus sabidurías. Luego, influida por las lecciones recientes de tu Historia de la Literatura me empollé los versos de Gonzalo de Berceo, qué idea; aconsonantando rimas rellené huecos, y tras destacar hechos de su vida y su época ultimé aquel engendro en tetrástrofos monorrimos que me costó sangre. Bien es verdad que para sacarme del atolladero me completaste dos huecos que no había forma de rellenar, con dos palabras que remataron el poema, por llamarlo de alguna forma. Me agencié después un seudopergamino con olor a química, y trasladé a él las estrofas escritas a mano en letra gótica, decorándolas con miniaturas en acuarela y en purpurina dorada. Las miniaturas no me salieron mal, y en el aula magna de la Universidad, entre señores graves medio dormidos y un público paciente, dimos a conocer los concursantes nuestras composiciones respectivas. Para

mayor escarnio, alguien propaló el rumor de que aquello me lo había escrito mi abuelo. Por otra parte, es bien cierto que nunca leí nada tuyo ni me interesé en absoluto por tu labor erudita, si se exceptúan tus libros de texto que me había aprendido en forma aceptable, aunque saltándome bastante de la letra pequeña. Me bastaba con saber la opinión general sobre ti, que me enorgullecía, y presencié la representación de una obra tuya en el teatro de Zorrilla, desde una platea, mientras que a mi hermano en la misma platea le brotaba el sarampión, se puso todo colorado y hubo que trasladarlo a casa con urgencia. Pero me apasionaba devorar las obras de Zorrilla, con unos argumentos tan bonitos y encuadernadas en piel color corinto; a fuerza de leerlas terminaba por hablar en verso, pero hacía caso omiso de tus anotaciones al pie. Ignoro qué pensarías de esta actitud tan poco respetuosa, aunque no creo que le dieras mayor importancia; pero yo admiraba de verdad tu estilo llano y sin afectación, a la vez magistral y transparente, y aunque consideraba tus versos demasiado académicos, reconocía en ellos el equilibrio de lo clásico. Escribías a mano, con tu estilográfica negra que se deslizaba suavemente sobre las cuartillas, cargada de tinta azul-negra. Tu máquina de escribir, aquella antigualla de museo no se utilizaba apenas, con su carro saltarín, cubierta por la funda de tazado hule, que pasaba desapercibida en un rincón de la biblioteca donde yo buscaba en vano alguna novela amena entre los miles de libros amarillentos. Y me había de conformar con las colecciones de revistas encuadernadas en gruesos volúmenes: Nuevo Mundo, Blanco y Negro, desde sus primeros números ilustrados con grabados modernistas muy fin de siglo, y grecas con motivos vegetales rodeando las páginas de vástagos retorcidos. Todo entre cuentos de Pérez Zúñiga y versos festivos de Vital Aza, o bellas láminas en colores de Méndez Bringa que me entretenía en recortar en mi cuarto sin que tú lo advirtieras. Hojeabas siempre los catálogos de raros y curiosos que te enviaban de las librerías de viejo, y me mostrabas algunos de ellos en los estantes. "Cuando yo me muera -decías-, os darán tanto y cuánto por éste y por aquél". A mí me dolía que hablaras así, y recuerdo que te sugerí que hicieras donación de tu biblioteca. Tú sonreíste, porque en ti germinaba ya la misma idea. Otras veces sonreías también, como cuando yo utilizaba palabras o modismos que usábamos en Andalucía, y me asegurabas que aquello estaba bien dicho, y eran cosas que en Castilla se habían ido perdiendo con el tiempo.

***

-YA ESTÁ -IRRUMPE LA ABIJELA EN EL PEQUEÑO DESPACHO-. No

le deis más vueltas, la cosa es así.

Sus hijos, sus yernos la miran con asombro.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque lo sé -contesta-. Esa es la solución.

Esa es la solución. Ellos no pueden menos de reconocerlo, después de laboriosas operaciones matemáticas. La cosa es así.

Con su letra infantil garabatea, une o separa caprichosamente las palabras, confunde uves y bes, ignora las haches. Sobre la mesa de la cocina, encima del mármol ha esparcido un montón de judías, o de garbanzos, y agrupa. separa, recuenta.

-Ya está -dice-. Es así.

El hecho no puede sorprenderlos porque no es nuevo. Ella tiene una extraña lucidez para resolver estos problemas prácticos. Como la tiene para prever los movimientos de la bolsa, las variaciones del precio del ganado y del campo. Como la ha tenido siempre para invertir en fincas y acciones, para multiplicar la hacienda familiar.

Contaba las tierras por fanegas, el dinero por duros, el aceite por arrobas, las telas por varas y las distancias por leguas. La abuela nunca vestía de claro, siempre de negro, y con el manto de gasa finísima las pocas veces que salía a la calle, tomando la acera hacia la iglesia de la Merced.

La abuela usa dientes postizos que se quita por la noche metiéndolos en un vaso con agua, cuando ya nadie la ve. Ella cuida mucho su aspecto y se empolva la cara con unos polvos claros y fragantes. Usa colonia fresca, y a su paso se esparce un suave perfume a jabón de olor.

Es más bien alta y de buen porte, y muy blanca. Lleva el cabello recogido en la nuca, un cabello blanquísimo, que permite entrever entre guedejas la piel nacarada.

Antes llevaba siempre el aderezo de brillantes que el abuelo Manuel le regaló: dos brillantes en las dos orejas, que desparramaban a su alrededor una cascada luminosa de puntos vívidos, multicolores; tres más en el broche con que se cierra el escote del vestido, y otro grueso en el dedo, como un garbanzo rutilante.

Todas las mañanas llega a casa la peinadora y ya está preparada en el cuarto de baño la sillita baja, donde se sienta la abuela con un manojo de horquillas en la mano. La peinadora es joven, risueña, y trae siempre los últimos cotilleos y noticias, que la abuela escucha sonriente mientras le va alargando las horquillas una por una.

-¿Le gusta así, doña María? -le marca las ondas, voltea la plateada madeja de pelo y la coloca con pericia sobre la nuca.

-Sí hija, está muy bien.

El cabello azulea, y es porque la abuela cuando lo lava se lo aclara después con añil de la ropa.

***

No tenía más que atravesar la calle, y sobre la mesa de aquel comedor hallaba siempre un centro con gruesas nueces, naranjas y manzanas. Todo en aquella casa olía a manzana reineta, o a manzana golden o verdedoncella. Manzanas coloradas, tersas unas, moteadas y mollares otras, cada una con un punto de aroma diferente. Y es porque arriba, en el pequeño sobrado de la casa de doña Consuelo, se almacenaban las que se recogían todos los años en su finca, ordenadas en baldas de madera, muy juntas unas a otras, pero sin llegar a tocarse. Y las que no cabían en las baldas colocadas en el suelo, también juntas, pero sin tocarse, en una escala de matices desde el verde brillante al carmesí, y un batiburrillo de aromas que mareaba. Yo comía en casa de doña Consuelo siempre que quería. Solamente tenía que avisar de antemano si quería comer coliflor rebozada que era mi plato favorito, y Tránsito, que era la Isa de aquella casa y su contertulia en la frutería de la Masi, me la preparaba dorada y jugosa. Nunca he vuelto a ver unos cajones tan bien ordenados como aquellos: todos los objetos menudos metidos en bolsas de hilo crudo que se ataban con cintas de colores, y para los papeles carpetas de todos los tamaños decoradas con recortes de revistas extranjeras. Revistas inglesas, francesas y alemanas llenas de anuncios vistosos y de jardines estilo inglés, tipo House & Garden, donde los niños eran guapos, rubios y sonrosados, las mamás esbeltas y los papás fumaban en pipa, y con unos retratos de recetas de cocina que se salían del mundo. Era doña Consuelo la que organizaba todos los años la función a beneficio de los niños tuberculosos, como aquella vez en que yo tomé parte cantando una linda canción vasca, coreada por el Ochote del colegio mayor de Santa Cruz. Imponía aquel gran teatro atiborrado de gente, desde el patio de butacas hasta el paraíso. Gracias a que las luces me deslumbraban, y no distinguía más que un enorme hueco ante mí, y me sentía además protegida por aquel muro de voces masculinas a mi espalda. Luego, por la noche, fueron a rondarme a casa sin avisarme de antemano. Hubiera estado bueno que les hubieras volcado encima la jarra del agua, y según me dijiste a la mañana siguiente, habías estado a punto de hacerlo. Sí que hubiera estado bueno, ellos con sus capas

y sus cintas de colorines, sus medias negras, sus instrumentos y sus hermosas voces. No sabían que en el dormitorio que daba a la calle no dormía yo, sino tú; se plantaron bajo el balcón de tu cuarto a dar la serenata y a entonar la Virgen Guadalupana, yo ni me enteré siquiera y en cambio a ti te desvelaron para toda la noche.

Aquella radio de galena que me fabriqué con una caja de puros y un frasco de cristal con alambres enrollados, y un receptor de galena que compré junto con los auriculares. No sonaba tan bien como la otra pero hacía su avío; y daba gusto en la cama caliente escuchar el Zorro Zorrito para mayores y pequeñitos, y la melodía misteriosa de Cabalgata Fin de Semana. Y sobre todo era como si te burlara a ti, pared con pared y sin enterarte de nada. No me electrocuté de milagro, cuando puse una de las antenas al enchufe de la luz y la otra al radiador de la calefacción. Vaya un resplandor, y vaya un sobresalto que me llevé, y que me dejó tiritando. Por eso la segunda antena la ponía a la pata de la cama niquelada, y al tocar las barras suavemente con la punta de los dedos sentía como si se me quedasen un poquito pegados, por un curioso temblorcillo. En la madrugada me despertaba un ligero pitido, y los auriculares clavándoseme en las orejas.

***

LA COSTA

SE REFORMÓ LA CASA, SE LE PUSO CHIMENEA Y UN ARCO BLANCO en el salón, con poyetes de ladrillos. Había huecos bajo las ventanas, donde colocábamos las novelas del Coyote y las de Rafael Sabatini, revueltos antifaces y “colts” con lances de capa y espada, devorados en largas vigilias bajo las luces vacilantes, las humeantes llamas de dos quinqués de hojalata pintada de verde que apoyábamos sobre el alféizar.

Mi padre había separado escombros, allanado bancales. en la linde plantó pinos y cupresos, en el jardín sembró matas de grandes heliantos blancos y amarillos, de geranios y de alhelíes. En medio floreció el pacífico y se cuajó de enormes flores rojas; se podaron las dos palmeras gemelas, achaparradas, abrumadas de ramaje, y pronto empezaron a elevar sus penachos. Se trazaron senderos, se regaron después de piedrecitas blancas, se colocaron losas de pizarra en las explanadas y se tallaron escalones en la ladera que bajaba hasta el mar. Repararon la martirizada alberca que desde el punto más alto dominaba la finca, y reconstruyeron en la playa el pozo de agua salobre, levantando junto al arroyo la pequeña caseta para protegerlo. Se protegían con

cañizo los planteles de eucaliptos para que no se los comieran las cabras. Aún así las cabras arrancaban las cañas y se los comían. Los geranios rosados fueron cubriendo las laderas pizarrosas, y entre ellos se espesaba la mancha verde de las uñas de gato. En los bancales sembraron matas de tomate y cacahuetes entre las higueras. En verano los higos se extendían sobre esteras al sol, hasta que se secaban y se metían prensados en seretes de esparto.

Se había librado la fachada de los horribles azulejos encalándola de blanco, y se habían protegido las ventanas con rejas andaluzas donde se enredaban las buganvillas moradas, con sus ramas llenas de pinchos.

Vimos nacer cada rincón, cada mata, cada flor, despuntar cada arbusto. Cada semana descubríamos un nuevo macizo florido o un racimo de dátiles en la verde axila de una de las dos palmeras. Y en la madrugada trascendía el aroma dulzón de la dama de noche, abrumaba la cúpula infinita del cielo como un toldo agujereado sobre un fondo de luz: agujeros titilantes, fijos o huidizos, en medio del silencio roto sólo por el murmullo del mar.

***

Una hilera de bustos contra la pared: Séneca en primer plano, y junto a él una teoría de graves personajes y alguna matrona con la noble cabeza velada de polvillo gris. Ojos hueros, narices rectas, prominentes o rotas, y flanqueando a la mórbida venus el fauno y el discóbolo tras el niño de la oca o el de la espina. Todos ciegos, blancos todos, cubiertos de polvo. Todos rodeándonos estáticos en un ambiente saturado de brillantes corpúsculos, que hiere el sol a través de las altas ventanas. En el estudio de dibujo unos cuantos caballetes, alguna silla escueta y una mesa pequeña, trapos aquí y allá embadurnados de color, y en un ángulo de la gran pieza el soporte metálico con la jofaina y el jarro de porcelana, una pastilla de jabón y una toalla blanca. Por espacio de un año habíamos dibujado a la venus, al fauno y al discóbolo, al niño de la oca y al niño de la espina, a Séneca y a las dignas matronas. Desde distintos puntos de vista, sobre el papel tostado prendido con chinchetas al caballete, con carboncillos finos o corcovados, una tiza y una goma de borrar. "Dibujen un eje con un trazo ligero. Otros trazos cortos situando la parte superior de la cabeza, la barbilla y los puntos principales de la figura. Y con el brazo extendido hacia adelante calculen las proporciones. Después, entornando la vista aprecien el contraste entre luces y sombras". Para terminar toques de goma y tiza, y antes de desprender el dibujo fijarlo soplando a través del tubito acodado, esparciendo sobre él el liquido amarillento con olor a alcohol. Cuando todas las figuras de yeso habían sido trasladadas al papel de

frente, en escorzo y de espalda, empezamos con el óleo. Al principio modelos fáciles, telas de distintos gruesos y texturas, agrupadas formando pliegues duros o ternes. Telas brillantes, rayadas, aterciopeladas, sedosas, confundidas como en un barroco escaparate pueblerino. Eficaces composiciones, aptas para instruir en las diversas calidades, pero atroces como conjunto estético. Más adelante objetos de plata, cobre o cristal, apiñados sin orden sobre el terciopelo: un clavel, una rosa o un abanico de concha y lentejuelas, o una botella y una manzana, o lo que fuera, con tal de acrecentar gradualmente las dificultades técnicas, antes de pasar al retrato. Cada cual con su forma peculiar de interpretar el modelo, quién con matices suaves y descoloridos, quién reproduciéndolos fielmente, respetando dibujo y tonalidad, quién despreciando la forma, inventando el color o viéndolo donde otros no la veían. El profesor prefería a éstos, aunque no lo dijera, e infundía vida mientras tanto a sus coros de ángeles, en los proyectos para vidrieras que pendían de la pared en largos rollos. Vírgenes extáticas, apóstoles barbudos, o grupos de mártires que ostentaban las facciones de alumnos, bedeles o estudiantes que posaban para él. Alguna vez se entreabría tímidamente la puerta que comunicaba con el claustro del instituto, y asomaba la cabeza un chaval curioso, sorprendido al vernos con las vueludas batas llenas de chafarrinones. O a través de ella se deslizaba algún pequeño visitante habitual, más aficionado a las bellas artes que a los logaritmos, que se habría escabullido de clase para brujulear en el estudio.

Tras de las manzanas y los trapos pasamos con el tiempo a los ramos de flores. "Disuelvan en el agua una aspirina, así durarán más". Y aún así se ponían mustias antes de estar terminadas. Qué excitante aroma el del aguarrás, siempre oliendo a aguarrás las manos y toda la ropa, y hasta el pelo; huellas de pintura en los lugares más impensados. Toda la mañana pintando, y toda la tarde deseando el día siguiente para seguir. "Limpien bien los pinceles con agua y jabón". "Hasta mañana". "Aquellos tonos, más calientes". No hubiera hecho otra cosa durante toda mi vida; hubiera sido una de esas raras que ni siquiera se peinan y que huelen mal, que tienen la casa y todo abandonado. Quizá fue mejor así. En cambio, aquella compañera que se fue a Madrid a estudiar en la escuela de Bellas Artes de san Fernando, una nulidad completa pero hija sola, claro está, y cuando salió de la escuela hacia retratos bastante aceptables. "La técnica lo consigue todo". "No todo, pero sí mucho. Sin técnica no hay manera, ya no volveré a coger un pincel en mi vida". "¿Por qué no pintas ya?" "Porque no quiero". Pero antes gané el concurso de pintores

noveles donde me premiaban con un gran estuche o su importe en dinero. Yo opté por el dinero, con él compré muchas más pinturas de las que contenía el estuche, y copié tu retrato pintado por García Lesmes, y el del bisabuelo vestido con la toga y la muceta, con un birrete de flecos amarillos sobre la mesa. Y en el pecho la medalla de rector y no sé qué otras condecoraciones, con las puñetas de encaje, y un palillero en la mano en actitud de escribir sobre una hoja en blanco, con la vista fija hacia delante. Qué pésimo el original, la copia quedó mejorada. "¿Por qué no pintas?" "Porque no quiero". Las pinturas en una caja de hojalata, los pinceles ya sin color, y aquello se acabó para los restos.

Lo siento mucho, siento haber sido del montón, y no una número uno que era a lo que te tenían acostumbrado. Pero no sabes la alegría que me da pensar que te he hecho reír con ganas algunas veces, aunque otras te hayan dado ganas de estrellarme. Por cierto, que no supimos por fin qué había sido de aquel librito antiguo de versos, pese a que revolviste la biblioteca en su busca. Pero a alguien debió gustarle tanto como a mí y a Fernando Séptimo, y se lo llevó. Tú me habías contado su historia, cómo su autor fue un preso de la cárcel de Barcelona, cómo la obra había llegado a manos del rey, y cómo el rey le había perdonado la condena, tanta gracia le hizo. Era pequeño y amarillento, con los cantos ásperamente cortados. Empezaba con una ilustración, representando a un hombre agachado en actitud de cumplir con un imperativo ineludible de la naturaleza. Y al pie: "De los gustos sin pecar, el mejor es el cagar". Y tenía un prólogo: "No las damas, no amor, no gentileza de caballeros canto enamorados. Pulso en mi lira más tranquila cuerda: canto al dulce cagar, canto a la mierda". Y ya dentro del texto: "El cagar no tiene igual. ¡Oh, quién pudiera tener cien culos para cagar, y cien veces disfrutar en una tanto placer!". O también aquella composición en octavas reales: "¿Hubieran en el mundo resonado de Colón o Cortés heroicidades, ni el Cid, ni el duque de Alba celebrados, si cuando hacían sus necesidades un sistema cular mal ordenado les opusiera mil dificultades, y de obstrucciones al maligno influjo hubieran muerto jóvenes de un pujo?". No hubo manera de encontrar el libro, que además de ser gracioso estaba en el catálogo de raros y curiosos. Tú también te lo reías, al igual que Fernando Séptimo, y por eso te disgustó que desapareciera de la biblioteca. Se llamaba la Mierdépolis o los perfumes de Barcelona, y terminaba diciendo: "Que en Barcelona sabe hasta el más bolo que es mejor pan y mierda que pan solo".

***

"Que no se entere el abuelo", y abríamos los balcones de par en par. "All right". Levantábamos a tope las ventanas de guillotina de la galería, para que tú no olieras el humo del tabaco cuando fumaba mi profesora en el salón azul. Era donde dábamos la clase de inglés, porque aunque cada verano seguían intentando mi aclimatación a las costas húmedas del sur, cada año volvían a fallar los intentos. Y allá por el mes de septiembre las lluvias castellanas me recibían con esa tozudez con que desbaratan todos los años las ferias castellanas, y deslucen los bailes y las casetas. Volvía yo siempre más delgada a acogerme al amparo de tu casa, y de todo aquello que desde mi niñez se me había hecho familiar. Me recibían de nuevo los gruesos muros con su carga de panzudo adobe revocado y las viejas escaleras al viejo jardín, escaleras de ladrillo viejo cubiertas de enredaderas velo-de-novia, cuyas florecillas menudas al desprenderse formaban una blanda alfombra. Macizos bordeados de boj que cuida el jardinero una vez por semana, macizos de rosales con pulgones verdes apretados entre las hojas y las espinas. Y los árboles de adorno, el lilo cuajado de racimos azulados, el pequeño guindo de guiñamelojo con sus frutas ácidas, el singular abrigo del porche bajo la galería, y el balcón del comedor donde se enredaban los zarcillos de la parra colmada de racimos dorados. Y en la calle mis conocidos de siempre, la florista con su tienda de flores de trapo, las porteras y las chicas de la frutería. En ellos me aferraba a realidades sórdidas y vivas, a simples realidades que me enlazaban con la normalidad sana enmedio de sus afanes diarios, bebiendo en su hablar llano la existencia en carne viva desprovista de todo fingimiento. Sinceridad sangrante encarando los más terribles temas de la vida sin misterios ni tapujos intelectuales; sinceridad marcada a fuego en mi conciencia. Cada año valorando en más la vida y la salud, y diciendo al Señor: "Aquí me tienes, haré lo que Tú quieras, lo que quieras. Esta vida que tengo es un regalo, y este aire que respiro y que me penetra completamente, vivificándome, este vigor, y el sentirme como todo el mundo. Todo esto que tengo es un regalo, podría no tenerlo, muchos no lo tienen y no puede malgastarse en balde. Tendré que aprovechar hasta el último minuto, sacar el jugo a la vida, a la salud, hasta el máximo. Utilizar las facultades hasta el cien por cien hasta caer rendida si es necesario, el hecho de vivir es de por sí la mejor recompensa. Actividad, actividad como remedio de todos los males, del dolor, de la miseria. Arriba la mente, como un tente-en-pie, que tendremos que rendir cuentas más que por lo que hicimos mal, por lo que dejamos de hacer. Y es divertido y apasionante, más que el cine y el teatro, más que cualquier otra cosa. Aunque a veces haya que sollozar, haya

que lanzar alaridos de puro cansancio, mientras podamos ver la luz del sol". "All right", abríamos los balcones de par en par y levantábamos a tope las ventanas de guillotina, para que tú no olieras el humo del tabaco cuando fumaba mi profesora en el salón azul, que era donde dábamos la clase de inglés. Poníamos a veces el gramófono, con aquellos discos de tangos que no sé cómo demonios habían llegado allí, y a golpes de manubrio escuchábamos lo de la "flaca fané y descangallada, y esta noche meemborrachobien, memamobienmamao, pa-no-pen-sar."

***

Sobre la chapa del cielo aparecen nuevos puntos luminosos, se acercan, crecen y de repente deslumbran los faros blancos. Al tocar la pista, de nuevo el estruendo. Un automóvil abajo como una mariquita roja, y un empleado con mono verde es un brillante saltamontes. El cielo es azul pálido a occidente, azul intenso a oriente, los autocares como ortigas rígidas de luz, una furgoneta arrastra tres, cuatro plataformas, tengo un frío insoportable...

Dentro de las cristaleras sobre la gran terraza-atalaya, las luces se multiplican en los cristales empañados con marcas de dedos. Un calor reconfortante me penetra ahora. Del piso de abajo asciende la voz monótona de los altavoces-pájaro, con su jerga ininteligible en castellano y en lengua extranjera. Desde aquí los rugidos suenan más apagados, los pitidos más soportables. Hacia occidente la ciudad se extiende en lo que alcanza la vista y hacia oriente el azul-negro del cielo se confunde con el negro-azul de las colinas claveteadas de luces. Los ruidosos monstruos siguen surcando las pistas con sus ojos luminosos, pitando y rugiendo entre las hileras de un violeta fantasmagórico. Luces grandes, amarillas, otras en fila, rojas; a oriente pequeñas, alejadas, esparcidas. Un resplandor blanquecino rodea el aeropuerto, más acá de las brillantes hileras violeta... Más allá el cielo cada vez más azul-negro, las colinas suaves cada vez más negro-azules, sembradas de puntos luminosos.

***

Soñó con un libro hermoso, bien encuadernado. Tenía un nombre impreso en la cubierta, un nombre que se desvanecía al intentar leerlo, encima de muchos macizos de FLORES apretadas, frescas, y entre todas las FLORES la escritura se esfumaba bajo la mirada. Sólo quedaban las FLORES allí, apretadas en los jardines. Y un hálito de bendición entro las FLORES, que colmaba y hacía feliz. Al despertar, su corazón estaba gozoso y rebosaba de

paz.

Pero si te has muerto a lo mejor estás aquí ahora mismo mirándome, ¿qué trabajo te cuesta? Ninguno.

Ramalazos blancos sobre fondo verde, ramalazos verdes sobre fondo negro, intrincado laberinto verdinegro. El sol, sobre el estanque deslumbra de tal forma que todo lo demás desaparece. Así, cuando el Señor habla a los suyos, el resto de las cosas carece de importancia.

Tú nunca llegaste a saberlo, y me alegro de que se te evitara aquel disgusto: tus revistas encuadernadas sufren en silencio las mutilaciones que yo les hice.

***

Me lo contaste tú mismo, quizá en más de una ocasión. Me contaste los humildes principios de tu padre, huérfano desde muy niño. Había ingresado en el seminario donde estudió durante unos años latín, teología, filosofía. Dejó luego los estudios eclesiásticos y por carecer de medios se vio obligado a desempeñar trabajos diversos: trabajó de mozo en una platería, donde barría y hacía la limpieza; después en distintos oficios, hasta que logró terminar la carrera de medicina.

La Finca fue el resultado de sus esfuerzos; en ella había empleado todas las ganancias que obtuvo en el ejercicio de su profesión. Llegó a ser un médico eminente, catedrático, y rector de la Universidad en las épocas en que se lo permitía la preeminencia de sus correligionarios políticos. Fue de una gran rectitud, e incluso tachado de inflexible a causa de la disciplina que durante su rectorado mantenía. Entre los pacientes de su consulta se contaba don José Zorrilla, al parecer no excesivamente escrupuloso en el pago de sus honorarios; por lo que era frecuente que el escritor saliera del paso con el envío de un par de gallinas o una fotografía dedicada, que tú conservabas y me mostraste alguna vez, rememorando la imagen viva que del poeta conservabas.

Tu padre había nacido en la provincia de Burgos. Allí adquirió sus posesiones, que fue engrosando más y más con rebaños, viviendas para los pastores, grandes extensiones de trigales y viñedos, y una hermosa huerta regada por el río. Hizo levantar tenadas, y una serie de edificaciones que rodeaban la amplia plazoleta. En la casa grande y blanca adosada al cauce, y en cuyos bajos se molía la harina, escribió libros clínicos donde al mismo tiempo volcaba sus conocimientos profundos de la Filosofía.

Por tener de todo, la Finca había tenido en tiempos un pastor poeta:

"¿Qué es aquello que reluce encima de aquel andamio?
Es el hijo del Cholita con el señor Anatalio..."

Me contabas todo aquello con una voz sosegada, un tono calmo que nunca te abandonaba. Rememorabas los versos rústicos con una especie de alegre nostalgia:

"Debe ser un biciclista, o al menos las pruebas dello.
Lleva atadas las perneras; debe haber ganado un premio".

Y con cierta picaresca complicidad, me recitabas la estrofa que una vez habías sorprendido estampada en la pared, en el urinario de la estación de ferrocarril cercana a la Finca. Yo me reía mucho, nos reíamos los dos, pasábamos ratos pacíficos y agradables con estos relatos y estos recuerdos. Atrás quedaban pastores, caramillos, palomares; y más atrás quedaban, perdidos, los ecos del pastor poeta.

***

Traidor cegar del relámpago, rotundo tableteo del trueno y el golpear del cable-pararrayos sobre la blancura desconchada del muro, para hundirse en el espejo punteado del cauce. Plomos amontonados sobre los cielos amplios, y el violento golpear de la lluvia en los cristales enharinados. Sábanas blancas sobre las camas, cestos de frutas en el comedor, el pan sin encetar y las escaleras empinadas, el gran salón con alcobas italianas, y la cocina de la Finca, barbotando siempre. Fuera la llanura ribeteada de colinas chatas, con la culebra acerada del río y la flecha del cauce, la piña de casas encaladas y los restos de casas derruidas: esqueletos de tenadas antiguas, viviendas humildes de pastores frente a la cascajera enmorrillada que forma el río, filas de sauces que habrán de talar. Cesa luego la tempestad, el trigo se vuelve amarillo, las abejas zumbando y el río que serpentea y saltiquea sobre la cascajera. Las últimas gotas chapotean en los surcos de la huerta, diamantes pálidos sobre las ciruelas a medio madurar, estrellas entre el rumor verde de la peralera. En la casa del molinero grandes baldosas, semihundidos grandes tejados; la floresta envuelve, bisbisea, acaricia. Y el cinturón de la carretera, cinturón gris-verde, el árbol corcovado junto a la era y el camino. Un aliento ha reunido la amplia extensión dorada, la piña de blancos, verdes y dorados. Escalones pegados al muro, zumbido tenaz, continuo, de blanco polvillo de harina que penetra, se huele hasta los tuétanos. Caras enharinadas, la

trampilla sobre la esclusa, lecho de pecina, puré maloliente y negruzco donde los pies se hunden. Y la fuente, la fuente umbría, acurrucada, no de cristal, de hielo. "¿Cuántos eran los reteles? ¿dos, tres? ¿picaron?" "Sí". El cebo bajo la corriente, pobre cangrejo glotón, cuánto cangrejo: grises ahora, luego rojizos tras un hervor. Río profundo, destellos de agua de cristal, yeso en punta de flecha incrustado en la arena, entre insectos multicolores, yeso en laminillas tornasoladas. Lánguidos besos luminosos sobre el espejo, rumor, claqueteo en el río. El canasto verde de frutas semimaduras, y el espeso moral envejecido, nosotros como gatos por entre las ramas, sangrientos estallidos goteando sobre el tejado de los hortelanos, sobre el puentecillo y sobre el sendero. Después en la fuente, "arroyo claró, fuente serená, quién me lavó el pañuelo, saber quisierá". Sobre las mojadas piedras redondas, las gallinas y los niños con velas de mocos. "Vamos, Aurines, vamos Natilla, vamos, Marcelinín", el de las piernas torneadas. Tú por los caminos, como una sombra gris aparecías o desaparecías con un halo eterno y ausente: chaqueta de verano, aspecto pensativo. Ya no hay truchas, han talado los árboles, ya no hay nada. Él lo hizo como tú me dijiste, pequeño huérfano barriendo la platería y estudiando, pequeño seminarista estudiando y trabajando, trabajando y dudando, dudando y creyendo, creyendo y amando, amando y modelando, modelando y triunfando, procreando y muriendo. Tierra propia conquistada, amasada, regada; y él volvía y volvía a sus pastores, sus tenadas, sus rebaños, su molino, sus frutales, sus hijos entre los frutales, tú entre los frutales, sus libros, sus casas encaladas, su gloria y tu gloria. Y el pararrayos con su cable, tableteo de vida y de muerte y no-olvido. Y luego tus hijos y los hijos de tus hijos, yo también entre los frutales y temblando entre la tormenta, sobre las sábanas blancas y ante el pan sin encetar, polvillo blanco de harina reciente.

***

Porque todos los años, invariablemente, al acercarse las vacaciones de verano la familia iniciaba los preparativos para marchar a la Finca. Era de rigor pasar los veranos en la Finca, aunque en una época lejana se hicieran planes para veranear en Portugal: "Esta vez iremos a Portugal", adelantabas tú, pero el curso expiraba, se disponía el petate general y salíais todos hacia la Finca. A las tías les quedaba un regustillo amargo, y pensaban: "Otro año será".

Cuando la conocí, la Finca era ya una sombra de lo que había sido. Pero todavía un lugar delicioso, donde no faltaba nada para que la chiquillería se sintiera feliz: grandes extensiones de trigo amarillo punteado de amapolas, y el cauce profundo y recto, junto al viejo molino de harina que todavía trabajaba

entonces. En la era se levantaban nubes de oro, mientras gran parte de la vida estival giraba alrededor del río, el Arlanzón manso, pleno, que lamía las orillas pobladas de juncos tras haber bañado la ciudad del Cid. En él se reflejaban los álamos y se bañaban los niños, entre riberas sombreadas y frescas. La masa verdeoscura del agua transcurría formando remolinos suaves, volcándose después sobre las piedras gruesas de la cascajera.

Aquella plazoleta soleada, rodeada de casas de adobe y ladrillo; la gran casa con fachada a la plaza y trasera al cauce, y en cuyos bajos ronroneaba de continuo el molino, esparciéndose por los alrededores un polvillo blanco y tenue de harina. Un enjambre de niños curtidos por el sol y el aire libre correteaba siempre junto a las casas, o a la orilla del río, o en la peralera, extensión plantada de toda clase de árboles frutales: guindos, manzanos, ciruelos, perales, diversas variedades dentro de cada especie.

La huerta ordenada y húmeda, y un mulo con los ojos tapados dando vueltas cansinas en torno a la noria. Los canjilones iguales, rebosando agua para el riego. Y el arroyo hundido entre la vegetación, cobijando entre las piedras de su fondo un sinnúmero de cangrejos. Había también una fuente.

Más arriba se hallaba la compuerta del cauce sobre un lecho de pecina blanduzca y maloliente. Enfrente el moral centenario, masa verde cargada de frutos, en una armonía de colores, desde el pálido de las moras verdes al negro espeso de las maduras. Los chiquillos trepaban por entre las ramas aplastando la fruta entre las piernas, chorreando líquido oscuro por los cuatro costados:

"Dicen que ya no me quieres. No me da pena maldita, que la mancha de una mora con otra verde se quita".

Pasabas como una sombra con tu chaqueta fresca y un fino bastón, y harías versos, seguramente, meditarías durante largas horas paseando los senderos o pescando truchas en el río, haciéndote visible al fondo de un camino, sonriendo al pasar y diciendo unas palabras amables. Alcanzarías después la casa, remontando pausadamente los peldaños desgastados, te acogerías a la penumbra del pequeño despacho junto a la sala con alcoba italiana que tenía un balcón sobre la era. Allí leerías quizá, corregirías pruebas de imprenta, terminarías algún libro.

Mientras, yo me enfrascaba por enésima vez en las viejas novelas de Dumas: La torre de Nesle, Catalina Howard; o cascaba los almendrucos verdes con una piedra, en algún escalón.

***

Marcelinín tenía raquitismo, Marcelinín no comía, a pesar de que su madre se despepitaba administrándole cucharadas de Glefina Lasa para que se le abriera el apetito. Marcelinín era hijo de uno de los molineros, del señor Marcelino, tenía las piernas combadas y los ojos salientes.

Los juegos: el escondite entre las antiguas tenadas derruídas, donde en tiempos se recogían las ovejas; o en las antiguas casas de pastores, cerca del río. Atracones de ciruelas y manzanas verdes todavía, de perucos como piedras y de moras gruesas y dulcísimas, o carreras en torno al palomar cilíndrico entre los trigos, hundirse en la vegetación húmeda de la ribera arrancando de la tierra los trozos refulgentes, tornasolados, del yeso cristalizado en flecha, separando una a una las laminillas frágiles, masticándolas hasta convertirlas en polvo suave. Y acechar en el arroyo los reteles, entre las zarzas y los álamos, retirándolos después repletos de animalillos verduscos que rebullían y se prendían unos de otros.

El corro en la plazoleta, junto al columpio pendiente del árbol, y el juego encadenado de los disparates: éste me pregunta... y éste me contesta, buscando siempre un resultado anómalo, grotesco: "Éste me pregunta para qué sirven las hojas de la lechuga, éste me contesta que para limpiarse el culo". El murciélago clavado en el árbol, abiertas sus alas en cruz, y fumando el cigarro que le introducían en la boca unas manos crueles. Saltar el arroyo junto a la compuerta del cauce, resbalándose y hundiéndose en la pecina y poniéndose perdidos calzados y piernas.

"Aliguí aliguí, con la mano no con la boca sí", o el juego de las prendas: "Antón pirulero, cada cual que atienda su juego", o las larguísimas letanías de cantinelas que todos los chicos coreaban:

"Por el vino perdí los pelos, y me llaman la despelada, la despelona, ay de mí, por el vino me veo así."

"Por el vino perdí la frente y me llaman la desfrentada, la despelada, la despelona, ay de mí, por el vino me veo así".

Y hasta los pies, recorriendo toda la anatomía para desesperación de las tías.

En el pueblo se hacía la compra: carnes, zapatillas, sombreros de paja, todo en la misma tienda. Y el "fresco" una vez por semana, cuando lo traía el pescadero en el tren. Los domingos en la iglesia las mozas cantaban la misa de Angelis con sus voces destempladas y lozanas, sin más acompañamiento. Volvía a la Finca la bandada de bicicletas por la carretera sombreada, luego por el camino polvoriento hollado por las ruedas de los carros, hasta llegar a

la plazoleta donde tiraba cada cual por su lado.

Por la tarde los jóvenes acudían al baile en el salón del pueblo, donde a los mozos les sudaban las manos y las mozas se protegían con pañuelos del sudor y la suciedad de su pareja. Todo al son de la pianola o del "picú", la última adquisición de los organizadores.

El día de la fiesta se personaba en la Finca un grupo de mocetones con instrumentos rudimentarios. Llegaban bajo los balcones y allí se plantaban:

-¡Que viva don Fulano, que viva! -voceaba el más destacado.

-¡Que viva, que viva, que viva! -coreaban todos los demás.

-¡Que viva la señora Zutanita, que viva!

-¡Que viva, que viva, que viva! -Así, casa por casa iban nombrando y vitoreando a todos, empezando por el más viejo y acabando por el más niño. Repetían la ceremonia ante las viviendas de los hortelanos y de los molineros, y en cada una finalizaba con el convite costeado por el amo de la casa, hasta que los mozos no tenían fuerzas para vocear ni para dar serenatas. Más tarde se organizaba el baile en la plazoleta; por la noche, en casa de la señora Paula se obsequiaba con un vino clarete espumoso y dulce, con pastas para los mayores, y para los chiquillos pirulís puntiagudos envueltos en papel celofán.

Algunas madrugadas me despertaba la tormenta con su bramar de truenos, y de cuando en cuando un rayo alcanzaba el pararrayos adosado a la casa, hacía golpear el cable contra el muro exterior con un horrísono tableteo, perdiéndose después en las aguas del cauce.

***

Es bien cierto que causas triviales dan lugar a graves efectos, y así es posible que una existencia como la tuya se vea truncada desde sus más profundos cimientos por un hecho tan intrascendente y nimio como la carrera de un muchacho al salir del colegio, frescos quizá todavía en su memoria los párrafos de tu Preceptiva. Irónica crueldad del destino. Por ello, cuando regresé a casa por la tarde, hallé vacío tu puesto ante la mesa camilla, y a Isabel consternada. "¿Qué pasa, pero qué es lo que ha pasado?" "¡Dios mío!" Tras la puerta de tu dormitorio la cama alta de nogal rematada de piñas talladas, y tú sobre la cama. No recuerdo el color de la luz que se deslizaba desde el balcón a través de los visillos moteados, ni recuerdo la estación del año en que aquello sucedió, aunque deduzco que fría, puesto que tu sangre había empapado las solapas de tu abrigo azul marino. Palanganas de sangre y agua, y nunca se terminaba de enjugar la sangre de las solapas, siempre el agua de la palangana seguía siendo rosada. Tampoco recuerdo la hora en que

te vi desvanecido, aunque pienso que podrían ser las cinco o las seis de la tarde, ya que había dado tiempo a que te practicaran la cura de urgencia en la farmacia cercana al casino, con tu pleno conocimiento. Ya que fue al llegar a casa cuando te desvaneciste, según me dijeron, puesto que yo no presencié tu llegada, y que cuando te vi yacías sobre la cama de nogal rematada de piñas talladas, no recuerdo si nimbado de luz dorada o si la luz era gris de acero y nieve. Pero tengo presente tu rostro como si lo viera ahora mismo, porque tu semblante venerable se había convertido en una horrible máscara. "Es inconcebible, Dios, Dios, pero, ¿qué ha sucedido?" Isabel muda de espanto, encogida, más arrugada y mucho más vieja en el espacio de una hora, los ojillos redondos de estupor, sus ojos sin creer todavía. A pesar de que aún entonces no sospechábamos la trascendencia de aquella sangre derramada, de aquellos tonos cárdenos que prestaban un aspecto espantoso a tu cara, de aquella hinchazón terrible que se extendía paulatinamente, tu ropa abandonada sobre la silla, junto a la mesa de noche. "¿Lo saben ya las tías?" Una de ellas lo sabía ya, y te había desnudado, te había echado sobre la cama y cubierto con la sábana de hilo, las mantas de lana y la colcha de damasco rojo. Luego se había aplicado a limpiar la sangre de las solapas de tu abrigo, aquello sí que lo presencié. Parece mentira que la sangre de un anciano tiña tanto. Y digo que serían las cinco o las seis de la tarde, porque primero estuviste en el casino como cada día, y luego aquel terrible encontronazo, y por tu pie te fuiste a la farmacia, aunque hubo quien te sostenía, porque tu magra humanidad se tambaleaba, según me dijeron después. Porque yo no lo vi, ni sé quién te acompañó hasta casa y lo contó todo, ni sé si a casa llegarías también por tu propio pie, porque descansabas ya desfigurado sobre la cama de nogal rematada de piñas, cubierto por la colcha de damasco rojo como tu propia sangre, y tú ya no pudiste contarlo. Fue el golpe de la frente joven contra la frente anciana. "Qué chicos, no miran por dónde van, ni contra quién". Parece que lo hubieras barruntado: "Estos muchachos me dan miedo, van alocados". Parece que hubieras temido aquel final, y eso que seguiste viviendo, pero ya nunca fue lo mismo de antes: tu asiento en el casino, ya vacío de ti para siempre. "Pero, ¿cómo ha podido suceder? ¿dónde ha sido? ¿cómo?" Venía corriendo en dirección a ti, dijeron, y el choque fue brutal, dijeron, "Fue por su propio pie a la farmacia, donde le hicieron la primera cura". Tú ya no decías nada, tus ojos abiertos o quizá cerrados, no lo sé, ni hubiera podido saberse con aquella hinchazón amoratada que los mantenía sumergidos bajo el brutal hematoma. Ignoro qué médico te

visitó después, ni sé si antes de yo llegar o después, pero tu cara no la olvidaré, ni tampoco que quedaban residuos de sangre seca por entre el bigote recortado, bajo el bulto informe en que se había convertido tu noble nariz. Y que la hinchazón se extendía hasta por encima de las cejas hirsutas. Ninguno de nosotros pudimos imaginar entonces las consecuencias del golpe aquél, pues pensábamos: "Sanará, le llevará tiempo, pero se pondrá bien". Y no sabíamos que el abrigo azul marino no se volvería a usar. Para qué tanto limpiar y aclarar, enjugar y retirar palanganas de agua rosada. ¿No sabes que ese abrigo no se utilizará? Pero quién podía suponerlo entonces, ni que aquello era el principio no del fin, sino de algo mucho peor. Si la tumefacción cedía poco a poco, y las moraduras cambiaban de color, verdosas primero y progresivamente amarillentas, hasta recobrar la piel su atezado tono primitivo. Pero tú continuabas postrado y con extrañas molestias imprecisas, y empezaste a observarte, y allí comenzó tu calvario y el de los que nos hallábamos junto a ti. No sobrevino de repente ni fue un mal claro, sino solapado y a traición, que embarullaba a las médicos: una mezcla de mal físico e intelectual que te obligaba a volver y revolver sobre ti mismo. Y luego aquellos vértigos, la habitación girando a tu alrededor según decías tú, tan activo siempre, y amarrado de la noche a la mañana al análisis agotador de tus propias sensaciones. "Deberías salir a la calle, distraerte". "No sabes lo que dices, no puedo. Los ruidos me producen una impresión desagradable que no soporto". Pero aun entonces no sospechábamos lo largo del terrible camino que te quedaba por recorrer, la dantesca cadena de sufrimientos que te aprisionarían en adelante. "Dos o tres meses que no pisas la calle". "No puedo, la cabeza me suena a hueco, estos extraños ruidos". Y ya sufrías al afeitarte, el rasgar de la navaja sobre la mejilla despertaba intolerables ecos en tus oídos. "Que vengan a afeitarme, yo no puedo". "Hay que decir al barbero que venga a afeitarlo a diario". Tu aspecto había cambiado, tus ojos se habían hundido sobre las ojeras oscuras y te habías encorvado, como vencido por un gran peso. El barbero te contaba mil cosas, tú las oías con aire ausente y apenas contestabas con monosílabos, ocupado en sombríos y distantes pensamientos.

***

ALEF:
La mujer fuerte, ¿quién la hallará?
Vale mucho más que las perlas.

BET:

En ella confía el corazón de su marido
y no tiene nunca falta de nada.

GUÍMEL
Dále siempre gusto, nunca disgustos,
todo el tiempo de su vida.

DÁLET:
Ella se procura lana y lino
hace las labores con sus manos.

HE:
Es como nave de mercader,
que desde lejos trae su pan.

VAU:
Todavía de noche se levanta
y prepara a su familia la comida
y la tarea a los criados.

ZAÍN:
Ve un campo y lo compra
y con el fruto de sus manos planta una viña.

JET:
Se ciñe de fortaleza
y esfuerza sus brazos

TET:
Ve alegre que su tráfico va bien

y ni de noche apaga su lámpara.

YOD:
Coge la rueca en sus manos
y hace bailar al huso.

CAF:
Tiende su mano al miserable
y alarga la mano al menesteroso.

LÁMED:
No teme su familia el frío de la nieve,
porque todos en su casa tienen vestidos dobles.

MEM:
Ella se hace tapices
y sus vestidos son de lino y púrpura.

NUN:
Celebrado es en las puertas su marido
cuando se sienta entre los ancianos del lugar.

SÁMEC:
Hace una hermosa tela y la vende,
y vende al mercader un ceñidor.

AYIN:
Se reviste de fortaleza y de gracia
y sonríe ante el porvenir.

PE:
La sabiduría abre su boca,
y en su lengua está la ley de la bondad.

TSADE:
Vigila a toda su familia
y no come su pan de baldo.

QOF:
Álzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada,
y su marido la ensalza.

RES:
Muchas hijas han hecho proezas,
pero tú a todas sobrepasas.

SIN:
Engañosa es la gracia, fugaz la belleza;
la mujer que teme a Dios, esa es de alabar.

TAU:
Dadle los frutos del trabajo de sus manos
y alábanla sus hechos en las puertas.

(Cantar de los Cantares)

-Abuela, ¿por qué, cuando me voy nunca me escribes?

-Me da fatiga que tu abuelo lea mis cartas -y añade, disculpándose: -Es que yo nunca fui a la escuela.

***

Dejé luego de verte por una temporada durante las vacaciones de verano, y a mi vuelta te hallé considerablemente más abatido, encerrado en un alucinante círculo vicioso. Se te hacían radiografías, se hablaba de tumor y se atribuían tus molestias a la esclerosis, y aunque hubiera sido normal que a tu edad padecieras de esclerosis, hasta entonces no se te había planteado ningún problema al respecto. Todo aquel cuadro tan súbito e inesperado. "No sale nunca, no se le ve ni va al casino", y los comentarios y las cábalas: "Tan sólo hace meses que escribía y salía al casino, y al cine todas las tardes". Un temeroso silencio se tejía a tu alrededor, y si en alguna rara ocasión consentías en salir a la calle querías enseguida volver, a lo que contribuía el que algunos conocidos se detuvieran contigo ignorando la crisis que atravesabas, y tu dificultad para prestar atención, lo que lejos de levantar tu espíritu lo sumía más y más en su angustia. Huías entonces de todo contacto, y te encerrabas de nuevo en tu abstracción. Te alimentabas apenas con repugnancia, y te autoobservabas analizando continuamente tus propios pensamientos y

sensaciones, aislándote cada vez en límites más estrechos, por más que quienes convivíamos contigo nos esforzáramos inútilmente en infundirte ánimos. Habías dejado de recibir visitas, no te sentías con fuerzas para mantener un diálogo, y tu propio aislamiento acrecentaba tu angustia que se nutría de tu inacción. "Procura escribir algo". "No sabes lo que dices, no me puedo concentrar, no podéis imaginar el estado de mis pensamientos, la inutilidad de cualquier esfuerzo. Si aún pudiera leer, distraerme leyendo. Pero no puedo, con esta sensación de oquedad en la cabeza". Y te hundías en un abismo atormentado sin esperanza, navegando en un marasmo oscuro de ideas negras donde se entremezclaban recuerdos muy remotos que empezaste a resucitar entonces, y que te ocupaban las horas y los días, ajeno al presente. Ya comenzabas por entonces a no poder conciliar el sueño por la noche, y se te prescribieron somníferos, que a cambio de unas horas de pesado letargo contribuían a fomentar la confusión de tus ideas, sumergiéndote en una continua somnolencia. Yo te observaba continuamente, tratando de hallar la fórmula mágica que te librara del sufrimiento; y me correspondías a veces con una mirada de gratitud desde el fondo de tu congoja, que parecía iba a ser eterna. Aún no conozco el nombre que darán los médicos al mal que te poseyó durante años enteros, estrujando tu sensibilidad, machacando tu cuerpo y retorciendo tu espíritu, aniquilando tu humano orgullo, reduciéndote a un algo tembloroso e indefenso. Y desconozco también la misteriosa fuerza por la cual tu mente flotaba en este mar de angustias sin llegar a hundirse, tu mente lúcida sobreviviendo a tan aguda tortura. Tenías profundas ojeras amoratadas y el cuerpo más y más consumido, y durante el día una sombra de sopor te nublaba los ojos, y por la noche temores repentinos te atenazaban, terrores súbitos, y violentas luchas interiores en aquellas terribles noches de vigilia, en las que ni calmantes ni somníferos lograban conjurar la avalancha desbocada de tus pensamientos. Recuerdos poderosos que te asaltaban traduciéndose en palabras entrecortadas y hasta gemidas, toda tu vida proyectándose en tu memoria como una dolorosa cinta que volviera y volviera a su cita nocturna. Yo en mi cuarto cercano al tuyo, tapándome furiosamente los oídos por no sorprender tu soliloquio, hundiendo la cabeza bajo la almohada por no conocer tus secretos. Hasta que me dormía, y tú seguías padeciendo día tras día, durante un mes y otro, y así durante aquellos eternos años. Increíble capacidad de resistencia la del cuerpo humano, y atroz firmeza la de ciertas mentes. Y no era tu más flaco temor el de no poder soportar tanto tormento y perder la razón, con lo que se te sumaba una nueva congoja. Sin apetecer en absoluto la

comida y ni siquiera la luz del día, condenado a tus cavilaciones al pie de la mesa camilla sobre la que componíamos unos interminables solitarios ante tu mirada aparentemente abstraída y ajena, aunque de tiempo en tiempo corregías con aire ausente algún error nuestro. Aquellos crucigramas complicados que ya sabíamos de memoria, por más que yo recorriera todos los kioscos de la ciudad tratando de hallar algunos nuevos. De no ser así apelábamos al enrevesado damero maldito de la Codorniz, obligándote de esta forma a emerger de tu aislamiento, y con rara lucidez descifrar un problema difícil, para volver enseguida a tu anterior indiferencia. Eran impotentes nuestros esfuerzos por arrancarte de aquel estado de abatimiento y ansiedad, aliviar tu afectividad más y más lacerada, temiendo siempre la cercanía de la dolorosa velada. Aceptabas sumiso toda clase de medicación, tú siempre tan reacio a ellas, te doblegabas a las indicaciones de la monja que te acompañaba por las noches y la seguías en sus rezos cuando te lo pedía, agradeciendo a diario sus cuidados, aunque no pudieras disimular tu complacencia ante la llegada de aquélla más paciente, alegre o inteligente; sin abandonar por ningún motivo aquel cuidadoso pudor, ni tampoco tu pulcritud extrema, con lo que nunca se hizo repugnante tu cuidado. Yo te inyectaba los medicamentos que te prescribían, y me afectaba aquella delgadez tuya y la dureza de tu epidermis momificada, tan difícil de punzar si no era con un pinchazo seco y enérgico. Así como la mínima cobertura en que se habían convertido tus músculos, ya de por siempre flacos, y el riesgo de que se partiera la aguja o te alcanzara en el hueso.

***

REENCONTRABA YO CADA VERANO EL TRAJÍN DE LA ABUELA, SU IR y venir entre la cocina y la despensa o el lavadero, su actividad constante: la veía regar macetas, dar vueltas al manubrio de la máquina de coser, atenta a su labor. Y entrar en el oratorio, estirar los manteles del altar y arrodíllarse junto a la luz temblorosa y roja de la lamparilla.

Se esponjaban las plantas en los tiestos, retoñaban las begonias y los filodendros, las fucsias y los jacintos. La palmera fénix criaba hijos dentro de su macetón. Y la esparraguera se enredaba cada vez más en las cadenillas doradas, los cactus se llenaban de brotes pinchudos, y alguna rara vez se adornaban de una flor extraña de colores insólitos y nauseabundo olor. Y el jazmín rebasaba el tejadillo del Cristo del Gran Poder, se cuarteaban las paredes del patio a fuerza de manos de cal.

“Barquillos de canela, son de canela, sondecanela...” El pregón sigue

abriendo el paseo todas las tardes, en el cálido verano rondeño. Hay que ducharse, quitarse los rulos, lápiz de labios imperceptible, que luego en la calle va cobrando intensidad. "¿Te planchaste el vestido azul? Dáselo a Herminia, que te lo planche". "No, yo lo plancharé". El azul palidece al paso del calor, adquiere matices sonrosados, se enfría después y vuelve a su tono primitivo. Blanco en los zapatos, tacones incipientes, "toma dinero", la abuela escarbando en el bolsillo pequeño de su vestido de seda negra.

Luego calle de la Bola arriba y abajo, abajo y arriba, calle de san Carlos hasta salir a la Alameda. Ya no jugamos entro los macizos, ni nos colamos por entre las calvas que se abren en la hojarasca; no nos hacemos polvo las rodillas contra la arena, tratamos con mimo las medias de cristal para que no se nos hagan carreras en ellas. Y nos sentamos junto al templete de la música, soñamos junto a la pileta donde siguen nadando unos cuantos peces rojos, o pedimos novelas de amor en el kiosco que ostenta la oronda denominación de "Biblioteca". Y el árbol grande en la plazoleta cobija nuestros ensueños bajo sus ramas que son como radios de una enorme sombrilla.

Desde allí hasta la gran terraza suspendida, asomarse, ver siempre el mismo paisaje recreado, volver arriba para volver abajo, para contemplar una tarde tras otra la fantástica caída del sol sobre las montañas, sobre el horizonte lejano.

Por la mañana en la feria de ganado, las parejas habían cabalgado entre lotes de vacas lucidas y caballos brillantes; el brazo femenino abarcaba suavemente el tallo recio del varón, la mano izquierda palpando la manta áspera o la grupa sudosa de la montura, sujetándose a la baticola. Marchando al paso o al trote ligero, la mujer con el cabello recogido hacia atrás sintiendo la tirantez del moño bajo, la punzada de las horquillas y de los peines, la caricia de los largos zarcillos en el cuello, el tintineo de las pulseras en la muñeca, los collares enredándose entre los flecos del mantoncillo de seda. Y los caracoles del pelo sobre la frente como pequeñas lapas duras e inmóviles. Delante unas espaldas vigorosas, un cuello fuerte y tostado sobre el borde blanquísimo de la camisa. Y de pronto una pirueta, un ligero resbalar, un esfuerzo por recuperar la posición perdida, sujetándose con fuerza a la cintura del compañero.

Por la noche en la caseta las mejillas encendidas, miradas profundas entre el repiqueteo de las castañuelas, la manzanilla dorada que se sube a la cabeza; burbujas chispeantes entre piropos dichos quedamente, de muy cerca, casi dichos con el aliento. Y en el amanecer el humo picante de los churros,

entre roces electrizantes y risas sin contener.

***

Hasta que llegó un año, o un mes, o un día, en que tu alma percibió en su fondo el resplandor de una pequeña luz vacilante. Aquella luz difusa prendió en el abismo de tu oscuridad, y en él arraigó, y esparció otras pequeñas luces que se fundieron entre sí, en la profundidad de tu espíritu, y de aquel rescoldo emergió un tibio fulgor que te alumbró sin fuerza. Tú reparaste en su pobre calor y tus manos trémulas fueron apenas capaces de avivarlo, pero su impulso trascendió hasta tus ojos agostados, y quizá una primera lágrima dulce se cuajó en ellos. Y pudiste llorar entonces, y tu llanto atizó las brasas mortecinas que crepitaron en el fondo. Tú te sentirías entonces resurgir de la pesadilla, miraste viendo tras de las tinieblas y notaste que tu vida aún formaba parte de las otras vidas, que aún refulgía arriba la luz del sol, y que aún la tierra giraba y la vida germinaba a tu alrededor, sin que por tanto tiempo lo hubieras advertido. Deseaste entonces aprisionar una brizna de luz y viste a tus lados las manos tendidas, que la sangre calentaba aún, y que no habías perdido irremediablemente la sonrisa. Que aún tu frente podría gozar del frescor reconfortante de la almohada, y que el amanecer rasgaría las tinieblas. Escuchaste como un atisbo de esperanza el trinar mañanero de algún pájaro, mezclado con el perfume de la primavera; descubriste entonces aquella paz, aquella terrible paz reservada a los elegidos, como un anticipo de la otra vida que muy raras veces trasciende hasta este siglo, y que rezuma por los ojos como un halo. Los que estábamos contigo nos apercibimos apenas de su presencia en un principio, luego se nos fue haciendo más y más palpable, hasta que un año, o un mes, o un día (Dios lo sabe), pasaste de nuevo a formar parte de la familia humana que alternativamente goza y sufre: y poco a poco, por la gracia de un Dios compasivo fueron desapareciendo tus temores, y te fue invadiendo como una robusta marea aquella arrolladora dulzura que no te abandonaría ya nunca. Tu mente recobraba su perdido aplomo y retornabas casi imperceptiblemente a la vida, redescubriendo el mundo a tu alrededor, reanudando alguno de tus antiguos hábitos, desde aquel día o desde aquel año, o desde aquel momento. Porque así como el comienzo de la enfermedad de tu espíritu había sido repentino y brutal, su retroceso en cambio fue tan gradual y lento que los que vimos aterrados su acoso no advertíamos luego su paulatina desaparición. Y aunque el desgaste natural que producen el sufrimiento y el paso de los años había mermado en parte tus facultades físicas, quisiste ver de nuevo las calles soleadas y contemplar con

tus débiles fuerzas el juego de los niños en la plaza. Por fin sonreíste a los amigos que se detenían en cada tramo y en cada esquina, contentos de hallarte después de tan largo retiro; volviste a tu casa tranquilo del brazo de tus hijas, y hasta quisiste conocer las novedades de tu ciudad, y acoger a tus amistades de nuevo, amparado en la penumbra dorada de tu gran despacho.

***

ALTO, RUBIO Y BLANCO COMO UN INGLÉS, OJOS AZULES FINAMENTE ribeteados de rojo y comisuras enmarcadas por surcos profundos (dos surcos a ambos lados de la boca) Sócrates Manuel, su hijo mayor, había sido un ser extraño e introvertido, quizá le venía de las palizas de los frailes (Si hay que pegarle le pegan, había dicho su padre, y le pegaron), quizá desde que en la facultad de Medicina le pasaban lista por Sócrates Manuel, (risitas), quizá desde que volviendo sano y salvo de la guerra, capitán médico con piojos en las costuras y ejemplares de la Ametralladora en la maleta, un taxi lo atropelló al bajar del tranvía y ya nunca más sintió que su pierna funcionara bien, quizá desde que se enamoró tardíamente de una bellísima mujer, se casó y a los ocho meses ella murió después de casi ocho meses de enfermedad mortal, o desde que guardó las joyas de su mujer en un cajón de la mesa del despacho tallado con cabezas de guerreros, miraba a solas las joyas junto a la sala de rayos donde él mismo se diagnosticó su enfermedad mortal (la suya propia), quizá desde que, según algunos, hablara con el espíritu de su bellísima mujer, o desde que perdió a su madre, la abuela, la que preparaba los churritos con el café a los enfermos que llegaban del pueblecito montados en sus caballerías, a los enfermos a quienes además de no cobrar se les invitaba a café con tejeringos, “rueas”de tejeringos dorados, en espiral, inflados, reventados en agujeros, huecos, crujientes, a los hombrecillos cenceños con mascotilla negro-parda y a las mujeres negro-pardas con pañuelo negro-pardo a la cabeza y grueso bocio tembloroso como buche de paloma. A ver si me traduces La Nausée, me dijo un día. ¿La nausée, la náusea? Su autor, un joven escritor de moda en Francia, caudillo de una nueva ideología de postguerra (Saint-Germain-des-Prés, jóvenes pálidas con gruesos jerseys, cabellos lacios) cinco páginas, diez, demasiado complicado, ya está bien. En las vitrinas del despacho junto a Sartre obras de teología, de filosofía, religiones diversas; Séneca, san Agustín, Vida de Jesús, El Korán; novelas de moda, Lola Espejo Oscuro. Libros de espiritismo por un jesuita, ectoplasma. Método de Rorscharch, con láminas manchadas en colores pálidos, simétricos, otros negros, violentos; alas de mariposa, cuerpos de murciélago, agujeros

profundos como simas, helados de fresa. Sesiones de Rorscharch hasta la madrugada, unos entretenidos, yo como hipnotizada, venciendo todos al sueño mientras la abuela moría poco a poco en su dolorosa agonía de meses. Sus carnes abiertas, pútridas, con olor insoportable a pesar de los lavados, de las curas diarias que nunca presencié. ¡Pobre abuela! En la cama donde me había enseñado el Credo, la Salve y el Señor Mío Jesucristo, drogada ya, atormentada por los dolores y por los cuidados. ¿Le habéis traído churros a la niña? No te preocupes, abuela. Los churros, le gustan para desayunar. Y que esta niña no salga sola por la noche. Murió un veintiséis de junio, día de santa Ana, durante las vacaciones de verano. Yo dormía en el cuarto contiguo al suyo, al otro lado de la puerta de cristales esmerilados, el "verdó" decorado con flores sobre la mesilla de noche. Ha muerto la abuela. me despertó mi madre a las nueve de la mañana, estaba muerta al otro lado de la puerta de cristales esmerilados. Creo que no la vi, y me alegro. Enseguida la casa se llenó de gente, gente por todos lados: en el zaguán, en el despachito, en la sala grande junto al oratorio, en el oratorio, en el patio de la fuente, en la cocina, en los corredores y en los dormitorios de la planta alta habla gente, y hasta en la despensa junto a la tinaja de las aceitunas. La costurera protestante me probó los vestidos de luto, llorándola. Me compré medias negras de nilón en casa de Anita la Tronchaíta, la que tenía la cabeza doblada para un lado, la que vendía perfumes de París y bombones ingleses rellenos de crema, y frascos de mermelada sólida, transparente, con rajitas de corteza de naranja, que la abuela había comprado tantas veces para mí. Cuántas veces soñé luego, durante años, que ella no había muerto, como si la realidad fuese la pesadilla y el sueño la realidad, y ella volvía a meterme los billetes nuevos en el cajón de la ropa interior, que no los vea tu madre, a vestirme de gitana, a sacarme con una cuchara las guindas en aguardiente del frasco grande, guardado en la alacena bajo las escaleras con zócalo de azulejo sevillano. En realidad creo que no murió del todo, que vive en la aspiración que siempre he tenido de parecerme a ella alguna vez. Luego hubo que vaciar sus cajones, sus rebujos, los materiales para las flores de trapo, los carretes de colores para coser a máquina, vieja máquina de coser con manubrio, con canilla en forma de lanzadera; revistas de labores Mani di Fata con patrones y dibujos plegados, tiras bordadas. Todo aquello se les dio a las monjitas del asilo que eran sus amigas, con las que ella había proyectado pasar su vejez si hubiera llegado a vieja, para no dar quehacer a los hijos. Fueron llegando los colonos que antes trajeran cestos llenos de peros y de quesos de cabra a firmar los contratos con

los hijos, que con la madre nunca necesitaron contratos ni firmas.

Sócrates Manuel, su hijo mayor, se había quedado delgado, doblado, más taciturno y más triste que nunca -un andaluz triste es lo más triste que hay-. Desde entonces empezó a caer y no levantó cabeza. No sólo una madre, he perdido más que una madre. Tenía ojeras y cada vez fumaba más deprisa, encendía un cigarrillo con otro, rascaba con un mondadientes la nicotina de la boquilla de ámbar con la que imantara en tiempos pequeños papelitos cortados, y se hacía más cafés en la maquinilla, qué calentito y qué malo está este café, y se bebía más copas de coñac, más botellas de coñac, se acostaba más tarde y se levantaba más tarde, hasta que él mismo se miró en la pantalla de rayos X reflejado en un espejo y se diagnosticó sin lugar a duda: un mes, dos meses, es igual. Cuando murió había olvidado a Séneca, a Sartre, a Mahoma, y sólo se acordaba de Jesucristo crucificado entre los ladrones, y sólo quería estar crucificado con él.

***

El barbero seguía viniendo a afeitarte a diario, y tú lo aguardabas ya con interés hojeando tus viejos libros o manipulando de nuevo los relojes, y atendías complacido a su charla, mientras la espuma blanca que te cubría la cara iba desapareciendo en surcos rectos, rebanada por la navaja que la transportaba al borde de la vasija de porcelana, donde yacía en un revuelto de pelillos cortados. Tú te dejabas hacer y trababas conversación con él, haciéndole preguntas sobre tus amigos del casino, riendo de buena gana alguna ocurrencia ingeniosa o comentando sucesos recientes. Yo emprendía por entonces la labor de catalogar algunos de los libros de tu biblioteca, tarea en que te interesabas, y que servía de estímulo a tu ánimo en vías de curación, que se sustentaba en cualquier circunstancia para superar paso a paso su astenia y apegarse de nuevo a las cosas que siempre te habían apasionado. Reanudaste también la lectura de periódicos y otras publicaciones, siguiendo los acontecimientos mundiales y hojeando asimismo las páginas dedicadas a tus deportes favoritos, y por primera vez después de tanto tiempo conectaste con algo de recelo el radio-transistor que te habían enviado unos amigos, y que estaba colocado sobre la mesa-camilla cuadrangular. Tímidamente lo sintonizaste, como amedrentado por aquel primer acorde que te sobresaltaba, hasta que poco a poco ciertas emisiones nuevas se te fueron haciendo habituales. En la sobremesa, la zarzuela de radio nacional despertaba en ti entrañables vivencias olvidadas, y en la tarde del domingo la emisión deportiva te daba a conocer el resultado de los partidos de fútbol, e incluso seguiste en

la pequeña pantalla las incidencias de alguna vuelta ciclista. De esta forma, sin tú mismo advertirlo, te incorporabas de nuevo a la vida que no había dejado de transcurrir a tu alrededor, no sin dejar marcada en los objetos y en las frentes la impronta del tiempo. Sin embargo, nuestra calle apenas había cambiado de aspecto a través de los años transcurridos. Quizá su silencio traicionado por el rodar de unos cuantos automóviles, no demasiados todavía, y el carro del piñero circularía calzado con llantas de goma como lo ordenaba el reglamento, sin hallar en su camino a la vieja fresquera, ni dejar prendido en la mañana el tipismo de un pregón voceado. De igual modo el correo ya se depositaba en buzones metálicos, cancerberos fríos de la intimidad ciudadana, y mientras que algunos vecinos seguían habitando por aquellos contornos, otros se trasladaban a zonas de más halagüeñas perspectivas. No te topabas ya con los ciegos en cada esquina, porque se habían llevado la Delegación Nacional a otra parte, pero los niños del colegio vecino seguían formando con sus bonitos uniformes azul marino y blanco, con escudos dorados en la manga del chaquetón y sus cabecitas rizosas, aunque ya las rizosas cabecitas no fueran las mismas, pero sí su eterno gorjeo camino del Santuario Nacional de la Gran Promesa.

***

UN DÍA FUE CONSCIENTE DEL ABISMO Y, MISTERIOS DE LA MENTE, advirtió el cataclismo por primera vez. Aquel día perdió su niñez para siempre, irreversiblemente: tuvo miedo. Vio la profundidad, la conoció como algo ajeno, conoció su cara hosca, la temió. Fue como una inocencia perdida imposible de recuperar, dolorosamente deseada, desvanecida entre las manos, anhelada, soñada, irremediablemente desaparecida. Notó la bajada lisa de la roca, entrevió las grietas negras que nunca tuvieron relieve, todo cobró una tercera dimensión y se sintió traicionada. Los cortes verticales, las piedras al saltar en el barranco la llenaban de angustia. Y retrocedió inexcusablemente ante el abismo, desconocido rostro de su compañero antiguo, enojada silueta, hosco amigo convertido en extraño.

Quiso luchar contra la extraña nueva sensación, llorando en sueños, peleando con la nueva persona que surgía, con el vértigo que la atenazaba borrando la paz de su feliz inconsciencia muerta.

"Ella" también había muerto, la vida se convertía en una serie de sensaciones dolorosas. Entonces los muertos cobraron relieve, muertos que antes fueron como personas de cera, ahora lo serían de carnes a medio pudrir: enterradlos deprisa que no se pudran antes. Ignoraba que simultáneamente le

nacerían fuerzas también desconocidas, armas ignoradas con que enfrentarse a la vida desde una plataforma más firme y consciente. Pero nunca más las piedras rodarían alegres bajo sus pies, saltiqueando en el precipicio.

En esta situación, esperando sin querer esperar, desesperando sin querer desesperar, coronó los años de su primera juventud.

***

Niña, si al Tajo te asomas,
acuérdate
que los ángeles mueren de pie.
Niña, si al Tajo te atreves, niña de los peines.

GERARDO DIEGO.

***

En algunas zonas las luces forman un chafarrinón blanco, es un pueblo. La línea entre el cielo y las colinas se hace imperceptible, el rugir suena sordo, los pitidos se apagan, el calorcillo envuelve tras los cristales, la voz monótona, la voz-pájaro sube por las escaleras, siempre igual, indescifrable, y choca con las lunas empañadas con marcas de dedos, y se para ante la puerta cerrada de aluminio y cristal. Hacia Oriente no se distingue ya la raya del horizonte, los últimos reflejos son verdosos, sucios, surcados de jirones horizontales. Las luces violeta parecen boyas fijas en un océano de tinta negra, las rodea un violeta resplandor lóbrego. Los faros blancos rasgan la oscuridad.

La voz-pájaro se ha vuelto masculina, grave, pero también ininteligible. Se oye un tecleteo continuo como de máquina de escribir, un repiqueteo mecánico que se detiene de cuando en cuando para volver a empezar. Son los rótulos electrónicos negros con letras y números blancos, articulados, sobre tablillas metálicas que pestañean, cambiantes, indicando las entradas y salidas próximas, en un fluir continuo y alternado de chasquidos mínimos. "Señor Sevilla, señor Sevilla, pasajero con destino a Barcelona, preséntese urgentemente..." la voz se pierde.

El friso-puzzle se desdibuja a la luz escasa de los tubos-neón que lo alumbran de abajo a arriba... Sólo se distinguen claramente los nerviecillos blancos de cemento. Las lunas de la planta baja multiplican hasta el infinito los corros de luces de las grandes lámparas colgantes: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce

focos luminosos en cada una, menos en la del extremo que tiene once y una bombilla fundida. Todavía patina algún niño sobre el mármol, las puertas de entrada de gruesas lunas siguen abriéndose y cerrándose mágicamente al conjuro de alguien que se acerca. Se abren y se cierran sin que nadie las toque, se cierran y se abren. El ojo anaranjado sobre cartel negro guiña incansable, y las laminillas electrónicas, taratatatá, se van corriendo como hojas rígidas de librillos mecánicos. Los niños son incansables (Los niños ya estarán dormidos, seguramente.) A través de las lunas se confunden los autocares de fuera con los letreros de dentro, se superponen, se traspasan, qué hay dentro y qué hay fuera, SOTISNART en azul, STISNART en rojo, con las letras vueltas del revés. La noche hace las sombras inmóviles, las cosas pierden movimiento... Jaboncillo verde como menta viscosa, con olor a jabón de afeitar -puerta de vaivén- pequeñas losetas blancas exagonales -azulejos amarillos entre rayas renegridas- remolino o tromba de agua. Reluce ahora el gran techo de planchas cuadradas de madera. Tintán cristalino, pasajeros con destino a Barcelona, embarquen por favor, puerta número cuatro. El tubo de neón sigue parpadeando sin cansarse: Recogida de equipajes. Baggage collection. Las agujas negras no tienen relieve, ni el mármol tiene color. Un silencio espeso roto por el chocar de las cucharillas en el bar. Tin tón tán tón, último aviso a los viajeros de Iberia... s'il vous plaît... please... la luna es una risa blanca. Un café caliente, éste es mejor. El zumo anaranjado y los cuadriláteros blancos y negros donde brillan los signos del zodiaco. La puerta de la capilla está cerrada, tras el ventanal el cielo negro-negro y las colinas también negro-negro. Las luces violeta se han adueñado del abismo negro. Un hombre con las manos en los bolsillos arrastra los pies sobre el mármol, guiña el tubo de neón, pero no las luces de color naranja. TRANSITOS en azul, TRANSITS en rojo. Se detiene delante el autocar plateado de Iberia. Tín tón tán tón... Barcelona, puerta número cuatro, s'il vous plaît, please. Los taxis con la raya colorada y la luz verde encendida. Ya no hay chopo, ni pino, ni césped, ni nada más que el agujero negro y encima el letrero, SOTISNART en azul, STISNART en rojo, con las letras al revés. Luces de automóviles -blancas por delante, rojas por detrás-, ASEOS en negro, TOILETS en rojo, BAR en negro, la copa alta y negra. Tiembla el neón, se abre el misterio de la puerta de cristal, se cierra, se abre. Tín tón tán tón... 798 embarquen por favor, puerta número cuatro. Sortez porte quatre, s'il vous plaît.

***

En tanto la Masi la frutera ya era una mujer y tenía novio, la portería de nuestra casa la ocupaban la Puri y el Emerenciano. El Emerenciano era hijo de la tía Malaza, la comadrona de su pueblo, que había sido comadrona de cuchara y había ayudado a venir al mundo a medio pueblo. La Puri apodaba cariñosamente a su marido Mencianeras, y tenían dos hijos de su matrimonio hermosos, fuertes y colorados. Los domingos su madre los ponía como dos brazos de mar, porque Emerenciano, Mencianeras para la Puri, ganaba buenas pesetas como calderero de la Renfe. Pero poco les duraban a los chicos las galas limpias; enseguida se metían a jugar en el patio enmorrillado, y allí se arruinaban los majos y las botas nuevas. "¡Chíiícos!", gritaba la Puri, "¡Chíiícos!", pero no conseguía más que quedarse afónica. Por entonces yo ya tenía novio también, y la Puri me pasaba sus recados. Porque aunque él contaba con tu aprobación (entre otras cosas, porque era poeta), sin embargo no había subido todavía a casa y me esperaba en la esquina. No siendo el día aquel en que subió a leerte sus versos y tú lo recibiste circunspecto pero amable, sentados tú y él en el sofá color oro del salón amarillo, donde tiempo después sería pedida mi mano y se intercambiarían los regalos de rigor. Pero héte aquí que la Puri, que había quedado de nuevo embarazada y ahora quería una niña, al subir la escalera para transmitirme un aviso tropezó y cayó dando chingoletas, de manera que se abrió la cabeza y perdió el conocimiento "in situ", y aún así todo su afán era tirarse de la falda para que no se le vieran las piernas. Fueron días de angustia aquéllos, porque el embarazo iba muy avanzado y todos temimos por la vida de la criatura. La Puri sanó, gracias a Dios, y dio a luz con toda felicidad una niña, no sé si ayudada o no por su suegra la Malaza. A la niña la llamaron Milagrines porque fue un milagro que no se hubiera malogrado, y por supuesto la apadrinó mi novio. Fue por entonces cuando emprendí los preparativos de la boda, y la tarea de desgastar zapatos recorriendo anticuarios aquí y allá a la caza y captura de piezas, si no de valor al menos de estilo, mirando y remirando, y tratando de aunar lo asequible y lo bello. Tú, que ya renacías a la feliz intrascendencia de lo cotidiano, seguías con interés y hasta con cierto regocijo la relación de mis idas y venidas. "Qué, ¿cómo te ha ido hoy? ¿Has visto alguna cosa interesante?" "Sí", o "no", te contestaba yo, y te relataba mis andanzas y mis descubrimientos. "En la calle de Santa María he encontrado un hermoso sillón español del siglo diecisiete, y una preciosa consola de caoba con los pies de pájaro grifo". "Conocerás ya a todos los anticuarios". "Por supuesto, y lo mismo

ellos a mí", como aquel que decía que yo afeitaba un huevo. Andaban ya picardeados, y sabían con creces el valor de la mercancía que exponían en sus escaparates: monedas antiguas, y el fulgor espeso de las piedras sin engastar, yacentes sobre el fondo de terciopelo de las vitrinas. Lámparas de cristal de roca centelleando, y tras mucho tira y afloja lograba ajustar una sillería Luis XV rematada de guirnaldas estofadas en oro viejo. "¡Ni que tuviera música!" "No puedo dejársela en menos". "Partamos la diferencia, si le parece bien", y poco a poco se completaba el mobiliario. Y el angelote sentado sobre una nube, arrancado seguramente de un retablo barroco; casi me parecía sacrilegio colocarlo sobre la cómoda panzuda, frente al gran espejo de marco dorado que adquirí a buen precio. "¿No crees que estas sillas no tienen arreglo?" "¡Cómo no lo han de tener, si son de puro estilo inglés!" Y la cama carcomida que hallé en aquel sótano maloliente de la plaza del Val, daba asco sólo verla, y hasta olía a gatos. "Habrá que gastar en restaurarla más de lo que vale". Entonces tú me decías que una como aquélla, aunque en mucho mejor uso, se había tirado hacia años, después de permanecer en el desván desde tiempos de mi tatarabuela. Pero tenía una línea tan bonita a pesar de la carcoma, con las cabezas de cisnes a los pies y los ojos blancos, redondos, de marfil; no todos, porque alguno se había desprendido y mostraba la cuenca oscura. "No importa, eso también se restaura, con tal de conservar la hermosa línea. El ebanista hace milagros". Y había de hacerlos, para poner todo aquello en condiciones de correcto uso.

***

Como a pesar del ajetreo había engordado unos kilos, ideé entonces mi régimen de leche y lo puse en práctica por primera vez, como solución drástica para poder encajarme el vestido de novia. Pues si la leche es alimento completo, ¿por qué no probar? Y su falta de hierro puede suplirse con las grajeas que venden en las farmacias. Andaba desorientada, insegura; los primeros días se pasa mal, el estómago maullando y retorciéndose. Hay que tomar leche a menudo, para soportar la dieta y vencer con trabajo la costumbre de comer cualquier cosa, y a todas horas. Luego se comprende que no es una necesidad, sino un "tic", el echarse las cosas a la boca; el organismo se habitúa pronto a la nueva alimentación y el estómago deja de protestar. En dos o tres días se han perdido un par de kilos, gracias a las propiedades diuréticas de la leche. Pero con muchísimo cuidado de no probar ni una miga de nada sólido, que desencadenaría un torrente de jugos gástricos muy difíciles de dominar. (Algo así sucederá con la castidad total, que habrá de ser muy total,

digo yo, para poder ser castidad: o todo o nada). Al cabo de una semana los tejidos se han aflojado, la ropa abrocha mejor y la piel se ha quedado algo terne, pero el remedio vendrá después. Ya se palpan los huesos bajo la carne, sobre todo el hueso de la espinilla, y se suprimen tomas de leche sin trabajo. El estómago despide eructitos a nada, como si ya se fuera reduciendo. No se notan michelines en la blusa, y las faldas se resbalan un poco; el comprobarlo presta fuerzas para seguir adelante. Ya sólo me faltan tres semanas, y al fin no me encuentro tan mal. Todo lo contrario, más ligera, ando mejor, y voy teniendo conciencia de mi mejor aspecto. Los demás también lo advierten, y por si fuera poco me siento más dueña de mí misma y orgullosa de mi autodominio. Considero que puedo emprender grandes cosas, con la mente extrañamente lúcida, más finas las percepciones. Y si llego a reducir a dos diarios los vasos de leche no siento hambre, pero sí un agradable sopor, más bien un sueño invencible. No logro entrar en calor, las manos se han vuelto sensiblemente más finas, la sortija resbala del dedo. Las faldas, más que resbalar, se desploman. Me pellizco la piel flojita, qué fea de cara, el remedio vendrá después. Al tacto la tibia cortante, triangular, afilada; las canillas se destacan, los zapatos se salen. Y en el bar ante la fuente mediada de ensaladilla, rizando el rizo aspiro a fondo y sin claudicar el aroma de los boquerones fritos, dorados y recientes, o de las banderillas donde se apilan el atún, el huevo duro y el pimiento colorado, cubierto todo ello de una salsa rosada, seguramente picante. Mientras, fortaleciendo el espíritu apuro a pequeños sorbos el café con leche caliente. Pero después de transcurridas dos semanas puede asaltar alguna tentación: "Si enfermaré, si no podré resistirlo". Pero no se enferma, se resiste. O también: "Ya es suficiente, ya he perdido bastante". Y no es suficiente, hay que seguir hasta el fin, un mes y podré encajarme el vestido de novia. Pero al final, cuidado, como aquéllos a quienes encuentran medio muertos de hambre en el desierto: nada de comidas fuertes de repente, sino una tacita de caldo y nada más, porque hasta los dientes han perdido el hábito de masticar. Qué se va a hacer, cosas mucho peores hay en la vida.

***

TÁNGER, LA CIUDAD INTERNACIONAL

Pero en Tánger se respiraba mal, muy mal. Los recuerdos que conserva de allá son algo más nítidos, por más recientes. En ellos se mezcla el perfume del sándalo con el de las hierbas aromáticas, y el impacto multicolor de un mundo extraño, ajeno y exótico. En el puerto de Algeciras, abarrotado de barcos grandes y chicos y rezumando sordidez en sus malecones y muelles, comenzaba aquel mundo distinto. Aquí sus recuerdos comienzan a desdibujarse, se vuelven imprecisos a causa del sopor invencible, del sueño interrumpido sobre los barrotes del banco de madera en cubierta, con una especial sensación de sequedad en la boca (sueño y sequedad provocados por la ingestión de una pastillita de "mareosan"). En los lapsos de lucidez alcanza a ver a una gran parte de los pasajeros acudiendo a la borda, descompuestos, vomitando sobre las espumas blancas, sobre las aguas resplandecientes, que se alzan a ambos lados del buque salpicándolos con una tenue lluvia fina y salada. Aquí y allá los delfines saltan, cortan la superficie con sus lomos grises, brillantes y húmedos, se zambullen y emergen de nuevo las aletas erguidas, en una danza repetida siempre donde son protagonistas el barco, la mar picada, los delfines, las gaviotas vocingleras atentas continuamente a alcanzar una partícula de basura, algún desecho o vestigio de vómito. Entre las dos franjas de la costa, siempre visibles a ambos lados, el sol rutila partiéndose en destellos sobre la cresta de las olas. Al aproximarse el barco a la costa africana surge la ciudad internacional, salpicada de palmeras, mezquitas y minaretes que se elevan, superponiéndose sobre el terreno pendiente que desciende desde el monte al mar, mostrándose en su casi totalidad al viajero que llega. En el puerto aguardan grupos de moritos vestidos con las chilabas pardas, tocados con el típico casquete de lanas policromas o el fez de color rojo rematado por la borla negra. Inician cada día y en cada arribada la caza del turista, ofrecen hoteles con nombres cosmopolitas, se abalanzan al viajero tomándole el equipaje mientras chapurrean una jerga en que se entremezclan las lenguas con libertad caótica. Es un espectáculo siempre repetido y siempre nuevo, que acoge durante unos años sus meses estivales.

Inmersa en el bullicio del tráfico, en la avalancha de autos aerodinámicos que remontan las calles empinadas donde azotan los vientos, va recorriendo como otras veces las callejuelas estrechas, desembocando en las grandes

avenidas donde se alzan los edificios más modernos, los nuevos bloques que aún no existían el año pasado: Boulevard Pasteur, rue de Foucauld, calle Holanda hasta el apartamento que habitan sus padres, o al piso, un nuevo apartamento o un nuevo piso cada vez, en el trasiego continuo que es la característica vertiginosa de la vida en aquella ciudad. Acaso el inmueble Grebler, mole ultramoderna en forma de media luna, habitáculo donde conviven razas y civilizaciones como en una moderna torre de Babel. (Oh Grebler, hebreo multimillonario, dueño de varias marcas acreditadas de relojes y de innumerables cosas más, que frecuenta la consulta de su padre con un traje raído). Un morazo uniformado e imponente guarda la entrada, el vestíbulo se adorna con enormes espejos rosados.

Halla de nuevo los almacenes ultramodernos abarrotados de plexiglás; las tiendas hindúes donde los objetos se hallan impregnados de olor a maderas aromáticas, se queman varillas de sándalo y se venden barras de labios, cámaras fotográficas, relojes de oro y pequeños objetos ópticos que muestran en su interior una variedad de desnudos femeninos y obscenos.

En los “bacalitos” morunos pueden comprarse toda clase de conservas, procedentes de los más diversos países; y bolas de coco gruesas, blanquecinas, rancias las más de las veces. En los cafés árabes donde no se expenden bebidas alcohólicas, y los altavoces emiten melopeas indígenas a todo gas, se sirven vasos de té moruno ardiente de donde emerge el cogollo de una ramita de hierbabuena.

Bajarán a comer al merendero de la playa, frente al paseo de España bordeado de palmeras y bares provistos de juegos electrónicos. Las playas son amplísimas, la arena dorada y fina, los primeros “bikinis” se lucen allí. No muy lejos, según dicen, se ha establecido un campamento de nudistas. Corre el rumor entre escandalizado y exultante por la ciudad, no son pocos los que acuden personalmente a comprobar el hecho.

La capital se muestra espléndida, dominada por la alcazaba mora y los minaretes esbeltos, desde donde el muecín llama a oración con su canto monótono. Un hermoso monte cubierto de arbolado señorea el paisaje. En sus laderas verdes acoge palacios suntuosos, residencias de árabes notables y multimillonarios, desde donde se distinguen nítidamente en los días sin bruma las costas de España, y de noche sus luces en la lejanía.

Hacia poniente se extiende el litoral batido por los vientos del Atlántico. Tras el emplazamiento predominante del faro Espartel sobre los acantilados del cabo, franqueadas las Grutas de Hércules, se extienden ya las dunas

inmensas y los rubios arenales.

***

Gran cosa la palabra: no se palpa, y sin embargo hasta el mensaje de la Divinidad se nos dio en palabras y llegó hasta nosotros. No obstante, espero no caer nunca en la trampa de la literatura, ni ejercer la locura de escribir. Sería absurdo de todo punto, ni hay que pensar en eso, empezando por que tendría que echar mano de aquellos trucos inventados en otro siglo y descubiertos por aquí hace poco, pero que ya huelen a puchero de enfermo. Porque los tiempos son otros, sabes, y habría de destrozar aquel rigor academicista que me inculcaste, y de que estaba imbuida ya a mis diecisiete años, lo que supondría para mí algo así como degollar a un padre o pecar de adulterio. Para ello tendría que traspasar las barreras de la fiebre y el sueño, y vivir al otro lado. No, nunca me dará por escribir; cómo me ha de dar, si el escribir debe ser un suplicio, y para colmo dirían: "Quiere aprovecharse de su apellido". Habría de arañar y ahondar en las cosas para descubrir su fondo tras el baño de vulgaridad, habría de viajar en profundidad si no en extensión, y desarrollar por fin el sentido de observación que tengo virgen, educarlo quizá con ejercicios adecuados para lograr así descubrimientos sorprendentes, en mí o en cuanto me rodea. El más nimio detalle o color cobraría relieve, vida e importancia, con lo cual acaso consiguiera ser más desdichada. Aunque quizá de esa forma pudiera ver llenos esos momentos angustiosos en que vertiginosamente me veo sumida desde el abismo del sueño al reajuste con la realidad cotidiana, cuando trato de asirme a algo tangible en el cielo o en la tierra, y siento mis pasos agitarse en el vacío. O lograse engranar en algo sólido los álabes de la mente que gira y gira en la nada como una hélice loca, lacerándose con hechos fútiles pasados y obsesivos, desvaídos y sin color, hechos irremediables que atormentan con su monotonía, dejando las sienes sumidas en un acorchamiento insano. Sí, quizá mi mente hubiera estado destinada a ello aún antes de empezar a advertirme a mí misma, pero eso quién podría saberlo. Bonito espectáculo, el de aquél que con los huesos un poquito duros se ve inmerso en un cierto estado de embriaguez o exaltación que él juzga de clarividencia; entonces se estremece y pierde la noción exacta de la realidad, y pensándose inspirado se cree capaz de comunicar cosas que valen la pena, y hace cábalas y echa cuentas, considerando: "Sí, es verdad que tengo los huesos ya un poquito duros para empezar ahora. No obstante, podría tratar de escribir una página diaria, por aquello de que un grano no hace granero pero ayuda al compañero. Lo que sería factible sin gran trabajo, y contando todavía

con veinte años de vida (lo cual no es pedir demasiado), y multiplicando: bajo el cero, dos por cinco diez, dos por seis doce, dos por tres seis y una siete, resultan aproximadamente siete mil trescientas páginas, contando con domingos y días festivos. En cuanto a la calidad habría de todo, posiblemente más malo que bueno. Aunque bien pensado, considerándose ni más ni menos incapaz de lo que cualquiera pueda serlo, y teniendo en cuenta que con la práctica suelen superarse los defectos, cada vez resultaría menos trabajoso sacar la página diaria, leyendo algo al mismo tiempo para no quedarse en el año de la Pera, seleccionando los autores de más garantía y éxito en el momento, alternados con otros clásicos y libros de caballerías que tan de moda se han puesto". De esa forma pergeña una obra como el queso de bola, hecho con muchas leches. Pues no digamos nada, si el autor en ciernes es mujer, y por añadidura ama de casa: mientras el pequeño llora, los medianos se pegan, y el mayor: "Mamá, por favor, explícame el latín", ella se devana los sesos. A todo esto se ha pasado la hora de preparar la cena y la cena está sin preparar, o ya es demasiado tarde y habría que estar durmiendo, pero se nota inspirada. Una fuerza incontrolada la empuja, aunque mañana haya que madrugar y vestir a los niños para mandarlos al colegio, y todo ello con la cabeza zumbando por la falta de sueño. Pero algo la obliga como una obsesión, y no sosiega hasta seguir emborronando la agenda atrasada donde vuelca sus recuerdos, mientras pretende armar la ficción convirtiéndola en realidad, o desarmar la realidad en ficción: jueves 1 de abril, viernes 7 de mayo, junio, julio, las fechas no tienen en absoluto relación con lo que escribe, pero a trompicones va rellenando las hojas. Escribiré cuatro o cinco páginas, o quizá sea mejor un día escribir dos páginas y al día siguiente corregirlas, o mejor aún dejar transcurrir una semana para adquirir perspectiva, o dejar que las cosas salgan como quieran con tal de que avancen. Pero cuidado con agotar la teta de la imaginación, aunque bien pensado, si esa teta es como la otra, que sí lo será seguramente gracias a la similitud entre ciertas leyes biológicas y mentales, más dará mientras más se le pida. En tanto se entorpece su atención en el trabajo, su relación con la familia y con los hijos, el contacto normal con la realidad, sustituido todo por el afán de traducir las observaciones y sensaciones en palabras escritas. "Uy qué chicos, si son el diablo en persona". Y se le escaparán los tacos por dentro y por fuera: "Me tendré que dominar, haré propósito de enmienda", pero volverá a lo mismo y a veces hasta ellos la oirán, aunque procure decirlos de manera que no se entiendan. A veces el pequeño la mirará de través y le dirá "mierda", mientras ella busca la forma de

hacerlo todo compatible. "Disciplina -se dice-, disciplina", sin pensar que sería mucho más sensato bajar de las nubes definitivamente: "Ven aquí, niño, que te ponga el pijama", o "Tómate la sopa", o "Ven aquí, guapo, que te explique el latín", tener los botones siempre cosidos y llevar el pelo bien cuidado como todas sus amigas, todas las faldas planchadas, y guisar un buen pollo al ajillo, o si no mejor asado con unas patatitas doradas, y dejarse de majaderías y de dolores de cabeza. Mucho mejor para todos y más sensato, porque todo no puede llevarse por delante, o revientas como un triquitraque antes de tiempo de tanto imitar a esos monumentales mentirosos o artistas del disimulo, o lentos pero eficaces suicidas: Woolf (suicidio) Poe (muerte por alcoholismo) Artaud (locura) Hemingway (suicidio también) Pound (traición y manicomio) y Kafka, y eso por no recordar más que a algunos de los más sobresalientes, que entre los otros serán legión los desequilibrados, ya que el diablo se ceba en ellos y ha metido la zarpa en sus vidas. Bien claro lo percibí en la semi-cons-inconsciencia del pre-sueño, tan claro como para despabilarme sudando de miedo. Y es que en esta corrida como salgas al ruedo tienes que arrimarte al toro. De manera que la vida seguirá transcurriendo mansamente a mi alrededor, aunque los años caigan inexorables y mi mente siga rodeada de vacíos y de fantasmas embrutecedores, que retornarán momento a momento arañándola sin piedad, un día tras otro, con su sarcástica sonrisa.

***

TÁNGER

Hallaron aquel apartamento a estrenar plagado de cucarachas. Las había negras y gruesas, macizas, a cientos. Y otras rucias, alargadas, con largas antenas temblorosas, remontando majestuosamente los lujosos tabiques. Hubo que anegar el piso en ZZ, montoncitos y regueros de ZZ que acabaron con las cucarachas y a poco acaban con ella por asfixia. Tuvo que dejar por unos días a su familia y marchar a desintoxicarse a un hotel de la Place de France.

A cada paso surge lo imprevisto, la vida en aquella ciudad reviste caracteres inusitados. Desaparecen grandes establecimientos comerciales, en dos días surgen otros distintos en su lugar, de pronto se sabe que una mujer se arroja por la ventana porque su amante la ha abandonado sin pagar el teléfono. La fantasía se mezcla con la realidad, enmedio de una gran avenida una boda moruna interrumpe el tráfico con su teoría de sedas, asnos enjaezados y arcaicos instrumentos.

El Zoco Chico es un laberinto abigarrado de callejas donde se acumulan

las pequeñas tiendas árabes, materialmente hundidas bajo el cúmulo de mercancías: piezas de gasa pintadas, telas brillantes de colores violentos, brocados de oro o tejidos americanos de gabardina vendidos al peso. Allí todo se compra y se vende.

-Señor, te compro a tu señora hija. ¿Cuánto pides por ella?

El doctor sonríe, divertido.

-Mi hija no se vende.

Hay medias de nylon con extraños dibujos. Se dice que vienen de España, son defectuosas, se compran aquí más baratas y vuelven a España después. Es increíble la imaginación del comerciante para organizar negocios en estas latitudes. Se sabe de alguien que se hizo millonario vendiendo palabras para mensajes telegráficos. A ello contribuye en gran parte el "snobismo" de las gentes:

-Cuando vuelvas de Tánger tráeme cuatro barras de labios, si no te importa. Allí valen diez pesetas, y aquí en Málaga doce.

-(¡No te...!)

O más corrientemente-:

-¿Podrás traerme un abrigo de astracán?

Cómo no, y habrá que pasar la aduana sudando en pleno mes de agosto, y con el abrigo de astracán puesto y las medias de nylon con extraños dibujos metidas en el bolsillo. Una amiga siempre es una amiga, ya se sabe.

Todo son cuestas pronunciadas en esta ciudad, y un viento huracanado barre a todas horas las calles por donde fluye la corriente del capital internacional. Pronto soplará el vendaval de la independencia, y los mendigos contemplarán por la noche las efigies del sultán y de sus hijos proyectadas en la luna llena. Las verán también las "Fatmas", que friegan los pisos y las escaleras dobladas por la cintura sin arrodillarse nunca, con un tintineo de pulseras de oro en los brazos y en las piernas: ellas sueñan con ver a su hija púber habitando en el harem de su rey, oh ilusión seguramente irrealizable. Ellas son bisabuelas a los cuarenta y cinco años, y si se hastían del marido o el marido se cansa de ellas, queda siempre el recurso de romper la "papela" ante la autoridad competente. Alabado sea Ahlah.

Al fondo del Zoco, en lo más intrincado de sus callejuelas donde los moros ciegos tienden la mano sarmentosa solicitando una limosna en tono indolente, donde mujeres aviejadas amamantan con sus largos y fláccidos senos al hijo que dormita a sus espaldas -todos ellos echados o sentados en el suelo interceptando el paso- se encuentran los fabulosos anticuarios árabes.

Tras las fachadas miserables y las insignificantes puertecillas se esconden tesoros legendarios nunca vistos, riquezas de ensueño que evocan las fábulas de Harum-al-Raschid: amarillos oros macizos, gemas enormes y rutilantes, colmillos de elefante engastados en plata, aros y pulseras en cuya confección se volcó toda la fantasía oriental. En las salas superpuestas, comunicadas por escaleras angostas, se muestran vestiduras suntuosas.

-Ésta la llevó Imperio Argentina en una película. Es muy antigua, auténtica -su dueño la mira complacido, acaricia con manos trémulas los gruesos bordados en oro-. Pruébesela.

-Es muy hermosa -siente sobre sus hombros la prenda rígida, pesada, el brocado verde, el recamado donde brillan las gemas.

-La acompañaban dos policías mientras la usó -toma de nuevo la prenda y la coloca con otras de diversos tejidos y colores, todos ellos riquísimos.

-Lástima, son tan caras. Son demasiado caras.

La escalerilla remonta otra sala más, luego desemboca en una terraza estrecha desde donde se distinguen otras muchas azoteas como piezas de un desvencijado rompecabezas, sobre el laberinto de las callejas. En un rincón un moro centenario fuma su pipa de kif, reducido a un oscuro amasijo de huesos y pellejo, ajeno por completo al mundo que lo rodea.

-No se alimenta apenas, sólo fuma -explica el árabe más joven, que se soba continuamente las manos con un movimiento nervioso-. Sólo fuma.

Tras el descenso por la escalera estrecha, se hallan de nuevo en la calle tortuosa. En los pequeños escaparates se exhiben figurillas talladas en marfil, cajas de laca con incrustaciones, y pequeños cupidos de celuloide “made in Japan”. Abundan los anuncios de Coca-cola en caracteres árabes.

Arriba, en la gran plazoleta del Zoco de Fuera donde a veces se coloca el encantador de serpientes, los tenduchos de hortalizas se amontonan y huele a frutas podridas. En los baratillos de la “Boarraquía” se venden al peso prendas usadas por los americanos: blusas viejas, bañadores “Jantzen” y pantalones usados. En cada esquina hay un puesto de cambio de moneda con las enseñas de distintos países.

En la ciudad moderna lucen los grandes escaparates de los bazares, las peleterías exponen todo tipo de abrigos de piel a precios razonables. En el Boulevard Pasteur, los grandes edificios son ascuas de luz: en el Inmueble Acordeón, de caprichosa arquitectura, conviven europeos cristianos (para los indígenas) con familias israelitas que celebran ruidosos esponsales: familias hindúes que consumen alimentos cargados de especias y unas cebollitas

ardientes, con matrimonios mixtos de español y hebrea, de árabe y andaluza de Córdoba.

Las noches de Tánger protegidas por la policía francesa son silenciosas, ordenadas, tranquilas, al menos aparentemente. Lo que no será obstáculo para que cualquiera pueda recibir una pedrada en la pacífica noche, ser apuñalado al volver una esquina, o que un médico sufra el impacto de un gran trozo de hielo en el parabrisas de su automóvil cuando remonta en la oscuridad una calleja del barrio moruno, de vuelta de visitar a un enfermo.

Recibí invitaciones de moros notables, pacientes de mi padre. En las salas cubiertas de tapices, de alfombras persas y divanes junto a las paredes, las mujeres de la casa me hacían los honores y ofrecían pastelillos morunos. Parloteaban entre ellas, y me sonreían continuamente. El ama de casa se ofreció a probarme sus vestidos de boda, de lana blanca y sutil, y un cinturón pesadísimo, kilo y medio de oro cuajado de diamantes en bruto.

En casa del Amín del Mendub se preparó una comida en nuestro honor. Como mi madre lo declinó sin pena, yo tomé su lugar. Las mujeres no se hallaban presentes, todos los hombres de la familia rodeaban una mesa baja, circular. En el centro se sirvió una fuente enorme de cuscús, un cúmulo de pasta aderezada con diversas clases de carne en trozos, y cubierto por completo de uvas pasas. El Amín, obeso y enorme, arrancaba los trozos de carne y de pasta, los amasaba con los dedos gruesos formando una bola, y nos los ofrecía en señal de deferencia. Yo me tragaba aquello, picoteaba luego las pasas de la cubierta dulce, y me enjuagaba las manos en el gran juego de plata para abluciones que me ofrecía un criado.

-Oh, no nos abandonará, doctor. No volverá de nuevo a Málaga, ¿no? -decía el alto funcionario con la mejor de sus sonrisas, mientras manipulaba hábilmente la pelota de pasta entre los dedos-. Sabe que aquí lo apreciamos de veras.

En la noche tibia de verano, entre el rumor de las olas y bajo la silueta de los minaretes se escuchan los acordes de un piano que surgen de una pequeña caseta en la playa. Un alemán maduro y bohemio interpreta piezas de Bach a la luz de la luna. Bultos morunos como fantasmas siguen avizorando el rostro de su soberano sobre la inmensidad del cielo, mientras otros hermanos suyos incendian automóviles o acuchillan gentes tras las esquinas, enardecidos por el ansia de libertad. Europeos, a casa.

***

Después siempre te alegraba el anuncio de un nuevo nacimiento y

acogías el hecho entre regocijado y expectante, considerando normal el que en un matrimonio nacieran muchos hijos, como en el tuyo había sucedido. Sin haber perdido a través de los años el concepto idealista que siempre abrigaste acerca del amor y de la vida, así como la ciega confianza en una especie de providencia particular al servicio de las jóvenes parejas. Me relatabas con profunda añoranza los comienzos de tu matrimonio, entre dificultades económicas y apuros que habíais ido superando poco a poco, y que según tú decías daban aliciente a la existencia. Por ello acogías a todos los míos con ternura, y del mismo modo constituía para ellos una fiesta el visitarte en tu gran despacho. Se deslizaban pisando suave sobre las alfombras hacia el sillón junto a la mesa-camilla, donde los aguardabas con un brillo dichoso en la mirada; te besaban respetuosamente alegres uno tras otro, el más pequeño salía una y otra vez para besarte más veces, y charlaban contigo hasta que yo advertía tu cansancio y nos despedíamos hasta el día siguiente. Al salir Isabel, algo más vieja pero siempre maternal, deslizaba en sus manos una golosina o algunas monedas que ellos tomaban tras una débil protesta. Siguieron transcurriendo de esta forma meses y años sobre grandes y chicos, hasta que la vida nos arrastró a todos lejos de ti y de la vieja casa, y de la pacífica ciudad, engulléndonos la gran urbe con sus fauces fuliginosas. Tú permaneciste allí con tus silencios fecundos, entre los muros combados y junto al recinto verde de tu jardín, rodeado de todos tus libros y de aquellas dos personas que seguían cuidándote, como una institución venerable que mirábamos de lejos cobijados todos en su sombra. Pues todavía aunabas vidas y destinos tan distantes entre sí, unidos todos en aquellos aniversarios tuyos, cuando de nuevo los salones y los pasillos bullían de hijos, nietos y bisnietos, temiendo todos que cada año fuera el último y comprobando maravillados cómo sobrevivías un año y otro, como si estuvieras burlando a la muerte una y otra vez. Y en la cocina Isabel siempre con sus prisas y sus sofocos, alguien haciendo la mayonesa y la mayonesa cortándose como siempre a última hora. En la gran cazuela de porcelana las gruesas colas de merluza sustituyendo a las langostas de antaño, en el horno el lechazo dorado. Y yo adornando como en otros tiempos los huevos rellenos verde-aceitunas-amarillo-yemas-cocidas-rosado-gambas-bermellón-pimientos-colorados, todo ello cuidadosamente dispuesto sobre las amplias fuentes de porcelana dorada y negra que siempre se habían utilizado cuando repicaban en alto. Tú todos los años soportando aquel barullo, viendo los hijos de tus hijos como renuevos de olivo alrededor de tu mesa, sin sospechar que la vida te reservaba aún aquel golpe brutal, porque

no se te dispensara el más agudo sufrimiento. Y una mañana tu hija se acercó sin ruido a la cama donde reposabas, y te besó: "Buenos días", te diría como tantas otras veces con su voz suave, y allí mismo se desplomó sin que pudieran auxiliarla tus pobres esfuerzos, unidos a los también débiles de Isabel. Allí quedó ante vosotros, hasta que alguien pudo venir a socorreros. No quisiste separarte entonces de su cabecera, y una sola vez abrió los ojos para mirarte sonriendo y acariciar tu rostro en una despedida última. En adelante todo en la gran casa te hablaba de ella, todo era tristeza en la casa solitaria. Pobre viejo desolado, casi centenario, que apurabas tu dolor deambulando por cada estancia y recordándola en cada lugar y en cada momento. Hasta que todos temieron por ti. "No puede seguir aquí -dijeron-, hay que llevarlo a otra parte". Así se hizo, y de aquella dolorosa manera abandonaste para siempre el que había sido tu hogar y el que por tanto tiempo había sido también el mío, condenado asimismo a morir. Viste entonces transcurrir tus últimos días lejos del barrio recoleto, que por otra parte se transformaba a pasos gigantes, cuando ya nada te unía al bullicio de la nueva ciudad que surgía en derredor, y cuando tu cuerpo no era más que una pavesa con la eternidad detrás de los ojos.

***

-No ha habido pasajes en todo el día.

-No os apresuréis, no vengáis esta noche.

En el altavoz la voz sin inflexiones: vuelo charter procedente de Málaga... está entrando en la pista de aterrizaje.

-Llegaremos en menos de tres horas, acaba de llegar, no ha habido pasajes en todo el día.

La voz suena entrecortada al otro lado del teléfono:

-Ya es inútil. No es apresuréis, no vengáis esta noche.

Rozo el aluminio frío de la ventana y me estremezco. Cuadriláteros encerados en el techo, marrón claro, marrón oscuro, jaspeados.

"Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor. Como el cielo es más alto que la tierra mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes."

Tin tán tón... los altavoces- pájaro, el olor a jabón de afeitar. El sabor del café. Con la cara apoyada sobre la mano me invade el olor de jabón como jalea verde, de la gota que crece, crece, crece, tas, cae cortada por la guillotina de metal. Intento ver algo a través del cristal, sólo mi propia

silueta que me resulta extraña. ¿Llevo años aquí? Creo haber pasado aquí toda mi vida, haber nacido aquí, creo que voy a morir aquí. Haciendo pantalla con la mano me acerco al cristal hasta tocarlo con la frente, y distingo el chopo verde oscuro sobre el fondo negro, bajo la risa de la luna. Sobre el asfalto brillan manchas negras de aceite. Al retirarme las luces del interior inundan el cristal: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce círculos formados por puntos luminosos. Los hombres de dentro se superponen a los coches de fuera, son transparentes como fantasmas, como seres protoplásmicos. De nuevo el olor a jabón de afeitar. El traje marrón de los mozos es más oscuro, el gorro azul más oscuro también, y en el recuadro blanco la hora en negro, 22 en números grandes, 35 en pequeños, sesenta latidos y 36.

***

Mañana te encontraré y ya será tarde, será la madrugada. Penetraré en tu cuarto, casi al mismo tiempo que el primer rayo de aurora rosada que te alcanzará a través de la persiana caída. Entraré de puntillas, evitando hacer crujir el parquet bajo los pies, y será inútil. Porque tú estarás en el lugar donde transcurrieron últimamente tus días y tus noches y tendrás el mismo color de piel, aunque más aceitunado, y los ojos cerrados suavemente como en uno cualquiera de tus sueños. Pero este sueño será el último y el más largo y tus manos, ramas de árbol añoso, se hallarán cruzadas sobre tu regazo. Yo llevaré un helar metido en la médula de los huesos. Qué grande la habitación, qué vacía. Te encontraré en un lecho negro y duro, ajustado a las magras medidas de tu cuerpo. Entonces notaré que el tuyo de siempre ha sido sustituido por este otro, y que tu almohada tampoco es la misma, sino un oloroso lecho de claveles. Pero tus mejillas sí lo serán, aunque un poco más sumidas, y la misma sombra cetrina de tus sienes, y también la misma aunque más palpable y acentuada la paz que te trascienda. Sentiré el rozar de lo eterno y el escalofrío de la madrugada al mismo tiempo, y sola junto a ti, no en el sillón vacío sino en una silla cualquiera velaré tu sueño, la luz difusa inundándonos inadvertidamente. Todos dormirán ya rendidos, yo velaré tu sueño como tras una larga noche de insomnio, te miraré sin miedo, sin reparo, notando que en realidad eres tú el que me acompaña. Y me contagiarás tu gran dulzura. Qué luz difusa y fría la del rosado amanecer de mayo. Me anegará tu paz, una tibia inconsciencia me envolverá, y un inconmensurable silencio, perdida la noción del tiempo, ahogados todos los latidos en la mañana. Entonces alguien romperá el encanto como algo frágil que se pulveriza, alguien, y luego otro

alguien me despertarán del extraño éxtasis. Caras conocidas, aunque más viejas, cabellos canosos, te contemplarán prendados de la paz que irradias, retocarán acaso tu lecho de claveles, esparcirán alguno sobre el lienzo blanco que ceñirá el bulto mínimo de tu cuerpo ajeno ya a todas las cosas, y rezarán por ti. "Hacen falta más flores", dirán luego, y yo saldré a buscarlas. Saldremos a buscarlas, y, ¿cómo hallarlas, si todas estarán ya comprometidas para ti? Recorreré una por una todas las tiendas de flores y apenas podré reunir unas pocas rosas, porque las más bonitas, las más blancas o rojas o frescas, se estarán trenzando ya con prisas para acompañarte. Y no me valdrá decir que soy tu nieta. "Lo siento, lo siento de veras, ya están vendidas todas", me dirán meneando la cabeza. Será entonces un ir y venir sin tino, un sordo zumbido rodeándome, calles y plazas, gentes que van y vienen como si nada hubiera sucedido. Aunque sí, algo se palpa en el ambiente, algo no común en el ambiente o en mi propio ambiente, como un cataclismo sin remedio, un dulce cataclismo definitivo. Un romper con todo lo que era habitual y familiar, un abismo ante los pies. Y las flores, flores, flores todas entregadas ya a otras personas que te querían y te respetaban, y que bajan la mirada entre abrumadas y sorprendidas, perdiendo también algo que las ataba a otros tiempos, aquellos antiguos tiempos perdidos sin remedio. Bandejas de tarjetas, bandejas de plata rebosantes de tarjetas dobladas y un ir y venir continuo, rostros marcados por la nostalgia, rostros maduros o cercanos a la ancianidad, barruntando un fin próximo. Rostros cansados, agostados, y murmullos contenidos. "Lo siento, lo siento", entrando y saliendo, subiendo y bajando, y oprimiéndose en los pasillos, cediéndose el paso. Un silencio que se palpa, pesadez de la mañana de mayo, tú dentro sobre tu lecho de claveles. Han cambiado las flores de sitio: un ramo extendido a tus pies, cintas y lazos negros con letras doradas. "Pasen por aquí. Sí, ayer fue". "Ayer me lo dijeron. ¿Cómo fue?" Mejillas suavemente ajadas, indiscriminadas manos frescas, delgadas, estrechan alentando y alientan en verdad momentáneamente. Tú sigues igual, no se ha contraído un músculo de tu cara. Han corrido las flores a un lado, y los dos cirios. Sí, creo que dos cirios a tu cabecera, o ningún cirio, no lo sé con seguridad. Cómo estarás tan quieto, sin haberte movido. Unos van, otros vienen, y las rasgadas alas azules de los telegramas, alguien se encargará de todo eso. Comeré, no sé si comeré ni cuándo, ni dónde, ni qué. Siguen entrando, venerables púrpuras bendiciéndote, ojos dignísimos contemplándote entre distinguidos murmullos. Me conocen, me reconocerán todavía. Cómo podrán, después de tantos años. Pero sí, me recordarán y harán resucitar en

mí antiguas vivencias de otros mundos o de otras eternidades. ¿Cómo reconocerán en mí la niña aquélla? Me verán marchita quizá, ellos siempre los mismos, algo más abrumados o más encanecidos, pero siempre reencontrados. No te veré cubrir con la tapa negra ni veré cargar tu bulto ligero, no lo veré, ya no lo veré más. Tu cuarto ahora completamente vacío, sin flores y sin ti, y solamente unas tablas desnudas y un halo mortuorio tras la penumbra de las persianas caídas. Luego en la iglesia las gentes apiñándose a la puerta, tus ilustres o sencillos viejos conocidos, los amigos con quienes te detenías en las calles, en cada calle o en cada esquina, ahora acompañándote a tu última morada. Y yo te perderé, te perderé y llegaré tarde como siempre, llegaré luego tarde también al cementerio. Yo sola llegaré al cementerio tras las tapias altas, cuando todos se hayan ido; avanzaré y te buscaré en medio de una extensión de cruces blancas y de innumerables rótulos negros, y en aquel panteón circular te encontraré todo cubierto de flores, bajo tierra ya, rodeado por los huesos de tus compañeros ilustres convertidos en polvo, tú ya mínimo pasto para unos pocos gusanos que apenas podrán roer tus tejidos secos o regodearse en tus fibras consumidas.

***

Y muchos meses después, pasado ya el invierno y desvanecidas las heladas sobre tu cuerpo, cuando a tu alrededor comience a brotar la hierba, querré ver la vieja casa por última vez, en un impulso mezcla de curiosidad malsana y masoquismo. La casa grande que nadie mira al pasar, la galería y el desván, y la parra, y lo que quede de mis viejas higueras. Penetraré seguida de mis hijos a través del gran portal sombrío y de las maltrechas escaleras, y sorprenderé el muladar en que habrá quedado convertida tu antigua morada. Querré luego descender al jardín y hallaré las escaleras de ladrillos cegadas por la hojarasca, con lo que tendré que volver hacia atrás, y atravesando el entresuelo salvar los pocos escalones de nudosa madera podrida, hasta hollar un jardín abandonado donde se hunden las pisadas en un lecho de basura descompuesta, advirtiendo al punto un hedor insoportable a animal muerto, algún gato quizá. Me abriré camino a través del ramaje de donde penden harapos abrasados por el sol y las lluvias, querré reconocer una rama o un macizo y no hallaré más que la enredada maraña y el intrincado laberinto de la maleza, que mis hijos apalearán con salvaje alegría. Inmersa en él observaré la gran desolación: la hiedra con sus uñas diminutas royendo el yeso de los muros deshechos, desnudando ladrillos anaranjados, lanzando sus agudas lenguas verdes, alargando sus gráciles colas, reptando, ganando los escalones

de ladrillo sumergidos ya bajo la cascada de brillante verdor parásito, devorando espacios, cegando cobertizos. Habrán caído los desnudos arcos de hierro roídos por el orín, grotescamente retorcidos, y en el centro apenas alcanzaré a descubrir entre los escombros el pequeño pilar de riego, entre objetos lanzados de las casas vecinas: una botella vacía, un trapo sucio y un periódico amarillento, o un desparejado zapato viejo. "Vamos, vámonos pronto de aquí", porque ya será demasiado tarde para arrastrar trasnochadas añoranzas. La realidad aguarda fuera. Contemplaré por última vez la triste sinfonía de amarillos y grises tachonada por la viveza ofensiva de las hojas perennes, y arriba el nítido azul entreverado de ramas; el balcón del comedor con sus maderas descoloridas, el festón desdentado de las tejas a punto de caer desgajadas y los recuadros de cristal blanquecino de la galería. Gruesos muñones de la parra viejísima y el cuerpo nudoso de un árbol pelado, en cuya copa resistió acurrucada el invierno una hoja seca. Y el sol lamiendo al sesgo los vástagos de la hiedra que desborda opulenta la barandilla metálica. Vamos, que pronto estallará la vida en los rosales, la vida que duerme todavía en el cobijo húmedo de la tierra, y los brotes se enredarán en un abrazo múltiple. Pero no podremos remontar la escalera despojada ya de su dosel de enredadera velo-de-novia, y volveremos sobre nuestros pasos entre el caos de las enramadas y las telarañas que quedarán prendidas de mi pelo. Volveremos entre los tristes despojos: rincones umbríos, ramas desmayadas, y la poblada frondosidad del boj y del evónimo. La vieja acacia gigante dominando de nuevo los tejados con sus brazos disformes, sombras profundas entre los rayos de luz, y algunas telas desgarradas pendiendo aquí y allá como estandartes de la miseria. Qué insoportable hedor a animal muerto, acaso la fetidez de las hojas muertas. Ya bajo el porche que encuadra la galería, entre el run-rún de una extraña vida oculta, avistaré la alambrera deshecha erizada de alambres encrespados, y el recuadro oscuro del almacén cobijando acaso nuevas familias de gatos desconocidos que proliferan sin tasa. Rozaré la áspera piel de la parra y me estremecerá el tacto fugaz de su corteza desprendida que cuelga en jirones, y la vista de los zarcillos y los viejos sarmientos momificados apresando la baranda del balcón. Y distinguiré entre la enramada como engendros raquíticos dos higueras escuálidas, en el lugar de aquéllas que fueron las mías. "Vamos". Alcanzaremos por fin los carcomidos escalones del entresuelo, al paso que se enredan en la cara tenues hilos de araña, esquivando la sombra elástica de un gato. En tanto se estremecen las hojas que durante el invierno quedaron prisioneras de las ramas, o se desprenden

con un chasquido seco. Atravesaremos de nuevo el entresuelo abandonado, daremos un adiós último al despacho y a la gran caldera, y al salón escarnecido, y pasaremos de largo junto a las ventanas cegadas y los postigos clausurados, las habitaciones en penumbra y las puertas arrancadas de cuajo. Cerraré tras de mí con un golpe el gran portón que ostentó en otro tiempo llamadores de bronce, arrancando profundos ecos del portal vacío; daré de nuevo vueltas a la llave presionando hacia arriba, y contemplaré por un momento bajo la arcada de piedras desiguales los recios cuarterones, donde alguien trazó rótulos soeces escritos con tiza, y el pequeño recuadro en blanco con el número en negro. Marcharemos después sobre la acera inundada de sol, bordeando sin prisa los muros combados, y allí quedará la casa como el reo que en la celda de la muerte aguarda su próximo fin. La abandonaré dejando resbalar sobre ella la mirada, intentando grabar en mí su imagen, sus curvas y sus hierros, el mirador con los cristales quebrados y los balcones entreabiertos. Miraré sin ver los ventanillos oscuros y profundos, y luego la vieja mole cubierta por el vetusto tejado de donde emerge la enhiesta chimenea, sobre los huecos cerrados del desván y los tubos grises de los canalones. La tapia con la pequeña puerta al jardín, los solares a un lado y a otro y nuevos edificios asépticos surgiendo en las cercanías, un cielo deslumbradoramente azul encima, y las ramas raquíticas de las higueras remontando deshilachadas el tejadillo. Vámonos pronto de aquí, de estas calles que ya nunca tendrán significado, calles como de otra ciudad, un sol ajeno que ya nunca alumbrará nada mío. Una ciudad de pronto cercenada, o plantada en el lugar de otra que es la que recuerdo y que cobijó mis horas infantiles. Edificios desnudos con la carne desnuda de los ladrillos recientes, monstruos disformes, o raquíticos enanos viejos. Devolveré luego la llave, la gran llave pesada e inútil, me la tomarán con temor mirando hacia otro lado y me dirán: "Te habrá entristecido la casa", y yo diré: "Sí". Murmurarán con la mirada baja: "Es mejor que la derriben cuanto antes". Entonces yo contestaré:

-Sí, es mejor.

La visita a una casa abandonada,
una larga espera en el aeropuerto
al filo de una muerte inminente,
hacen acudir a la memoria
un aluvi\n de hechos que ya estaban
olvidados. AsR, dos mundos distintos,
casi contrapuestos y que han
coexistido en la niZez, se enlazan
y afloran desde la
MEMORIA DORMIDA...

KNOSSOS